HARLEQUIN

BIANCA

aventura, intriga, pasión



# El sabor de la venganza

Rosalie Ash

# El sabor de la venganza

**Emma no podía creerse que se hubiera rendido a los encantos de un hombre al que creía odiar. El misterioso secreto de la vida de Emma le impedía enamorarse de Dominick Fleedwood, pero al mismo tiempo le resultaba muy difícil resistirse a él. Entonces, de repente, le pidió que se casara con él y Emma empezó a preguntarse si aceptando su proposición podría vengarse de él...**

# Capítulo 1

SU FUTURO jefe era alto, de anchos hombros y un misterioso atractivo. Emma le observó levantarse, rodear la inmensa mesa de caoba y cruzar el estudio para dirigirse a su encuentro. Por un momento sintió que los nervios le iban a jugar una mala pasada...

-Por favor, acérquese y tome asiento, señorita Stuart -le indicó con amabilidad.

Su voz ronca denotaba una arraigada confianza en sí mismo, fruto de pertenecer a una familia que había poseído poder y dinero durante generaciones. No pudo evitar contener la respiración al sentir la cálida fuerza de sus manos cuando estrechó las suyas para saludarla.

-Gracias.

Sus temblorosas piernas parecían negarse a moverse y tuvo que ordenarlas en silencio que se dirigieran hasta la silla que él le indicaba. Al cruzarlas, le pareció que la falda de su elegante traje de lana violeta resultaba demasiado corta. Así que, enfadada consigo misma, las descruzó y las juntó con firmeza, metiendo los tobillos debajo de la silla. Tenía la desagradable impresión de que observar su desconcierto le divertía en cierto modo, aunque tratara de disimularlo.

-¿Qué desea tomar? ¿Té o café?

-Una taza de té, gracias.

Le sonrió con frialdad. Volvía a ser dueña de sí misma. Descubrir que Dominick Fleetwood en persona era una maravillosa combinación de Mel Gibson y Kevin Costner la había dejado muy impresionada en un primer momento, pero tenía demasiadas razones personales para no dejarse llevar y controlar la situación...

Pidió el té a la anciana ama de llaves que le había abierto la puerta y en cuanto abandonó la habitación, se sentó al borde de su mesa y miró a Emma con rostro inexpresivo.

-O sea que es usted una cualificada archivadora. Se sintió impresionada por el maravilloso tono azul de aquellos ojos, pero consiguió mantener su penetrante mirada.

-Así es.

-No lo parece.

Por un momento Emma tuvo que reprimir sus deseos de echarse a reír.

-¿Y que aspecto tiene una archivadora? -le preguntó con frialdad.

-Me imaginaba a una mujer lisa como una tabla, llena de polvo y

por supuesto una solterona -le respondió sin inmutarse-. Pero sospecho que tras esas gafas de montura metálica y ese moño se esconde una mujer con muchas posibilidades de encontrar un hombre que quiera casarse con ella.

Aquel machismo tan descarado casi la dejó sin respiración. ¿De veras creía que después de decirle aquel tipo de cosas iba a seguir interesándole el empleo? Se hubiera marchado en aquel mismo momento de no ser por que le parecía un trabajo hecho a la medida para ella y por otras razones que de momento no tenía la más mínima intención de dar a conocer.

-No sé si tomarme lo que acaba de decir como un cumplido o un insulto -consiguió decirle con calma-. Le haré el favor de fingir que no lo he oído.

La miró con curiosidad. Tenía los ojos azules y alargados, adornados de unas enormes pestañas que dotaban su mirada de una intensidad muy especial. A pesar de

lo serena que estaba; no pudo evitar sentir una especie de hormigueo que le recorría el cuerpo al ver como observaba su pálido rostro ovalado, para después continuar con el conservador moño, en el que había recogido sus cabellos castaños, y por fin detenerse en el traje que llevaba puesto, que aunque de corte clásico, dejaba adivinar sin mucho esfuerzo unos senos y caderas voluptuosos, una cintura de avispa y unas esbeltas piernas que parecían interminables...

Ella a su vez, sin darse cuenta, tomó nota de la buena calidad del traje que llevaba y de la inmaculada blancura de su camisa. Era tan moreno de piel que parecía Mediterráneo y además sus cabellos obscuros, abundantes y ondulados se le rizaban un poco a la altura de la nuca. Se le ocurrió que estaría guapísimo con un pendiente de oro. Sin duda aquel peligroso aspecto agitanado no pegaba mucho con la clase alta a la que pertenecía...

De repente, tuvo la agobiante sensación de que sabía perfectamente quién era y por qué tenía tantas ganas de conocer el señorío de los Fleetwood... Después de todo. él era un brillante abogado muy admirado en Londres donde se le consideraba como uno de los más jóvenes y cotizados de su gremio. ¿No se suponía que los abogados poseían el don de adivinar los pensamientos e intenciones de la gente? ¿Que lo sabían todo de todo el mundo?

En seguida se dijo que aquello era una tontería. Dominick Fleetwood no podía, de ninguna manera, acordarse de ella. Desde luego ella no le recordaba. Había nacido allí, en la finca de los Fleetwood, pero se habían marchado cuando tenía unos cinco años.

Y en aquel entonces Dominick debía estar en el colegio...

Además no había ningún motivo para que Dominick Fleetwood supiera por qué estaba allí, ya que ni siquiera ella estaba muy segura del motivo.

Lo que su padre le había contado era de vital importancia, pero no tenía ninguna prueba totalmente concluyente...

Emma esperaba que le dedicara algún comentario mordaz, tras su impertinente réplica. Pero tras una pausa que le pareció interminable, lo único que dijo, con voz pensativa fue:

-¿Se da cuenta de que los documentos de la familia se encuentran amontonados en sucias cajas viejas, en todos los rincones de la finca repletos de arañas?

-Estoy segura de que así es.

-¿Es usted capaz de levantar pesados baúles llenos de papeles?

-Sí. Soy bastante fuerte.

-La mansión se encuentra en un estado lamentable. Parte de ella puede que no haya cambiado demasiado desde que fuera construida en el siglo quince. ¿Tendrá algún inconveniente en trabajar sola en un desván?

-Si lo que quiere decir es que puedan asustarme fantasmas o algo parecido, nada más lejos de la realidad. La historia y el estudio de casas y documentos antiguos es la gran pasión de mi vida -se oyó decir a sí misma con entusiasmo y más franqueza de la que había pretendido

-¿Acaso planea casarse con su trabajo, señorita Stuart? -preguntó con un tono que a Emma le pareció un poco irónico.

-Existen peores futuros. Al menos de este modo una mujer puede controlar su propia existencia -le replicó con suavidad.

De repente se dio cuenta de que le estaba permitiendo conocerla demasiado. La entrevista no se estaba desarrollando en modo alguno como ella había previsto... Recordó su reputación como uno de los más importantes abogados defensores del país, cuya foto aparecía en periódicos y revistas. A menudo habían dicho de él que poseía la facilidad de palabra de un catequista jesuita, combinada con la astucia de un lobo. Se preguntó cómo podía haber imaginado siquiera que iba a conseguir lo mejor de él, y de esta manera lo mejor de toda la arrogante y destructora familia Fleetwood...

Se mordió el labio, irritada por su propia vulnerabilidad.

-Al oírla hablar se diría que ha tenido alguna amarga experiencia con el sagrado sacramento del matrimonio.

Se dio cuenta de que la estaba tanteando, provocando en cierto modo. Esta vez no mordería el anzuelo. Pensó en sus padres, pero se

encogió de hombros y sonrió con dulzura.

-Nunca he estado casada, si es eso lo que trata de preguntarme.

Había llegado dispuesta a sentir una fría indiferencia por él, y, aunque en un primer momento se había sentido desconcertada por su impresionante físico, se daba cuenta de que sería un juego de niños llegar a detestarlo. De hecho ya sentía un vivo resentimiento hacia él. Sin duda era como su padre: un hombre mujeriego y convencido de que estaba por encima de todo el mundo. De tal palo, tal astilla...

Se abrió la puerta y entró el ama de llaves, una mujer de rostro agradable y pelo canoso, que traía una bandeja con té y pastas. En cuanto estuvieron solos de nuevo, él volvió a sentarse tras su mesa de despacho, recostándose, perezosamente en el respaldo de su sillón de cuero y sin dejar de mirarla con curiosidad.

-Bueno, explíqueme un poco más por qué quiere venir a trabajar aquí -le dijo con calma-. Acaba de terminar sus estudios como administradora de archivos, y desea ganar más que la miseria que normalmente pagan los ayuntamientos a sus archivadores sin experiencia. ¿Es esa la razón o existe algún otro motivo?

El tono burlón de su voz parecía querer provocarla. Emma no apartó la mirada de la bandeja del té. Empezó a sentir una extraña sensación de culpabilidad que le atenazaba el estómago.

Se dio cuenta de que el temor que le habían producido las dotes que poseía aquel hombre para leer en el interior de las personas estaba totalmente justificado y le estaba poniendo nerviosa.

-Como ya le he dicho, me encanta la historia y las casas históricas, así como descifrar documentos antiguos y sacar así a la luz las vidas de generaciones del pasado. ¿Qué más motivos necesito?

-Seguro que encuentra suficientes esqueletos en los armarios de los Fleedwood, como para que alguna revista del corazón haga su agosto durante semanas -comentó con voz despreocupada.

Emma tuvo la sensación de que estaba empezando a sonrojarse. Aquello ele los esqueletos en el armario le pareció un eufemismo muy agudo, típico de la manera de hablar de las clases altas.

-Me da la sensación de que voy a disfrutar con este trabajo, señor Fleetwood -comentó con dulzura, esperando que su tono de voz le disuadiera de seguir interrogándola-. ¿0 acaso debería llamarle sir Dominick?

Era una manera diplomática de enterarse. Después de todo, los periódicos podían no estar en lo cierto...

La expresión de Dominick Fleetwood no se alteró lo más

mínimo.

-No. Me encuentro aquí simplemente en calidad de propietario provisional -dijo con calma, y se quedó pensativo un momento antes de continuar-. Hasta que Richard, mi hermano mayor, pueda ser localizado.

-Si, comprendo...

Recordaba haberlo leído todo en los periódicos. Estaban buscando al barón desaparecido, el que heredaría automáticamente el título y las fincas.

Emma no supo muy bien si era porque había dudado un momento o porque se le notaba en la cara que quería aquel trabajo por alguna oscura razón, pero se dio cuenta de que le dirigió una penetrante mirada

-Emma Stuart... -repitió el nombre despacio, arrugando la frente, de repente más de lo habitual-. ¿No será por casualidad pariente de los Stuarts que solían trabajar aquí hace años? Tenían una hija que se llamaba Emma.

Emma se le quedó mirando un momento sin poder articular palabra. Sintió como el estómago parecía querer encogérsele. Ya no había nada que hacer. Tenía que decirle la verdad.

-Sí, mis padres trabajaron aquí hace muchos años.

A Emma le resultaba imposible adivinar por su expresión lo que estaba pensando, pero, se la había quedado mirando fijamente con una repentina curiosidad.

-Los recuerdo -le dijo con frialdad-. Jack Stuart era el guardabosque, ¿verdad? Y muy bueno por cierto. Mi padre le admiraba mucho porque gracias a él llegaban a nacer hasta dos mil perdices grises por semana durante la primavera, listas para las cacerías del otoño.

-Sí... -se dio cuenta de que se estaba poniendo roja y no pudo evitar enfadarse consigo misma. No tenía ninguna razón para avergonzarse del pasado. Sólo tenía cinco años cuando se marcharon-. La verdad es que apenas me acuerdo de cuando vivía aquí. Pero mi padre solía contarme historias sobre el señorío de Fleetwood cuando ya nos habíamos marchado:.. -dudó un momento. De labios de su padre todo le había parecido tan romántico, lleno de fantasmas y leyendas. Cuando era pequeña solía fantasear con aquel lugar...

-¿Historias? ¿Qué clase de historias? -continuaba mirándola con curiosidad.

-Sobre atrapar furtivos que salían a cazar en noches de luna llena. Ese tipo de cosas...-sonrió un poco al darse cuenta del tono

melodramático que le había dado a su frase. Así le había hablado siempre su padre de la hacienda, en un tono melodramático de historia de aventuras. Su pasión por aquel lugar había sido una de las razones de que a ella le gustara tanto la historia. Sin embargo desde la muerte de su padre tenía un significado distinto en su vida...

A pesar de su apariencia tranquila no paraba de darle vueltas a lo mismo. Parecía haberla descubierto ya, pero por otra parte, ¿qué había descubierto? ¿que era la hija de Jack y Amy Stuart? ¿Acaso tenía alguna importancia aquello para Dominick Fleetwood?

Resultaba imposible saber lo que estaba pensando aquel hombre; cuanto sabía. Estaba claro que recordaba a sus padres, pero no tenía porqué conocer todo lo ocurrido entre su padre y los numerosos empleados que en aquel entonces trabajaban en la finca... Tenía que tener cuidado para no obsesionarse...

-Hay algo que me tiene intrigado -dijo, finalmente. Tomó un bolígrafo de encima de la mesa y jugueteó con él, pensativo.

-¿El qué?

-¿Por qué no mencionó haber vivido aquí siendo niña?

Le pareció una pregunta muy normal, el problema era que no se le ocurría ninguna respuesta convincente. Se daba cuenta de que las cosas se estaban complicando demasiado. Sentía la garganta muy seca. Se pasó la lengua por los labios y tragó saliva. Finalmente se encogió ligeramente de hombros y consiguió esbozar una sonrisa.

-No se me ocurrió. ¡Me pareció poco relevante para el desempeño de mi labor como archivadora!

-Pero resulta interesante.

-Nunca imaginé que pudiera parecérselo -respondió categóricamente. Cruzó las piernas de nuevo y se las arregló para tomar su taza de té, sin que le temblara la mano demasiado-. Como ya le he dicho, apenas guardo recuerdos de los años que viví en la hacienda. Mi familia no estuvo mucho tiempo aquí.

-Entonces, ¿por eso ha solicitado este trabajo? ¿Siente curiosidad? ¿Nostalgia? ¿Deseos de volver a visitar el que fuera el hogar de su niñez?

-En parte tal vez sí. Pero como usted muy bien ha dicho no hace mucho, el salario es bastante mejor que en cualquier otro sitio.

-La razón es que no soporto a los ineptos, señorita Stuart -le dijo con suavidad-. Me paso en el juzgado la mayor parte de la semana y como tan sólo estoy ocupándome de la hacienda hasta que encuentren a mi hermano y le informen de su herencia, no quiero contratar a nadie que trabaje lento como un caracol. Estoy

dispuesto a pagar un buen salario a la persona que desempeñe un trabajo de una manera rápida y eficiente. A alguien totalmente entregado a su labor. Si pensara que tiene algún otro vago motivo para desear estar aquí, tal vez me interesara menos su candidatura.

Por la expresión de su cara resultaba imposible adivinar lo que pensaba aquel hombre de cara agitanada, pero estaba segura que de alguna manera la estaba poniendo a prueba.

«¡Qué hombre tan odioso!», pensó.

-Si hubiera llegado aquí reivindicando que había pasado los primeros años de mi vida en el Señorío de Fleetwood, usted podría haber pensado que pretendía... que pretendía que se me diera algún tipo de preferencia por encima de los otros candidatos o algo así. El pasado es... es bastante irrelevante. Soy rápida, eficiente y mi dedicación será total -le aseguró con la sonrisa más fría que pudo esbozar-. Pero, ¿podría preguntarle por qué le preocupa tanto que sea rápida o no? ¿Entra en sus planes abrir la hacienda al público, o realizar una exposición con los documentos más interesantes?

-¿Quién sabe? Desde luego me encuentro en una situación financiera lo bastante holgada como para no necesitar abrir la casa al público, señorita Stuart, pero en lo que respecta a mi hermano mayor, digamos simplemente que su situación es... impredecible. Mi padre le repudió hace muchos años y la última vez que supe de él había renegado de la sociedad y se encontraba en el Tíbet. Existen ciertas condiciones un tanto excéntricas que Sir Robert dejó establecidas en su testamento y mi hermano debe conocer. Además soy muy impulsivo -sonrió, y Emma no pudo evitar sentirse atraída por aquellos dientes tan blancos y aquellas arrugas verticales que le bajaban de la nariz a la barbilla y le hacían tan atractivo-. Simplemente quiero que los documentos de mi familia queden organizados, descifrados y almacenados en un lugar seguro para la posteridad.

-Por supuesto. Le entiendo perfectamente.

-Me alegro. ¿Cuando puede empezar?

-Pero... ni siquiera hemos hablado del salario ni del horario...

-¿Cuánto ganaría recién salida de la universidad, como ayudante de archivador en el ayuntamiento?

Emma mencionó una cantidad y él se echó a reír.

-La doblo. Trabajará con un horario normal de oficina y le pagaré el doble por las horas extras. No quiero

contratar a ninguna Cenicienta gris que se mate a trabajar en el desván, señorita Stuart.

-No, bueno... ¿Viviría aquí? -preguntó tímidamente, todavía

asombrada por lo que acababa de oír.

-Naturalmente. Si de algo anda sobrada la hacienda es de habitaciones. Por desgracia la mayor parte de ellas no reúnen condiciones de habitabilidad. Le mostraré lo que va a ser su lugar de trabajo y habitación ,iI mismo tiempo.

Se levantó y caminó, decidido hacia la puerta. Emma le siguió de nuevo con los nervios a flor de piel. No pudo evitar preguntarse a sí misma si merecía de verdad la pena meterse en aquello simplemente por satisfacer la curiosidad que sentía sobre el variado pasado de su familia. Incluso si la historia de su padre, aquel triste relato que le había referido antes de morir, era cierto, ¿Acaso iba a conseguir algún tipo de justicia o venganza...?

Siguió a aquel hombre alto y atlético hasta el fastuoso vestíbulo de la mansión. Subieron por una impresionante escalera, enmoquetada de color azul, hasta un amplio rellano, cuyo suelo de brillante madera de roble crujía a sus pasos y parecía ser tan antiguo como el resto de la casa. Pasaron al lado de una hilera de retratos de los ancestros masculinos de la familia, todos morenos, de aspecto peligroso y con la misma mirada cínica, hasta que finalmente llegaron hasta una escalera trasera, más pequeña y humilde, y subieron al desván.

Desde allí, las vistas eran impresionantes. Emma contempló con tristeza, a través de las polvorientas ventanas, como el sol iluminaba los acres de los ondulados campos de la región de Warwickshire, donde los primeros efectos de la primavera comenzaban ya a manifestarse en todo su esplendor.

Inquieta, se dijo que la primavera era el período más oportuno para empezar de nuevo y no para sacar a la luz las cenizas del pasado, para torturarse a sí misma con aquel viaje al comienzo de la trágica desintegración de sus padres...

-Muchos de los documentos más antiguos de la familia se encuentran ahí arriba -dijo Dominick, tras abrir una puerta que mostró una enorme habitación llena de estanterías.

Había algunas maletas polvorientas repletas de papeles, un cajón grande de metal, un amplio surtido de cajas de madera, algunas de ellas con pinta de ser muy antiguas, para delicia de Emma, que a pesar de todo no pudo dejar de estremecerse de emoción ante las riquezas históricas que se presentaban por descubrir ante ella.

La hacienda había pertenecido a la familia Fleetwood desde el siglo quince. Lo sabía muy bien, porque su padre se lo había contado. ¿Quién sabía que fascinante información podría llegar a sacar a la luz...?

-Parece un gato relamíendose ante un plato de leche -comentó Dominick, secamente-. Le encanta su profesión, ¿verdad?

-Siempre había querido tener la oportunidad de hacer algo así -admitió sin poder ocultar su entusiasmo.

-Entonces este es su año de suerte, señorita Stuart -le indicó la salida del desván y volvieron sobre sus pasos hasta el descansillo principal-. Hay montones más en otras dependencias del edificio y en la antigua despensa del mayordomo. Puede llevarle bastante tiempo juntar todos los documentos antes de que se pueda poner a examinarlos cuidadosamente.

-Probablemente sí.

-Mi ama de llaves, la señora Shields tiene un nieto joven y muy fuerte, que puede ayudarla a transportar de un lado a otro todas las cajas -añadió, al tiempo que abría la puerta de un dormitorio y le indicaba que entrara.

-Gracias.

Se encontró en una habitación amplia de techos altos, con vistas a la entrada de la casa. Las ventanas de guillotina eran grandes y estaban adornadas con cortinas de suntuoso, pero ya descolorido terciopelo dorado. Una enorme cama con dosel, cubierta con una colcha color crema ocupaba el centro de la habitación. Más allá se podía ver una puerta abierta, el cuarto de baño, que mostraba al fondo una bañera antigua con patas.

-¿Voy a dormir aquí?

A pesar de la moqueta raída y de las telas desgastadas, aquel lugar le seguía pareciendo tan grandioso que apenas podía creerse estar allí. Al volverse, se encontró con la mirada de Dominick Fleetwood, que la observaba intentando reprimir una sonrisa.

-Aunque le parezca increíble, esta es la única habitación de invitados que, por el momento, se puede utilizar. El resto, por desgracia se encuentran en un total estado de abandono. Existe un inconveniente -admitió, con tranquilidad, mientras le mostraba el camino al cuarto de baño-,tendrá que compartir este cuarto de baño conmigo.

Cuando después abrió, distraídamente, otra puerta un poco más allá, que se suponía daba a su habitación, Emma sintió que se le contraía el estómago por efecto de los nervios, la rabia y algo más que no sabía identificar...

-Estaré fuera la mayor parte del tiempo. En mis habitaciones del hotel Lincon. Tal vez pase aquí algún fin de semana. ¿Le causará algún problema? -preguntó con la misma mirada divertida en sus ojos azules.

-No, siempre que no pretenda que le frote la espalda -le dijo riendo con sarcasmo.

-No entra en el trato -le confirmó con una sonrisa-. Aunque debo confesar que me parece una proposición interesante -recorrió el cuerpo de Emma sin ningún tipo de pudor, deteniéndose en su esbelto cuello y en la plenitud de unos senos que se adivinaban bajo la chaqueta del traje.

-Eso le parecerá a usted -murmuró entre dientes.

Sintió que le subía la temperatura del cuerpo ante la rabia que le causaba una arrogancia semejante. No estaba justo a su lado, pero en los limitados confines de aquel cuarto de baño las distancias se hacían más íntimas y, de repente, sintió que lo tenía demasiado cerca para sentirse tranquila. Desde su altura, alrededor de un metro ochenta, la miraba misteriosamente, haciéndola sentir muy pequeña, a pesar de que su respetable altura de un metro sesenta. Al verle allí, con las manos en los bolsillos y valorando con calma su inestable compostura, de repente fue consciente de su masculinidad. La transmitía con tanta intensidad, que parecía golpearla con la misma fuerza de un maremoto, un maremoto de sensualidad.

La gente decía que era un brillante abogado defensor. Se le secó la garganta al pensar en la facilidad con que podía proyectar el poderoso carisma necesario para convencer a un jurado, compuesto por doce personas, de la inocencia de su defendido. Sin duda, Dominick Fleetwood era un temible adversario. Tal vez el desaparecido Richard fuera el más débil de los dos hermanos. Desde luego si alguna vez había pensado en serio continuar con la melodramática idea de vengar el honor de su madre y obtener la parte de la herencia que le correspondía, sin duda tendría más posibilidades con Richard.

-¿Se encuentra bien, señorita Stuart? -le dijo, suavemente, tan sólo con un toque de humor en su tono.

Emma se dio cuenta de que había caído en la trampa de aquellos sensuales ojos azules.

-Sí, estoy bien -consiguió responder a duras penas.

-Parece como si tuviera calor. Tal vez necesite tomar un poco el aire.

-Puede que sí.

Le miró de la forma más educada e impersonal posible, pero tuvo la sensación de que había captado todas sus vibraciones de amargura y rencor.

-¿Bajamos de nuevo?

Muy rígida, tensa por el nerviosismo que sentía, pasó delante de él, que sujetaba la puerta, y casi tuvo que contener la respiración cuando le rozó el pecho con el hombro.

De vuelta en el vestíbulo, Dominick se apoyó en el borde de la enorme mesa de roble, cuidadosamente pulida durante siglos, y la miró con curiosidad.

-Ya que sus referencias me aseguran que no es ninguna delincuente en potencia, ni una astuta ladrona de obras de arte, ¿cuándo me dijo que podía empezar, señorita Stuart?

Se puso a pensar con rapidez. Había estado haciendo un trabajo temporal como ayudante en los archivos de un ayuntamiento, mientras esperaba a que se le presentara la oportunidad de utilizar su título universitario como era debido. Tendría que pagar un mes de renta en la pensión, pero con el salario que le iban a pagar no supondría ningún problema.

-Podría... podría empezar el lunes de la semana que viene.

La miró impasible.

-¿No puede empezar antes?

-¿Qué esperaba? ¿Que comenzara mañana mismo? -le replicó con cierta energía.

La observó con una mirada entre divertida y provocativa.

-¿Es usted siempre tan.., cáustica, señorita Stuart?

-Lo siento, no era mi intención parecerle... maleducada.

Eso está mejor. Me gusta que mis empleados sean humildes, señorita Stuart. No lo olvide.

Resultaba difícil precisar si aquella manera de hablar era fruto de su peculiar sentido del humor, o si realmente sentía lo que decía.

-No se preocupe, señor Fleetwood -le respondió con la más dulce de sus sonrisas.

-Entonces quedamos en el lunes de la semana que viene -miró al delicado Rolex que llevaba en la muñeca y Emma tuvo la sensación de que daba la entrevista por concluida-. La señora Shields la recibirá, si yo estoy ocupado en el juzgado. Siéntase como en su casa.

Le tendió la mano y ella se la estrechó, sin poder evitar un ridículo temblor de aprensión.

-Pero no gaste todo el agua caliente los viernes por la noche -añadió con un brillo picarón en los ojos-. Hasta la vista, señorita Stuart...

Cuando Emma entró en su coche, sentía que aquella mano la había abrasado. Le temblaba todo el cuerpo y estaba muy asustada.

Desesperada, se dijo que aún no era demasiado tarde, mientras

apretaba el acelerador y dejaba la mansión tras de sí. Todavía podía llamar por teléfono y decir que rechazaba el trabajo. Estaba a tiempo de salir de aquello, antes de meterse tanto que luego fuera incapaz de pensar juiciosamente...

Pero muy a su pesar, se dio cuenta de que deseaba aquel trabajo. Y lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada en el mundo.

En cuanto se había enterado de que la finca de los

Fleetwood necesitaba un archivador, su primera reacción había sido sentir una amarga curiosidad, una urgente necesidad de ir a ver con sus propios ojos el lugar donde sir Robert Fleetwood había destrozado las vidas de sus padres...

Sin embargo después de haber estado allí, sólo podía pensar, emocionada, en aquellos documentos antiguos que se encontraban en el desván de la mansión, esperando a que los descubriera. En eso y en la hipnotizadora mirada de Dominick Fleetwood.

Sintió rabia, miedo y desconcjerto por la manera en que había reaccionado ante aquel hombre que acababa de conocer.

Se encontró más sola y más confusa que nunca, al darse cuenta de que había deseado con todas sus fuerzas a un hombre que podía ser medio hermano suyo...

# Capítulo 2

EMMA se quitó las gafas y las depositó cuidadosamente sobre la mesa, al lado del descolorido pergamino. Después se pasó una mano temblorosa por la cara. Estaba cansada, tenía hambre y le dolía todo el cuerpo de llevar tantas horas sentada, además, hacía frío en aquel desván. Pensó que la piedra de los muros de aquella habitación debía llevar siglos sin recibir calor y la pequeña estufa de gas simulando una chimenea que tenía a su lado no parecía suficiente para proporcionárselo. Sin embargo, la emoción que la embargaba le daba una especie de calor interno, la abrasaba con una llama secreta... Sentía una imperiosa necesidad de seguir trabajando. Ya había oscurecido, por lo tanto debería dejar su labor, y sin embargo la absorbía de tal modo que no quería terminar todavía...

Contuvo la respiración al tomar conciencia por un momento de la situación tan complicada en que se encontraba. Allí estaba, en aquel desván polvoriento y, con seguridad lleno de fantasmas, del señorío de Fleetwood, concentrada en unos documentos antiguos, tratando de descifrar cartas escritas a sir George Fleetwood, hacía unos cuatrocientos años, allá por el siglo dieciséis.

A su alrededor se amontonaban cajas repletas de documentos que contenían tesoros históricos aún por descubrir...

A juzgar por los pergaminos que ya había examinado, el carácter de sir George presentaba una lamentable similitud con el de sus más recientes descendientes. Sir

Robert, el padre de Dominick, podría haber sido una extraña reencarnación de sus censurables antepasados. ¿Y Dominick...? Se estremeció un poco. Al recordar su inquisidora mirada, tuvo la impresión de que las caraoterísticas familiares aún perduraban en la presente generación...

De repente oyó unos pasos y se volvió bruscamente, esperando encontrarse en la puerta a Jamie, el nieto de la señora Shields. Pero era Dominick Fleetwood. Al verle el corazón le dio un vuelco.

-¿Todavía trabajando? -miro la hora en el delicado reloj de oro que llevaba en la muñeca y le dirigió una sonrisa forzada-. ¿No se supone que ha terminado ya su jornada laboral?

Emma se levantó despacio, haciéndose poco a poco a la idea de que él se encontraba allí. Llevaba sin verle durante los quince días que llevaba trabajando, ya que no había regresado de Londres el fin de semana anterior. Estaba tan concentrada en su trabajo que casi había olvidado que ya era otra vez viernes y existía la posibilidad

de que Dominick apareciera. Y allí estaba, misteriosamente atractivo, con traje gris y corbata negra, irradiando una aristocrática elegancia, que la hacía sentirse como una desaliñada sirvienta...

-Son unos documentos apasionantes -confesó, riendo--. ¡No puedo apartar la vista de ellos!

-¿Cartas, facturas, inventarios y documentos de rentas atrasadas de los últimos cinco siglos y medio, merecen que pase hambre y se muera de frío aquí? -preguntó con tono burlón.

Emma se pasó una mano por el pelo. Lo tenía sujeto en una coleta, de la que se habían escapado varios mechones que le caían sobre la cara. Sabía que estaba hecha un desastre, y además, el pie derecho se le había dormido de tenerlo enganchado en los barrotes de la silla durante tantas horas. Lo sacudió y se puso de pie.

-¡Podría correr el peligro de congelarme, pero desde luego no de morir de hambre. La señora Shields y Jamie me suministran constantemente tortas caseras y tazas de té!

-Me alegro de oírlo.

Sintió su mirada fría recorriéndole el cuerpo. A medida que se sentía más abochornada se iba poniendo más rígida. Con aquellos pantalones vaqueros viejos, un polo de cuello alto negro, una camisa de cuadros rosa, que llevaba desabotonada, a modo de chaqueta y unas toscas botas camperas, su imagen se alejaba bastante de la de mujer fatal. ¿Pero, acaso lo quería parecer?, le preguntó una vocecita en su interior. Desde luego aquel trabajo, a pesar de la confusa amargura que le producía la familia Fleetwood, estaba resultando irresistible.

Realmente se trataba de una joya de trabajo, de esos con los que sueñan todos los historiadores. No sólo porque se trataba de unos archivos únicos, si na también por el magnífico entorno en que trabajaba. Se había sentido privilegiada de poder explorar, con total libertad la mansión y admirar la belleza de aquel lugar tan antiguo. Pero nunca se le había pasado por la cabeza la posibilidad de encontrar a Dominick Fleetwood tan peligrosamente atractivo. Era una complicación que, sencillamente, no se le había ocurrido que pudiera presentarse... De repente el pánico se apoderó de su estómago.

-¿Qué le pasa en el pie?

-Se me ha quedado dormido -confesó, con una mueca-. Tengo la costumbre de meterlo entre los barrotes de la silla cuando trabajo durante muchas horas...

-Ya le dije que no quería ninguna Cenicienta, esclavizada noche

y día -le reprochó, con suavidad-. ¡Parece como si no hubiera pegado ojo desde que comenzó a trabajar hace dos semanas!

-¡Muchas gracias! -le respondió con las mejillas encendidas.

No comprendía cómo se atrevía a hacer esos comentarios personales sobre su apariencia.

-Necesita hacer un poco de ejercicio -le dijo, fríamente-. ¿Cómo se mantiene en forma normalmente?

-Yo... hago natación -se oyó decir vagamente, demasiado sorprendida por su brusca pregunta como para protestar-, y algunas veces juego al tenis, o salgo a correr. Pero, en realidad...

-¿Tiene aquí el traje de baño?

-Pues sí, pero, la verdad es que...

-¿Y una raqueta de tenis?

-¡Pues no! y sinceramente, yo... -le estaba molestando que intentara organizarle la vida de una manera tan directa.

-Hay un lugar al que suelo acudir cuando me encuentro en esta parte del mundo. Estaba pensando pasar allí la tarde, de todas las maneras -la sonrió de una manera que por un momento pensó que su corazón iba a detenerse-. Mi trabajo tiende a estresarme mucho y con frecuencia necesito relajarme. Venga conmigo. Le irá bien.

-¡Oh, no! No podría...

-No le estoy preguntando si quiere venir, señorita Stuart -le cortó, con calma. Le estoy diciendo que venga. Forma parte de las reglas del trabajo. Un cuerpo en forma da lugar a una mente despierta.

-Que frase tan ostentosa... -se mordió la lengua al darse cuenta de que aquel arrebato no podía llevarle a nada bueno, no sin antes percibir el brillo burlón de sus ojos.

-Tenga cuidado, señorita Stuart. Recuerde que la humildad es una de las cualidades que más aprecio -la miró de arriba abajo sin ningún tipo de pudor y Emma comenzó a sentir un hormigueo desde el cuello hasta las rodillas, allí por donde le recorría su mirada.

-Lo siento, señor -le dijo con fingida deferencia.

Después hizo una especie de reverencia y añadió con exagerada docilidad-: ¡Iré a prepararme enseguida!

¿Que me recomienda ponerme?

-Algo apropiado para salir a cenar. Tal vez comamos algo allí más tarde. La veré en mi estudio dentro de media hora.

Aquello resultaba muy inquietante, pero tampoco parecía tener la posibilidad de escoger. El tono de advertencia que percibió en su voz la hizo enrojecer de nuevo.

-De acuerdo -mascullό entre dientes, deseando que el corazón dejara de latirle con tanta fuerza.

Llena de resentimiento se retiró a su habitación para prepararse. En su interior le llamó de todo. ¿Quién se pensaba que era? Ser temporalmente el dueño del señorío, no le daba ningún derecho a tratarla como a una niña tonta...

Pero lo que la enfurecía de verdad era que sabía muy bien que la idea de nadar, jugar al tenis y después cenar con Dominick Fleetwood, la llenaban secretamente de tales sentimientos contradictorios de temor y emoción a la vez que temblaba ante la perspectiva de su propia debilidad...

La hostilidad que le inspiraba era su única protección. Se alegraba de detestarlo con tanta intensidad, ya que, muy a su pesar, se daba cuenta de que la relación con su jefe estaba empezando a salirse de su cauces habituales.

El lugar que frecuentaba Dominick cuando pasaba los fines de semana en Fleetwood resultó ser un exclusivo club de campo, rodeado de praderas ajardinadas muy bien cuidadas y una amplia arboleda, donde se encontraba una piscina al aire libre, todavía tapada por ser invierno, así como otra cubierta. Además había pistas de tenis preparadas para ser utilizadas en todas las épocas del año, cuyas superficies, de un intenso color esmeralda, brillaban bajo un eficiciente sistema de iluminación. No pudo evitar mirarle con aprensión mientras conducía su Porche entre filas de Rolls, Bentleys y Mercedes, hasta aparcarlo cerca de la entrada.

-¡Podía haberme advertido que este sitio iba a ser así! -protestó, pesarosa-. ¡Me encuentro bastante fuera de lugar!

La miró realmente sorprendido.

-¿Qué quiere decir con eso de fuera de lugar?

-¡Usted debería saber muy bien a qué me refiero! -protestó mirándose la sencilla falda larga de flores que llevaba puesta sobre un body de manga larga blanco-. ¿Es aquí donde se supone que vamos a cenar?

-Si le preocupa su aspecto -le dijo fríamente tras pensarlo un momento-. No hay razón para ello -con aquellos intensos ojos azules recorrió su hermosa piel sin maquillar, los brillantes ojos castaños y las suaves curvas de su cuerpo realzadas por aquel body que se le pegaba como una segunda piel. Después se detuvo en sus abundantes pechos, en los que los pezones comenzaban a notarse, muy a su pesar, debido al efecto que le causaba aquella lujuriosa mirada. Emma sintió que se quedaba sin respiración, que extrañas sensaciones se apoderaban de su cuerpo-. Está usted perfectamente.

No dijo nada más. Recogió las bolsas de deportes del maletero y la sonrió de una manera que hizo que le diera un vuelco al corazón, al tiempo que le indicaba la puerta de entrada. Estaba guapísimo con aquella camisa de seda azul oscura, que resaltaba sus anchos hombros y aquellos pantalones negros de diseño. La atracción que sentía por él era tan intensa que se sorprendió a sí misma apretando los dientes...

Para su sorpresa le encantó jugar al tenis en las pistas iluminadas. De algún modo se enfrentó al reto de competir con un jugador no sólo más experimentado, si no también mucho más fuerte que ella y desenvolverse bastante bien. Al final Dominick ganó, pero no sin antes arrebatarle un par de partidas, lo que le produjo un cosquilleo de placer que le iluminó el rostro.

Su chándal verde, por otra parte la única prenda que había encontrado apropiada para la ocasión, le daba mucho calor. Deseó haber llevado una falda blanca y una camiseta. Dominick en un principio llevaba puesto un chandal negro, pero después de un par de partidas se quitó los pantalones y se quedó en bermudas, dejando al descubierto unas musculosas piernas bronceadas, cubiertas de vello.

-Juega bastante bien -le dijo cuando se encontraron en la red, observando sus enrojecidas mejillas y sus aires de triunfo-. ¿Quiere que nos lo juguemos a tres sets?

-¿Acaso quiere matarme? Jugaba bastante bien cuando estaba en el instituto, pero me falta práctica. ¡Ni siquiera me puedo creer que le haya conseguido ganar alguna partida!

-Le puedo asegurar que las ha ganado con toda justicia -le aseguró-. Lo único que hice fue no sacar con demasiada fuerza.

-¡Aun así! -ya había tenido bastante con la fuerza con que le había devuelto las pelotas. Se hacía una idea clara de como debían de ser sus saques normales. Se sopló la frente, para retirarse unos mechones húmedos de sudor y le sonrió con timidez-. Me estoy asando con este chándal. ¿Podemos ir a nadar un poco?

-Por supuesto que sí, señorita Stuart -le respondió con un brillo en los ojos difícil de interpretar. Pero sintió que el calor que sentía tras jugar al tenis, se transformaba en otra clase de calor, al verle recorrer de nuevo con la mirada su esbelto cuerpo oculto bajo el chándal color verde.

Sólo le llevó unos minutos quitárselo y ponerse el bañador. El frescor del agua le trasmitió una deliciosa sensación al zambullirse en la piscina. Echó un vistazo a su alrededor, buscando a Dominick, y le vio al otro lado, moreno y muy masculino, con un escueto

bañador azul marino. Le vio sumergirse, sin poder apartar los ojos de aquel hermoso cuerpo musculoso, y comenzar a nadar, para, finalmente aparecer a su lado riendo.

-¿Se siente mejor?

-Sí -admitió, tratando de disimular la turbación que le producía su proximidad-. Mucho mejor. Gracias. Siempre me ocurre cuando hago ejercicio...

-Ya tiene mucho mejor aspecto -le aseguró-. Se la ve más relajada, señorita Stuart. Y le sienta muy bien

-Gracias, señor Fleetwood.

-¡Venga! Terminemos con un jacuzzi.

Salió del agua y luego la ayudó a salir, tirándola del brazo. Emma sintió que aquel contacto de sus pieles le resultaba casi insoportable. Al verse a sí misma en la piscina, al lado de aquel hombre, y llevando puesto tan sólo un pegado bañador negro, se sintió igual que si estuviera desnuda al lado de un desconocido...

-Está temblando -le dijo al ver que se le estaba poniendo carne de gallina-. ¿Ya tiene frío otra vez?

La llevaba en dirección al jacuzzi, que se encontraba al otro lado de la piscina. Sentía la seguridad de los

cálidos dedos masculinos contra la humedad de su piel.

-No. No es que tenga frío exactamente... Tan sólo se trata del cambio de temperatura... y, la verdad es que nunca he estado en un jacuzzi... -se dio cuenta de que los nervios le estaban haciendo balbucear y no pudo evitar enfadarse consigo misma.

-El agua del jacuzzi está caliente -metió una moneda en la ranura y le indicó la burbujeante bañera. Se quedó inmóvil, dudando mientras él se metía en el agua y estiraba su musculoso cuerpo-. ¡Vamos, señorita Stuart.

Le está esperando una nueva experiencia de relajación...!

Emma se preguntó si podría soportar estar con él en lo que parecía un espacio tan reducido, tan íntimo. Aspiró profundamente y se obligó a mantener el control de sus emociones. Se estaba comportando como una colegiala mojigata. Había un montón de gente nadando a su alrededor. Además cuanto más se quedara allí dudando, más exponía su cuerpo a aquella penetrante mirada masculina...

Metió un pie en el agua burbujeante. Aquella calidez era como una bendición tras el frío que había pasado en la piscina. Pero pronto dejó de ver los escalones entre las burbujas y al dar otro paso perdió el equilibrio y se cayó al agua para ir a parar justo encima de Dominick. Lo que sintió fue electrizante.

-Muy interesante -murmuró él, bromeando-. Pero, ¿le importaría mantenerse en su lado? -mientras hablaba sintió como la agarraba de la cintura y la apartaba de su cuerpo, pero no sin que antes sus sensibles pezones rozaran el pecho masculino y los esbeltos muslos se le hubieran quedado, para su bochorno, enganchados, por un momento a las piernas masculinas.

-Lo siento... -se disculpó, avergonzada al darse cuenta de que estaba enrojeciendo.

-No lo sienta. Me ha gustado -le dijo, bromeando, aunque con una mirada totalmente inexpresiva-, Señorita Stuart, por qué no se relaja un poco -añadió con vez ronca-. Las reglas del club son muy estrictas respecto a los escarceos sexuales en el jacuzzi. Por lo tanto puede estar tranquila que no voy a quitarle el bañador, ni a ser perverso con usted, si es eso lo que teme.

Aquel humor sardónico hirió aún más el ya magullado ego de Emma. Se dio cuenta, con rabia de que se estaba divirtiendo a su costa y le miró mostrando todo el resentimiento que sentía.

-Está claro que esta noche le estoy proporcionando un gran entretenimiento -le dijo, con frialdad-. ¿Era esa la razón por la que insistió tanto en que viniera con usted? ¿Porque necesitaba un bufón que le hiciera reírse un poco, y así relajarse de sus dos estresantes semanas en el juzgado?

-Es usted una mujer muy susceptible -le dijo con suavidad-. Y además no se valora mucho a sí misma.

-No es a mí a quien no valoro...-comenzó a decir, en un estallido de furia.

La expresión de la cara de Dominick cambió un poco. De parecer divertirse pasó a quedarse serio. Volvió a mirarla de nuevo con esa curiosidad analítica que ya había visto antes en sus ojos. Era la penetrante mirada astuta del abogado.

-Aclaremos las cosas... ¿Quiere usted decir que no tiene una buena opinión de mí?

-Yo...

No pudo seguir. Incluso sin tener en cuenta toda la fría arrogancia que había mostrado ante la idea de que ella no pudiera considerarlo perfecto, ¿cómo había podido pensar que podría ocultar sus sentimientos con tradictorios, esconder los resentimientos del pasado?

-Y bien, ¿qué es lo que he hecho para incurrir en su desaprobación, señorita Stuart?

-Nada... en realidad, nada...

«Excepto ser insoportablemente engreído, dominante y

sádicamente sarcástico, pensó furiosa, igual que debí haber sido su padre...»

Aterrorizada, se levantó e intentó salir del burbu. jeante agua. Dominick se levantó también y la sujeté al verla tambalearse. La calidez de aquellas manos en sus hombros, le enviaron oleadas de inconfundible deseo sexual que le recorrieron todo el cuerpo. Casi sin respiración consiguió salir y recoger la toalla que había traído de la mansión, y con ella se arropó el cuerpo, como si la utilizara a modo de escudo.

Dominick también había salido.

-Me voy a dar una ducha caliente -dijo de manera casual, colocándose la toalla alrededor del cuello. Para alivio de Emma parecía dispuesto a cambiar de tema-. Le recomiendo que haga lo mismo. La espero en el bar dentro de media hora.

-De acuerdo...

-¡Ah! Sólo para satisfacer mi curiosidad -murmuró, al tiempo que la sujetaba por un pliegue de la toalla, justo donde la tenía cubriéndole los pechos-. Me gustaría probar esto...

Y sin más, inclinó la cabeza y la besó con pasión en los labios. Emma creyó desvanecerse al sentir aquella combinación formada por la calidez del beso masculino en toda su intensidad y el contacto de los nudillos de Dominick contra su escote. Rechazándole, permaneció rígida como una estatua, aunque en su interior se estuviera desencadenando toda una tormenta pasional. El sabor de su boca, el aroma de su cuerpo, la juguetona exploración de su lengua, todo era una conspiración destinada a minarle las defénsas.

Tuvo que hacer acopio de todas las fuerzas que le quedaban para apartarlo de ella. Le miró un momento, temblorosa, pero mientras que sus ojos le trasmitieron

toda la furia que sentía, los de él la miraron divertidos, sin mostrar ningún tipo de arrepentimiento.

-¡Por favor, no vuelva a intentarlo o tendrá que buscarse otra archivadora!

Se alejó a toda prisa hacia los vestuarios. Casi ciega por la furia, tuvo dificultades para encontrar la bolsa de aseo. Se metió bajo una de aquellas lujosas duchas de agua caliente y se lavó el pelo, enjabonándose después todo el cuerpo.

Se sentía como en una pesadilla. En un principio pensó que iba a poder arreglárselas con aquella situación tan complicada, pero empezaba a darse cuenta de que iba a resultarle más duro de los que había imaginado. La intensa atracción física que sentía por

Dominick era desastrosa. Más que desastrosa. Resultaba... resultaba inconcebible.

Cerró los ojos y dejó que el champú le bajara por la cera, intentando liberar su mente del tormento al que estaba sometida. Sintió mucho calor dentro de su cuerpo, mucho calor, desconcierto y un tremendo asco de sí misma... No sólo estaba el hecho de que Dominick pudiera ser su hermanastro, lo cual le convertía en terreno prohibido en cualquier sociedad normal... Además le martirizaba un amargo sentimiento de deslealtad.

Sobre todo cuando recordaba a su padre pocos meses antes de morir.

Toda la vida le habían dicho que los Fleetwood habían destruido las vidas de sus padres. Que la culpa de todos los trágicos problemas que habían existido en el matrimonio de sus padres, la había tenido sir Robert Fleetwood, el padre de Dominick. Y, sin embargo ella había aceptado salir con Dominick Fleetwood aquella noche.

Y aunque le odiaba por su fría arrogancia, y le des preciaba por ser quien era, no podía evitar sentirse sobrepasada por aquella tremenda excitación que se apoderaba de ella cuando estaba a su lado...

Se frotó el cuero cabelludo con furia, para aclararse los últimos restos de champú. Mientras mantenía los ojos cerrados con todas sus fuerzas, pensaba que debía estar volviéndose loca. No se explicaba cómo podía haber aceptado aquel trabajo después de lo que su padre le había dicho sobre los miembros masculinos de la familia Fleetwood.

Salió de la ducha, se envolvió en la toalla y se sentó en el banco de madera, mientras luchaba con todas sus fuerzas por encontrar algún sentido a sus sentimientos...

Estaba enfadada con Dominick aquella noche, pero no por lo que sir Robert hubiera podido hacerle a su madre años atrás, o porque fuera un Fleetwood, sino porque la hacía sentirse vulnerable y torpe. Y también porque aquel contacto físico que habían tenido en el jacuzzi y aquel beso la habían hecho estremecerse, y sentir una excitación que no había experimentado antes... Tenía que buscar las pruebas que le mostraran que la versión de lo ocurrido en el pasado contada por su padre era cierta. Era la tarea más urgente que tenía que emprender. La ironía de todo aquello estaba en que antes de conocer a Dominick, sus deseos de venganza le habrían hecho sentir una profunda satisfacción al probar que sir Robert era su verdadero padre, pero en aquel momento se sentía tan confusa

que ya no tenía ni la más mínima idea de lo que quería encontrar...

-¿Ya ha escogido?

Le miró por encima del menú y le vio observarla con detenimiento. Estaban en el bar tomando unos aperitivos. Emma tomó un trago de su Martini seco y trató de decidir lo que deseaba cenar.

-Todavía... todavía no.

Ni siquiera era capaz de concentrarse en el menú. Las letras, cuidadosamente escritas en papel de vitela, de un delicado color crema, le bailaban ante los ojos, hasta hacerle verlas borrosas.

Se dio cuenta, con pesar, de que estaba demasiado pendiente de él. Lo tenía demasiado cerca para sentirse a gusto, aunque estuviera sentado en un taburete, a una distancia prudencial del suyo. Olía ligeramente a una loción para después del afeitado a base de madera de sándalo que debía ser carísima. Le pareció tan alto, tan masculino, tan intimidante. Sin duda era muy peligroso, Se sentía como si le faltara la respiración.

-Está muy callada, señorita Stuart -comentó de forma casual tras otro momento de silencio-. ¿Siempre está igual de tensa? ¿0 es que la asusto?

Emma levantó la vista del menú, con cautela.

-Por supuesto que no me asusta -deseó haberle sonado más convincente de lo que le había parecido a sí misma.

-¿De verdad? -aquellos ojos azules examinaron su rostro, burlones, observando los cambios de expresión.

-Apenas nos conocemos. ¡Y no es que nos movamos... en el mismo círculo social! ¡Tan sólo soy una empleada! No puede pretender que charle con usted como si fuéramos viejos amigos.

Había pretendido hablar con frialdad, pero, muy al contrario su voz sonó temblorosa, incluso a la defensiva.

Empezó a sentir de nuevo aquel calor que le recorría el cuerpo. El fino tejido del body que llevaba puesto se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Dominick comenzó a mirarla de nuevo con aquella mirada entre lujuriosa y burlona, deteniéndose a la altura de sus voluptuosos pechos, donde ya empezaban a notársele los pezones como consecuencia del efecto que aquellos ojos causaban en ella. Para tratar de calmar su agitación, Emma levantó la mano y comenzó a juguetear con el pequeño camafeo que llevaba al cuello. Dentro había una foto de su madre, que su padre le había entregado poco antes de morir...

-Me intrigaba la idea de que no tuviera un concepto demasiado

elevado de mí, señorita Stuart.

Emma no pudo evitar pensar, con tristeza, que desde luego el que se tenía en muy alta estima era él mismo.

-Apenas le conozco -se oyó volver a decir-. ¿Por qué iba yo a tener nada en contra suya?

-Eso es lo que me gustaría saber... -resultaba diflcil leer nada en aquellos ojos. Con calma, cambió de tema y añadió-: Si está indecisa, le recomiendo los escalopes con salsa de vino blanco, seguidos de el faisán con vino de Madeira. A no ser que sea usted vegetariana.

-No... -tras estar tentada un momento en rechazar sus sugerencias, se tragó el orgullo y aceptó-. Me parece bien.

-Me alegro...

Con un imperceptible movimiento de la mano, atrajo la atención del camarero que se apresuró a acercarse a él. Con el corazón latiéndole más fuerte de lo debido, le oyó pedir con calma cada plato, indicando los vinos con los que deseaba acompañarlos: un Muscardet y un Médoc. Después volvió a concentrar toda su atención en ella, mirándola fijamente.

Emma se mordió los labios y sintió el sabor del pintalabios rosa que se había puesto tras la ducha, en un intento de añadir un poco de sofisticación a su apariencia. Le hubiera gustado ser más atractiva y chic, para estar más a la altura de un hombre con un encanto tan peligrosamente varonil. Pero al ver reflejada su imagen en el enorme espejo situado encima de la chimenea, justo en frente del bar, se le encogió el corazón cuando se dio cuenta de que el moño que se había hecho con tanto cuidado, estaba empezando a desmoronarse, y ya se habían soltado algunos mechones de brillantes cabellos castaños del prendedor de plata con que los sujetaba.

Le pareció que tenía demasiado enrojecidas las mejillas, y que los ojos, parecían enormes para el delicado óvalo de su cara. Además al mirar a su alrededor, se sintió todavía peor al ver toda aquella opulencia, a todas aquellas damas elegantes y seguras de sí mismas, vestidas con aquella ropa, sin duda de diseño, que coqueteaban con elegancia con hombres educados y adinerados. Y allí estaba ella, tan colorada e insegura como si tuviera dieciocho años y la hubieran invitado a cenar por primera vez.

-Así que se ha pasado los últimos quince días encerrada en el desván con la cabeza metida en todo tipo de documentos antiguos.

-Sí, más o menos. La señora Shields y Jamie me han tenido bien provista de comida y bebida. Además Jamie me ha ayudado a

levantar las cajas que pesaban demasiado...

-Jamie es un buen chico. Me sorprende que no se haya preparado para ser algo en la vida y solo se haya dedicado a realizar tareas varias para mi padre en la finca.

-No hay nada malo en escoger un trabajo manual, si es eso lo que te gusta -le respondió con rapidez-. Mi padre detestaba los trabajos burocráticos. Sin embargo le encantaba estar al aire libre. No le importaba que eso supusiera un salario más bajo. Se sentía libre...

-¿Viven todavía sus padres?

Se dio cuenta de que quería que le contara algo más y se sintió obligada a continuar.

-Mis padres estaban separadas. Viví con mi madre hasta que murió, hace cinco años, en un accidente de tráfico. Entonces me fui a vivir con mi padre, que contrajo una broncopulmonía que le llevó a la muerte el año pasado.

-Debe haber sido muy duro para usted. ¿Tiene otros parientes?

Emma negó con la cabeza.El tono de su voz era normal, pero la miraba intensamente, de esa forma que la alteraba tanto.

-Así que a la tierna edad de veintidós años está sola en el mundo. ¿De verdad no tiene a nadie?

-¡Por su manera de hablar, se diría que me considera una... una pobre niña huerfanita, o algo así!

-¿Y no es ese exactamente su caso? Excepto que, por supuesto, la considero adulta -sonrió apenas-. Una joven adulta bastante sosegada, pero que al mismo tiempo guarda en su interior muchas emociones reprimidas a punto de estallar. ¿Serviría de algo que le pidiera perdón por haberle hecho pasar tanta vergüenza antes en el jacuzzi, señorita Stuart?

Emma se dio cuenta de que volvía a acalorarse. Apretó, con fuerza, las manos que tenía sobre las piernas.

-No necesita disculparse por eso. Tuve yo la culpa por... por resbalarme. ¡Pero, desde luego, sí debería pedirme perdón por haberme besado después!

Tenía los ojos entrecerrados y resultaba evidente que se estaba divirtiendo.

-Señorita Stuart... ¿Podría llamarla Emma? -Supongo... supongo que sí. ¡Al fin y al cabo es usted mi... mi jefe!

-Muy bien, Emma. Perdóname. Fue un impulso y siento mucho haberte disgustado. ¿Estarás más relajada a partir de ahora?

¿Relajarse? Sabía perfectamente que se estaba burlando de ella, y sin embargo había algo poderoso, apremiante en su concisa

petición. Pero sabía que si se relajaba mucho, resultaría demasiado vulnerable. Estaba confusa. Se sentía como un barco a contracorriente que se encontraba a la deriva.

-Yo... -contuvo la respiración y luego expulsó el aire bruscamente. Después consiguió esbozar una cautelosa sonrisa-. Estoy relajada. Completamente relajada.

La miró fijamente a los ojos y luego soltó una carcajada.

-¿De verdad? Bueno, por lo menos vamos progresando. Dime, ¿qué tal va la investigación?

Emma pensó que con aquel tema por lo menos pisaba terreno seguro.

Resumió los progresos que había realizado hasta entonces. Le habló sobre las evidencias de culpabilidad que recaían sobre sir George Fleetwood según una conmovedora carta que le había escrito en el siglo dieciséis una mujer que parecía ser la institutriz de sus hijos.

-Fue un perverso mujeriego -admitió Dominick, sin el más mínimo asomo de vergüenza por su parte-, pero tenía otras virtudes que lo compensaban. Tengo entendido que solía arriesgar su vida, ocultando a sacerdotes perseguidos injustamente por la ley, librándolos así de la prisión o la ejecución...

-¿De verdad?

Dominick asintió.

-Así lo cuenta la leyenda. Existen dos lugares secretos dondee los ocultaba: uno de ellos estaba formado por pequeños compartimentos en el torreón sudoeste y el otro se encontraba entre el eje de la escalera y un espacio en el suelo del torreón más alto. Fueron descubiertos en el siglo diecinueve...

-¿Sí?

Emma parecía haberse olvidado de todos sus resentimientos. La expectación que le producían semejantes descubrimientos hacía que le brillaran los ojos de la emoción.

-Aparecieron durante unas reformas que se llevaron a cabo, junto con un jergón, un altar plegable de piel y unas cuantas reliquias no muy agradables de ver...

Emma se apretó las manos, emocionada.

-¿Puedo verlas?

-Por supuesto. Aunque según tengo entendido los huesos fueron enterrados cristianamente.

-¿Huesos? -sus ojos grises se abrieron de par en par, horrorizados, y tuvo que reprimir un escalofrío-. ¿No querrá decir que alguien murió allí, atrapado?

-Son todo conjeturas, pero imagino que así fue. Tal vez el sistema tuviera algún fallo... alguien tenía que acordarse de que el fugitivo se encontraba en aquellos escondrijos tras la partida de sus perseguidores.

-¡Qué horror!

-Mmm. Por supuesto las historias de que se oyen gritos fantasmales procedentes del torreón sudoeste, son totalmente imaginarias, tanto como las que cuentan de que a veces se pueden ver figuras grises flotando por los desvanes de la mansión. No son más que el producto de imaginaciones calenturientas...

-¡Se lo está inventando! -fruncía el ceño, pero estaba medio riéndose.

El rostro de Dominick permanecía inexpresivo.

-Sí, pero al menos te he hecho reír. Eres una mujer muy... muy apasionada, Emma...

-¡Dominick! -al oír aquella suave voz femenina, Emma se dio la vuelta y vio a una joven de pelo liso rubio y labios pintados de rojo que avanzaba hacia ellos, con expresión divertida-. ¡Dominick, cariño! ¡Qué encantadora sorpresa!

-Vanessa -Dominick se levantó enseguida, pero su rostro no expresó emoción alguna mientras la joven se alzaba para besarle en la mejilla-. ¿Qué estás haciendo en Warwickshire?

-He venido para hacerme la encontradiza contigo, cariño. ¿Para qué si no? -bromeó la chica, al tiempo que miraba a Emma y levantaba una ceja, sin poder disimular su curiosidad-. Espero no estar interrumpiendo nada.

-Te presento a Emma Stuart -dijo Dominick, con suavidad-. Trabaja para mí. Está ordenando los documentos de Fleetwood. Emma, esta es Vanessa Buckingham. Una vieja amiga y vecina. Además de colega. Ya que también es abogado.

Al estrecharle la mano, Emma se dio cuenta de la esbelta figura de la joven que llevaba puesta una falda negra ceñida y una blusa con la espalda al descubierto.

Vanessa se echó a reír al oír la manera en que la había presentado Dominick.

-Mmm. Mientras Dominick se hace famoso en el Tribunal Supremo por sus diabólicas tácticas inquisitorias, yo me tengo que contentar con ser el abogado de unos grandes almacenes...

Al oír el nombre de aquellos famosos grandes almacenes, Emma se dio cuenta de que se trataba de falsa modestia y de que en realidad Vanessa Buckingham era un abogado muy importante.

-He venido con Hugo y Jan -estaba diciéndole a Dominick,

mientras sus ojos verdes le acariciaban con evidente deseo.

Emma enganchó uno de sus pies a la pata de la banqueta y jugueteó con su vaso. Un extraño sentimiento parecía estar apoderándose de ella, haciéndola sentir un ligero malestar.

Se recordó a sí misma que aquella mujer era el prototipo de fémina con la que Dominick acostumbraba a tratar: atractiva y de su misma clase social, alguien que se movía en los mismos círculos que él, tanto social como profesionalmente. Trató de dejar de pensar en la situación e intentó concentrarse en el trabajo que había estado haciendo aquel día, en su verdadera razón para encontrarse allí.

-¿Por qué no os unís a nosotros? -sugirió Dominick, con suavidad-. Pediré a Giuseppe que nos prepare una mesa para cinco.

Emma sintió que se le encogía el estómago. No entendía lo que le ocurría. Debería alegrarse de dejar de ser el centro de atención de Dominick. Todo lo que tendría que hacer a partir de aquel momento sería sentarse a cenar y hablar lo menos posible. Empezó a dejar de sentir aquel tremendo calor...

Sin embargo en vez de sentir alivio, al ver a Dominick reírse con algo que la rubia había dicho y escuchar su conversación sobre el enrarecido mundo legal londinense, de repente se sintió torpe, aburrida y provinciana.

Lo peor de todo es que se dio cuenta de que ese malestar que volvía a sentir en todo el cuerpo no era más que un inesperado y absurdo ataque de celos.

# Capítulo 3

EMMA permaneció en silencio en el coche durante todo el camino de vuelta a la mansión. Para tratar de no pensar en nada contemplaba los setos y los oscuros bosques que iban pasando cuando los iluminaban los potentes faros del coche. Quería mantener la mente en blanco para no pensar en la velada que acababa de pasar en el club de campo. Para no pensar absolutamente en nada...

La velada no había resultado un éxito, al menos no para Emma. Se había desenvuelto razonablemente bien, había dado una discreta, pero inteligente explicación sobre el contenido de su trabajo como archivadora, cuando le preguntaron amablemente por qué se encontraba en la mansión. Pero cuando contó con toda tranquilidad que su padre había sido guardabosque en Fleetwood cuando ella era una niña, percibió un cruce de miradas irónicas entre los tres amigos de Dominick que obviamente habían vivido la niñez de un modo semejante, y estudiado en colegios del mismo tipo, ya que procedían de idéntica clase social.

Había perdido por completo la confianza en sí misma al darse cuenta de que Dominick no había dudado un momento en contar con ellos para animar la velada, al invitarlos a su mesa.

Sin embargo le había parecido preocupado durante toda la cena.

Los escalopes, con su delicada salsa le parecieron deliciosos; y el faisán muy aromático, servido además con patatas salteadas, un brocoli en su punto y zanahorias muy apetitosas. Pero había estado demasiado en tensión como para disfrutar de la excelente cocina del club de campo. Muy a su pesar se dio cuenta de que no podía apartar la mirada de Dominick, mientras apoyado en el respaldo de su silla, acariciaba el borde de la copa, y escuchaba a sus amigos con frío desinterés. Lo poco que había contribuido a la conversación había sido para decir cosas muy concretas. Sus ojos azules, ensombrecidos por la luz de la vela que había sobre la mesa habían sido inescrutables.

Un par de veces, mientras los otros tres conversaban animadamente le había sorprendido mirándola, y al encontrarse sus ojos había vuelto a sentir aquella extraña sensación en el estómago.

-¿Has disfrutado de la velada? -le preguntó de manera casual, tras parar el coche y volverse para mirarla, cuando ya estaban frente a la imponente puerta de madera de la mansión.

-Sí, gracias -respondió, educadamente, sin mucho entusiasmo.

-Nadie lo diría por la manera en que has respondido -le indicó,

en un tono tranquilo, pero con curiosidad-. Eres una jovencita muy reservada, hay un aspecto... mongil en ti que me pone nervioso -le dijo con cierto tono de sorna.

-Lo siento, si se ha aburrido mucho conmigo -le dijo con frialdad.

Se dio cuenta de que el corazón comenzaba a latirle de nuevo con mucha fuerza. Cuando iba a abrir la puerta, se quedó muy quieta al sentir que Dominick se lo impedía sujetándola por el brazo. No la apretaba, pero el mero contacto de aquellos dedos la hicieron sentir montones de emociones que no hubiera deseado.

-No me aburres lo más mínimo -le aseguró con suavidad-. Muy al contrario me interesas.

-Señor Fleetwood...

-Llámame Dominick.

Apartó la mano y Emma sintió como si aquellos dedos le hubieran abrasado el brazo. De repente le pareció que no había bastante aire en el coche. Notó, muy a su pesar, que los pezones se le endurecían y que la respiración se le agitaba cada vez más.

-Emma... -la hablaba con voz profunda, pero sin abandonar un ligero tono de sorna. Le levantó la barbilla y la obligó a mirarle para observar su expresión-. ¿Qué es lo que está pasando por esa cabecita tan llena de secretos?

-¿Secretos...? -le dijo, sin poder ocultar su indignación y con el corazón latiéndole cada vez más deprisa-. ¡No tengo ni idea de lo que está hablando!

-¡No soy tonto! -murmuró, sin dejar de mirarle a los labios entreabiertos, misteriosamente-. Estoy muy acostumbrado a darme cuenta enseguida de cuando pasa algo raro. Tú escondes algo, mi dulce Emma. Todavía no conozco tu historia, pero estoy determinado a averiguarla.

-¡Déjame! -susurró nerviosa. Todo su cuerpo parecía vibrar de deseo.

-¿Por qué no te calmas? -le soltó la barbilla. Se sintió insultada por aquel tono de voz tan sarcástico.

-Existen leyes contra esta especie de... de acoso sexual hacia las empleadas...

-¿Sexual? -preguntó con tono burlón-. ¿0 sea que piensas que esta noche te he estado acosando sexualmente? -aunque estaba oscuro, pudo ver reflejada en su cara la incredulidad.

-¡No me trates con condescendencia, por favor! -le dijo furiosa.

No se había dado cuenta de lo enfadada que estaba hasta ese momento. Los motivos eran varios. Por una parte lo extraña que le

había parecido aquella velada, y por otra el sentimiento de culpabilidad que le causaba encontrarle tan atractivo y el miedo que sentía al darse cuenta del deseo tan fuerte que sentía por aquel hombre tan masculino, sentada tan cerca de él en la oscuridad del interior de su coche...

-¿Esa es la razón por la que me has estado mirando toda la noche como si fuera una mezcla del conde Drácula y Casanova? ¿Crees que estoy tan desesperado por estar con una mujer, que he pretendido engatusarte con una cena para después acostarme contigo?

-¡Tú dirás!

Las confusas respuestas de Emma le debieron transmitir un claro mensaje de lo que sentía porque se acercó un poco más a ella y pasándole una mano por el cuello, comenzó a acariciarle la nuca.

-Muy bien, te lo diré. No creo que sepas lo que quieres. Pero me parece que buscas... algo -aquel tono burlón ya era casi como una agresión física. Pero sus dedos, el contacto de aquellos dedos en sus cabellos hacía que se le elevara la temperatura del cuerpo.

-Por favor... -le dijo con voz forzada. Como si fuera la voz de otra persona. La voz de una desconocida-. No... No me toques...

-¿No quieres que te toque? -la voz de Dominick también sonaba diferente. Todavía parecía mofarse, pero su voz se había vuelto más ronca. Tenía los ojos entrecerrados y no dejaba de mirarle los labios entreabiertos. Casi podía sentir un cosquilleo al sentir su mirada posarse en ellos.

Estaba furiosa. Pero no con Dominick, sino consigo misma por haber aceptado aquel empleo. Aquella decisión había sido propia de una persona inmadura y mal aconsejada. Experimentaba unos sentimientos demasiado irracionales. Aquella atracción tan fuerte que sentía por Dominick Fleetwood era un contratiempo que no había previsto. Un tornado de emociones contradictorias daba vueltas en su mente.

-Ya que has sacado el tema del sexo, te diré que sí que te encuentro atractiva, Emma.

El sarcasmo que notaba en su voz ronca la hizo quedarse paralizada en su asiento, sin apenas poder respirar. Dominick empezó a acariciarle el cuello ligeramente con los dedos, que fue deslizando hacia sus senos, deteniéndose a recorrer el borde del discreto escote que llevaba. Después tomó el camafeo de plata en la mano y lo acarició, suavemente.

Notó que todo su cuerpo se estremecía y sus pezones aumentaban de tamaño ante la cálida proximidad de los nudillos

masculinos. Parte de ella gritaba en su interior para que se detuviera y otra parte parecía suplicarle en silencio que moviera las manos a ambos lados, le acariciara los pechos y calmara así la desazón que sentía en los pezones. De repente jadeó, sin querer y le agarró la mano con furia, protegiéndose después con los brazos.

-¡No sigas...! -le susurró con voz entrecortada.

Dominick hizo caso omiso a sus palabras.

-La verdad es que te encuentro muy atractiva sexualmente... -le apartó las manos, sin dificultad, dejándola expuesta a su mirada. Sintió el roce cálido y fuerte de aquellas manos contra sus muñecas. Al ver como la miraba de arriba abajo, sintió que sus huesos se convertían en gelatina. Abrió la boca para protestar, pero no salió ningún sonido de ella-. Sin duda hay algo en ti -continuó con sarcasmo-, que me gusta. Las líneas de tu boca, la forma de tus pechos y caderas... Francamente, señorita Emma Stuart, debo confesarle que me encantaría...

Sus palabras cansinas eran brutalmente explícitas.

Empezó a temblar sin parar y el rubor encendió sus mejillas. A pesar de lo humillada que se sentía, notó un cosquilleo en los pezones, que parecían marcarse cada vez más contra el fino tejido del body blanco que vestía. Sintió que el estómago se le contraía al ver con

que frialdad observaba su excitación.

-Si crees que estoy dispuesta a mantener relaciones... relaciones sexuales ocasionales contigo, es que estás loco... -susurró angustiada.

Aunque aún no supiera si era hermanastro suyo o' no, ¿cómo se atrevía a tratarla como si fuera un insignificante objeto barato?

-Acostarme contigo no tendría nada de ocasional, te lo puedo asegurar -protestó, suavemente-. Pero supongo que estás esperando que te pida disculpas.

Aunque su expresión no denotaba lo que pudiera estar sintiendo en realidad, Emma no pudo evitar pensar que su rostro tenía algo de lúgubre y depredatorio, y por primera vez sintió un ligero estremecimiento de miedo. Aparte de la señora Shields y su nieto Jamie, que dormían bastante lejos de los dormitorios en uso del primer piso, aquella noche estaba completamente sola con Dominick Fleetwood, y no tenía ni idea de como iba a poder mantener bajo control aquella explosiva atracción que sentía hacia él...

-¡No, por supuesto quee no! ¡Estoy bastante segura de que no eres la clase de hombre que se disculpe por nada!

-¿Cómo puedes saber la clase de hombre que soy?

-Los hechos valen más que las palabras. ¡Si... si fueras un «caballero», no me habrías hablado jamás de la manera en que lo has hecho hace un momento!

Por un momento se dio cuenta de que se estaba expresando como lo haría una mojigata institutriz de la época victoriana. Por eso se mofaba tanto de ella y parecía resultarle tan divertida...

-Acepto la reprimenda, Emma y te pido disculpas -murmuró tratando de reprimir el tono de sarcasmo-. No tengo ningún derecho a caer en la tentación de hablar tan... tan francamente a una joven que trabaja para mí. ¿Podrías perdonarme?

-Yo...

Se detuvo de repente, al ver aparecer a la señora Shields en la puerta. Como el ama de llaves se estaba acercando al coche, Dominick sonrió a Emma y después, sin prisas, salió del automóvil.

-Gracias a Dios que está ya de vuelta, señor Dominick. Llamó un abogado de Londres para decir que tiene que darle algunas noticias sobre el señor Richard. El caballero dijo que podía usted llamarle esta noche. Dejó su número...

Emma salió también del coche y se unió a ellos en el vestíbulo. Con el rostro enrojecido y todavía temblorosa comenzó a subir por la escalera, pero Dominick la llamó.

-Venga a mi despacho un momento, señorita Stuart -por el tono de advertencia de su voz, se dio cuenta de que lo más prudente sería obedecerle-. Ya que se está encargando de ordenar todos los documentos que se refieren al pasado de esta familia. Sería conveniente que fuera testigo también de su evolución en el presente.

Sintiéndose en cierto modo protegida por la presencia de la señora Shields, negó con la cabeza.

-En este caso, el pasado tiene poca relevancia en el presente -consiguió decir con voz ronca-. Si... si me perdona, estoy bastante cansada y me gustaría irme a la cama...

Se dio cuenta con consternación que le había molestado su negativa, pero aún así se dio la vuelta y subió por las escaleras. Ya era demasiado tarde para cuestionarse si había sido prudente provocar su enfado de aquel modo, o para plantearse lo que la señora Shields habría podido pensar de aquella pequeña escena. Lo único que quería era llegar a su habitación y refugiarse en la tranquilidad que le procuraba aquella privacidad: la puerta cerrada con llave y una cama caliente donde hacerse un ovillo... y al día siguiente, a pesar de lo que le interesaban aquellos archivos, tendría

que marcharse.,.

El cuarto de baño que daba a la habitación de Dominick tenía cerradura. Dio una vuelta a la llave y comprobó si estaba bien cerrada, para quedarse tranquila. Después se desnudó a toda prisa, temblando todavía por la tensión que había soportado durante toda la noche. Se puso el camisón y se trenzó los tupidos cabellos castaños, comprobando después su aspecto, con cierta resignación, en el espejo de cuerpo entero que había en la habitación.

Pensó, con tristeza que aquella noche había sido un desastre, lo mirara como lo mirara.

Había conseguido encontrar un buen trabajo y ahora iba a tener que abandonarlo...

Y en lo que respectaba a su absurda idea de encontrar pruebas en aquellos archivos sobre lo que los Fleetwood le había hecho a su familia y sacarlas a la luz pública... se daba cuenta de que no hacía pie en aquellas aguas. No podría estar nunca a la altura de Dominick Fleetwood. Era como una pantera negra: suavemente peligroso, letalmente atractivo...

Aunque se había comportado como una mojigata criada victoriana, rechazando sus provocaciones y se había sentido insultada, humillada por un jefe lascivo... Si analizaba sus sentimientos, se daba cuenta de que durante toda la noche había querido tocarle de nuevo de la manera en que lo había hecho, por accidente, en el jacuzzi... Y él no era tonto. Había visto la expresión de sus ojos y percibido como vibraba su cuerpo.

Cada vez que pensaba en él se excitaba... Su arrogante y cruda sugerencia en el coche todavía le abrasaba el cuerpo, le hacía apretar los muslos y sentir un deseo tan voluptuoso que casi le hacía querer gritar...

Pero no tardó en recordarse a sí misma que los hombres de la familia Fleetwood eran todos iguales. Posiblemente su madre había sucumbido también a las insinuaciones amorosas de sir Robert sin oponer mucha resistencia. Debía ser cosa de familia, mucho más de lo que pudiera haberse imaginado. Para ellos lo más importante era la emoción de la seducción. Todo tipo de compromiso les horrorizaba... Y en cuanto a su arrogancia...

No paraba de dar vueltas, sin poderse dormir, presa de una terrible confusión. Aunque la cama era muy cómoda, como si fuera de plumas, era incapaz de conciliar el sueño. De repente oyó un golpe en la puerta de su habitación que la hizo sentarse en la cama, en tensión. Encendió la lámpara de la mesilla y miró la hora. Medianoche todavía. Hubiera dicho que era más tarde.

-¿Quién es?

-Dominick.

Una nueva oleada de calor recorrió todo su cuerpo y el pánico se apoderó de ella. ¡Qué cara más dura...! Seguro que venía a su habitación a reclamar el «derecho de pernada», como hiciera sir Robert con su madre...

-¿Qué quieres? -le preguntó con voz temblorosa.

-Entrar en el cuarto de baño -le sorprendió el tono seco de su voz. No sonaba muy persuasiva, ni... seductora...

-¿Adónde?

-Emma, ¿Quieres abrir la puerta, por favor?

Despacio, de mala gana, salió de la cama y corrió descalza a abrir la puerta, no sin antes mirar con desconfianza el rellano de la escalera. Allí estaba Dominick, con un albornoz verde oscuro con rayas azules, y una toalla de baño sobre el hombro. Una barba incipiente oscurecía su mandíbula y le daba un aspecto aún más masculino y misterioso. Emma creyó que se derretía por dentro.

-¿Se trata de una broma, o algo así? -susurró enfadada.

-Si es así, me la deben haber gastado a mí -replicó,

sin rodeos-. Has cerrado con llave la puerta que conecta mi habitación con el cuarto de baño.

-¡Oh...! -se frotó los ojos, con fastidio-. Pero podías haberme pedido que la abriera desde mi lado...

-Yo lo haré. Vuelve a la cama -la recorrió con la mirada, fijándose en el camisón que llevaba, largo y pasado de moda, con botones en la parte delantera, y en la trenza que colgaba a su espalda-. Siento haberte despertado.

-No estaba dormida.

Se volvió a meter en la cama a toda prisa. Temblaba, pero no de frío.

Dominick se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta con llave. Era una puerta maciza y no volvió a oír más sonidos hasta pasados diez minutos. Después, volvió a abrirla y entró en la habitación.

-¿No me irás a decir ahora que se te ha atascado la llave? -le preguntó, indignada-. ¿0 es que has decidido utilizar mi habitación como un acceso permanente al cuarto de baño?

-No. He venido a preguntarte si quieres que cierre con llave tu puerta antes de que me vuelva a mi habitación.

-No te preocupes. Lo haré yo misma en cuanto te hayas ido.

-Es un arreglo absurdo -esbozó una sonrisa, pero tenía los ojos tristes. Parecía... turbado. Emma pensó que podría tener que ver

con la llamada que había recibido de Londres.

-¿Va... va todo bien? -se atrevió a decir, con voz ronca-. ¿Han localizado a tu hermano?

-Oh, sí, lo han encontrado -su tono de voz reflejaba rabia, o tal vez amargura.

-Entonces, ¿volverá pronto?

-No -se pasó la mano por sus oscuros cabellos rizados, con gesto cansado. Emma le observó un momento, dándose de repente cuenta de lo desolado que parecía. Y no sólo desolado también muy pálido.

-Mi hermano murió hace más o menos un año en el Tíbet. Como nadie sabía quien era, no pudieron avisar a la familia.

Emma se sentó en la cama. La lástima que le inspiraba se mezclaba en su mente con lo que le parecía un deseo ridículo de ofrecerle algún tipo de alivio.

-Es... terrible. Lo siento muchísimo...

-Ya... -se pasó la mano por la cara-. Yo también.

-¿Vas a ir allí? ¿Piensas traerte el cuerpo...?

-Creo que no. Richard murió donde quería estar. En un monasterio tibetano. Dicen que se había convertido en un budista muy devoto -dijo con un cierto cinismo en la voz-. No creo que nos agradeciera que le enterráramos según nuestra religión, ¿no te parece?

-No. No... tal vez no... -sus ojos se encontraron un momento.

-Lo siento mucho -repetía Emma, con tristeza.

Dominick se acercó para sentarse a su lado en la cama. Al tenerle más próximo, se dio cuenta de que tenía el pelo húmedo y desprendía un aroma a limpio y a hombre, mezclado con un tenue olor a jabón y una ráfaga de pasta dentrífica de menta. Se estuvieron mirando un buen rato sin mediar palabra. Emma se sentía atrapada en las profundidades de aquellos ojos azules.

-No te puedes ni imaginar lo seductora que estás con ese camisón de institutriz victoriana -le dijo con voz ronca.

-No te he invitado a mi habitación... -se dio cuenta de que empezaba a perder el control de sí misma y de que la garganta empezaba a secársele.

-Por supuesto que no -le dijo con tono provocativo. Después le tomó una mano y tiró de ella para acercarla más a su lado. Le dio la vuelta y observó las líneas trazadas en su palma con los ojos entrecerrados-. La remilgada señorita Stuart no sería nunca capaz de un comportamiento de ese tipo...

Le soltó la mano, lentamente. Emma sintió un cosquilleo en ella. A pesar de la frialdad de su tono provocativo, parecía triste y

demacrado. Sintió que el corazón se le llenaba de una emoción que no podía describir.

-Señor Fleetwood... -murmuró confusa. Cada poro de su piel trataba de hacer frente a la irresitible urgencia que sentía por que sus cuerpos se tocaran. El corazón le latía con fuerza, la cabeza parecía darle vueltas y sentía mucho calor-. Dominick...

Aquel modo tan dulce de pronunciar su nombre de pila le hizo mirarla con los ojos entrecerrados. De repente, Emma sintió que una de sus manos casi por cuenta propia, comenzaba a acariciar los dedos masculinos.

-¿Dominick? -le preguntó con tono burlón-. Ahora soy Sir Dominick, mi querida señorita Stuart...

Pero mientras hablaba la atraía hacia él y la estrechaba contra su pecho. Y aunque el tono burlón que había sentido en sus palabras la había herido en cierto modo, la pasión era más fuerte y, temblorosa, le rodeó el cuello con- los brazos. Se dio cuenta una vez más que por más que pudiera odiarlo por su arrogancia o temer que pudieran tener algún tipo de parentesco, ejercía sobre ella una atracción demasiado irresistible, que le hacía desear estar lo más cerca posible de su cuerpo. Era una necesidad misteriosa, tan intensa como no la había experimentado antes. Cerró los ojos y decidió dar rienda suelta a lo que le pedía su cuerpo con tanta urgencia: abrazarlo y ser abrazada por él.

Durante un momento la mantuvo pegada contra su pecho con la cabeza entre los sedosos cabellos femeninos que desprendían un suave aroma. Emma podía sentir el acompasado ritmo del corazón de Dominick que latía contra el suyo de nuevo muy alterado.

Después la apartó un momento y la recorrió con su mirada misteriosa. Sin pensarlo, tan sólo por su reacción instintiva, Emma había despertado un sentimiento primitivo entre ellos, algo que no tenía nada que ver con la relación que se suponía debía existir entre ellos. Algo que no tenía en cuenta el hecho de que apenas se conocían. Lentamente, Dominick levantó la mano y comenzó a desabrocharle los botones del camisón.

El pánico se apoderó de ella. Pero se sentía incapaz de moverse. Era como si estuviera congelada. Tan inmóvil como un animal paralizado por las potentes luces de un coche en la oscuridad. Emma respiraba de forma entrecortada y los botones temblaban a medida que los iban desabrochando. En cuanto soltó los tres primeros echó el corpiño hacia atrás con impaciencia. Emma trató de cubrirse enseguida, pero él la agarró por las muñecas y le apartó los brazos y contempló con deleite sus voluptuosos pechos que

aparecían firmes y pálidos sobre el algodón blanco. La parte más prominente aparecía enrojecida y dura. Con los ojos entrecerrados por la excitación, Dominick acarició primero una rosada aureola

y después el rígido pezón. Emma oyó que de su garganta salía un ronco quejido de placer. La empujó contra los cojines y apasionadamente exploró con la lengua lo que antes habían acariciado sus dedos.

Al sentir la boca masculina contra su piel ardiente, Emma tuvo la sensación de que una corriente eléctrica le recorría el cuerpo. Nunca había experimentado nada parecido. Una sensación de dolor y de placer se extendió por todo su ser, partiendo de aquel pequeño punto de contacto. Lo que sentía era tan milagroso, tan maravilloso que comenzó a temblar con más fuerza. Metiendo los dedos entre los cabellos masculinos le acercó la cabeza aún más. Apenas se daba cuenta de la descarada provocación que ello significaba. Como si estuviera soñando, Emma comenzó a moverse bajo sus labios, jadeando sin darse cuenta.

Profiriendo una maldición, Dominick alzó la cabeza. Después le pasó las manos bajo las axilas y juntó los redondeados pechos femeninos entre sus manos, apretándolos con los dedos, apasionadamente. Los dos se deseaban del mismo modo, pero el juramento que había murmurado Dominick hizó tomar consciencia a Emma de que su entrega no era un sueño sino una realidad y se puso tensa. Entonces, con cuidada precisión, él volvió a cubrirle los pechos con el camisón, después sacudió la cabeza, bruscamente como si estuviera intentando aclararse las ideas.

-Eres un maravilloso festín, listo para ser disfrutado -murmuró con tono burlón-. Pero como soy un caballero debo tratar de controlarme.

Le pareció que no sentía los dedos, mientras trataba de abotonarse el camisón. Su brusca retirada le parecía por un lado una afortunada escapatoria y por otro un cruel rechazo. Estos dos sentimientos contradictorios hicieron que la cabeza le diera vueltas.

-¿Un caballero? -consiguió decir con voz entrecortada. Le ardía la cara de tan humillada como se empezaba a sentir-. ¡Tan caballero como... como un salteador de caminos!

Dominick seguía mirándola con los ojos entrecerrados. Lentamente alargó una mano para apartarle de la cara algunos mechones de sedosos cabellos castaños.

-Esa no es manera de hablar al recién nombrado doceavo barón, sir Dominick Fleetwood, señorita Stuart -le dijo, con ironía.

-No creo que el hecho de que hayas heredado el título de tu

familia cambie las cosas en absoluto -susurró enfadada, apartándose bruscamente para que no la tocara: Se sentía estúpida y avergonzada por lo ocurrido-. Ya te considerabas un regalo de Dios para las mujeres, cuando eras simplemente Dominick Fleetwood.

-Parece que vuelves a tenerme en la misma baja estima que me tenías -comentó, mirándola inexpresivo-. Pero si tanto te desagrado, ¿por qué has estado a punto de otorgarme tus favores sexuales? Si no me hubiera detenido, ¿hasta dónde habrías sido capaz de llegar, Emma?

Volvió a notar ese calor que le subía al rostro. Su fría pregunta había dado en el blanco. Angustiada y desesperada, cerró los ojos, sintiendo que el pánico se apoderaba de ella, bordeando casi la histeria. Se sintió enferma tan solo de pensar en su pregunta. ¿Desprendía aquel hombre un magnetismo tan fuerte como para haber podido llegar a anular su sentido de la decencia? ¿Todos los tabús sociales?

De repente un sentimiento fuerte de rabia le dio fuerzas para enfrentarse a él. Furiosa, se quedó mirándolo al tiempo que se rodeaba el cuerpo con los brazos.

¡Estás tergiversando lo ocurrido! No tenía ni idea de lo que... a mi sólo me dabas... pena.

-¿Pena? -preguntó con incredulidad-. ¿Me estás diciendo que dejaste que las cosas llegaran tan lejos tan sólo porque te daba pena?

-Sé lo que se siente al perder a alguien querido -susurró-. Lo duro que es saber que uno sigue... vivo, cuando alguien muy cercano a ti muere...

-Ya. ¿Y qué se siente, Emma? -le preguntó tras un momento de silencio.

-Es como... como si quisieras agarrarte a la vida con las dos manos y tomar cualquier cosa que te estén ofreciendo.

Dominick se quedó pensando en sus palabras un momento. Sin dejar de mirarla, observó con frialdad lo rojas que tenía las mejillas y como le temblaban las manos

-¿Sin tener en cuenta las consecuencias? -había un tono en su voz que a ella le fue imposible descifrar-. Tal vez tengas razón. 0 quizás sólo seas una jovencita que se encuentra bastante confusa... -la volvió a mirar fijamente antes de levantarse bruscamente-. Creo que más bien me decanto por lo segundo -añadió con sequedad, al tiempo que se dirigía hacia la puerta que conectaba sus habitaciones-. Buenas noches, Emma. Duerme bien...

# Capítulo 4

CUANDO Dominick pasaba el fin de semana en la mansión el desayuno ya no consistía en el café con tostadas que se solía tomar en la cocina con la señora Shields y Jamie. Emma lo descubrió cuando al entrar en la cocina al día siguiente a eso de las nueve, le dijeron que debía dirigirse al comedor para desayunar con «el señor Dominick».

-Pero si sólo quiero tomarme rápidamente un café y, una tostada -comenzó a decir Emma a la señora Shields, sin mucho convencimiento-. Tenía pensado irme enseguida al desván para seguir con el trabajo que estuve haciendo ayer...

«Y terminar con lo que había dejado a medias antes de irme», pensó.

-Me han dado estrictas instrucciones de que le comunique que hoy desayuna en el comedor -insistió el ama de llaves indicándole el camino.

De muy mala gana y, sin poder olvidar las humillaciones sufridas la noche anterior, Emma entró en el comedor.

Dominick estaba sentado en una enorme mesa ovalada, cerca de la ventana, ojeando un periódico.

-Buenos días -se levantó, despacio al verla entrar.

En su voz notó una calidez que no se esperaba. Y cuando se fue a sentar, se dio cuenta de que ya no la miraba con ironía, como acostumbraba, sino con una cierta admiración. El azul de sus ojos brillando entre aquellas largas pestañas negras hizo que el pulso se le acelerara-. ¿Qué tal has dormido? -le preguntó con una media sonrisa.

Emma se sintió como una idiota al notar que empezaba a excitarse. Podía arreglárselas con un Dominick caústico, pero no estaba segura de poder resistirse a un Dominick que la mirara con dulzura en los ojos, que la tratara con amabilidad, que fuera encantador y le transmitiera tanta sensualidad. Tenía el presentimiento de poder llegar a convertirse en una adicta a él.

-Buenos días -le respondió, debilmente-, he dormido bien, gracias. Pero tengo que hablar contigo sobre la última...

-Pus devant les domestiques -murmuró con calma y en un tono lo suficientemente bajo como para que el ama de llaves, en caso de comprender el francés, no se enterara de que a Emma le estaban advirtiendo de que no fuera indiscreta delante del servicio. De nuevo sintió que se le encendían las mejillas. Miró a su alrededor y vio a la señora Shields, que no andaba lejos, esperando a que le

dijera lo que deseaba desayunar.

-¿Qué desearía tomar, querida? -le preguntó, animándola a escoger entre una variedad de cosas, que despertaron el apetito de Emma.

-Tomaré... tomaré un huevo cocido, por favor y té...

-Para mí un huevo frito y dos lonchas de bacon, por favor señora Shields -dijo Dominick con suavidad-. Seguido de café y tostadas.

En cuanto se quedaron solos, Emma se le quedó mirando, sorprendida.

-No estarías esperando a que llegara para pedir tu desayuno, ¿verdad?

Dominick levantó una ceja.

-Pensé que era lo más propio de un caballero -se burló con delicadeza-. Lo menos que podía hacer para compensarte por lo ocurrido anoche.

A Emma se le volvieron a encender las mejillas. Dominick al obervarlo parecía aún más divertido. Observó su apariencia. Llevaba el rostro sin maquillaje y el pelo recogido en un moño a la altura de la nuca. Vestía una camisa blanca y unos ceñidos vaqueros azules. Nerviosa por aquella penetrante mirada, Emma enganchó un pie entre los barrotes de la silla y comenzó a juguetear con la pesada cubertería de plata del desayuno.

Le pareció que Dominick estaba muy atractivo aquella mañana, con unos vaqueros desgastados y una camisa, también vaquera de color claro, abierta justo para dejar ver la poderosa columna que constituía su cuello. El pelo, negro y rizado, lo llevaba echado hacia atrás y le llegaba a la altura del cuello de la camisa. No tenía en-absoluto la apariencia que cabría esperar de un nuevo propietario de tanta riqueza. Pero enseguida se dijo a sí misma que tampoco conocía a ningún otro para poder comparar. Y tampoco es que conociera mucho de éste. Tan sólo que pertenecían a dos mundos completamente distintos... y que aquella mañana la estaba mirando con una especie de ardiente interés, tal vez muy a su pesar. Tal vez como un aventurero inspeccionando una posible conquista arriesgada...

-Entonces, ¿se me permite ya hablar sobre anoche? -preguntó, con suavidad. Aunque sabía que se le notaba lo que le avergonzaba hablar del tema, le mantuvo la mirada-. Supongo que todo podría haber sido mucho peor...

-0 mucho mejor -murmuró, secamente-. Depende de como se mire.

Aunque sus palabras eran frías, podía percibir claramente en

ellas el tono de broma. Se puso tensa, sin desearlo. Se sentía vulnerable y ese sentimiento la alteraba. No podía salir nada bueno de la atracción tan fuerte que sentía por aquel hombre. Sabía que se encaminaba hacia su propia destrucción, y sin embargo no podía dejar de desear que la intimidad de la última noche se repitiera...

Con las mejillas encendidas, levantó la cabeza para observar el escudo de la familia, situado sobre la chimenea de roble, finamente trabajada. Un león y un cordero con una inscripción: Consilio et animis-more maja rum. «Con sabiduría y valentía, al igual que nuestros antepasados». La exquisita ironía de la frase le pareció muy graciosa, hasta el punto de no poder reprimir una sonrisa amarga.

-Después del desayuno le entregaré mi dimisión por escrito -le dijo, al tiempo que volvía la cabeza para observar su reacción.

-¿Dimisión? -su mirada se endureció, levemente-. ¿Puedo saber por qué demonios quieres dimitir, Emma?

-¿Qué por qué? Porque... porque no puedo seguir trabajando aquí...

Dominick respiró profundamente. Su mirada contenía una mezcla de impaciencia, diversión e incredulidad.

-¿Es por lo de anoche?

-¿Tú que crees? -el corazón le latía a toda prisa.

-Creo que existe una cierta atracción sexual entre nosotros -admitió con calma-. Pero eso no es ningún crimen, Emma.

-Tal vez no, pero...

-Pero te sientes avergonzada. De acuerdo. Lo comprendo. Admito que lo que pasó anoche fue culpa mía.

Me sentía... frustrado. Furioso con la vida. Después de conocer la noticia de la muerte de Richard, pensé en lo que me dijiste acerca de como se siente uno cuando alguien cercano a ti muere. Tenías razón. Quería agarrarme a la vida. Vivir el momento...

-Ya, y por eso te agarraste a mí -al verla esbozar una media sonrisa sus ojos brillaron por un momento...

-Tal vez... -sonrió con picardía-. 0 tal vez fue al contrario.

-¡Eso es imposible! -exclamó, apretándose las manos.

-¿Por qué? ¿Es que hay algo imposible en lo que se refiere al deseo sexual? -murmuró, Dominick.

Deseó gritarle que en aquel caso todo era imposible, pero permaneció callada. Volvía a sentir las mismas emociones de la noche anterior. Se apoderaban de ella como si se tratara de una inundación silenciosa, que comenzaba por los tobillos para ir subiendo poco a poco hasta alcanzarle los muslos y luego el estómago. Desvió la mirada, avergonzada de lo que pudiera leer en

su interior.

Dio un salto como un conejo asustado, al estirar Dominick la mano y tomar una de las suyas. Casi paralizada se quedó mirando a aquellos dedos de piel oscura, que tenían sujeta su esbelta mano contra la contrastante blancura del mantel. Tenía la mano grande y bien formada, con un ligero vello en las muñecas y en los dedos, que eran fuertes y esbeltos a la vez. Pero lo que ella estaba sintiendo no se podía describir visualmente. Era como si una descarga eléctrica le recorriera todo el cuerpo. Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no apretarle ella también los dedos...

-Emma, sea cual sea tu problema, todo va a ir bien. Ayer me comporté como un caballero, ¿Recuerdas?

-Si tú lo dices.

-Créeme, hubiera sido mucho más fácil para mí dar rienda suelta a mis deseos y haberte tomado, haberte hecho el amor, exactamente como te dije en el coche que quería hacerlo. Porque tú lo deseabas, y yo también...

-¡Por favor! -exclamó, con las mejillas encendidas.

La mirada de Dominick se suavizó un poco al darse cuenta de lo nerviosa que estaba. Emma intentó apartar la mano bruscamente.

-¡Qué jovencita tan anticuada! -le comentó antes de soltarla, al ver que llegaba el ama de llaves con el desayuno.

-¡Y tu no eres para nada un caballero, con título o sin él! -le respondió una vez se hubo alejado la señora Shields.

-Soy simplemente un hombre -le confirmó con una sonrisa irónica-. Un hombre que desea intensamente llegar a conocerte mejor. Me gustas, Emma. Disfruto de tu compañía._ ¿Acaso te resulta tan... desagradable?

Le miró y se encontró a sí misma atrapada en el azul de sus ojos, como hipnotizada por sus palabras.

Se quedaron mirándose durante unos segundos y fue como si todo a su alrededor se hubiera paralizado, congelado. Que incluso el fuerte tic tac del reloj familiar que se encontraba en un rincón hubiera dejado de sonar; o los pájaros de cantar en los árboles. No oían los sonidos familiares de cada día como las pisadas en el vestíbulo o el abrirse de una puerta. Todo les parecía que estaba teniendo lugar en otra dimensión.

-¿Lo es, Emma? -insistió con más suavidad.

-No -se oyó susurrar, finalmente. Meneaba la cabeza sin poderse explicar cómo era capaz de mover un músculo-. No lo es...

Dominick le sonrió con todo el encanto de que era capaz,

aunque aún con un toque de ironía.

-Entonces, ¿puedo considerar que mis disculpas han sido formalmente aceptadas?

Emma se preguntó si había pedido perdón en algún momento, a pesar de que asintió, obedientemente con la cabeza. Se sintió como una marioneta movida por cuerdas invisibles.

-Supongo que es mejor que sea así -respondió sin alterarse.

Después respiró, profundamente y concentró su atención, única y exclusivamente en el huevo que tenía frente así sobre una delicada pieza de porcelana de Derbyshire. Cuando quiso sacar la servilleta de la arandela de plata que la sujetaba, para ponérsela sobre las piernas, sintió los dedos rígidos y torpes.

-Entonces, ¿te vas a quedar a descifrar esos documentos antiguos?

Emma se sentía tan débil que sólo pudo asentir con la cabeza levemente.

-Gracias, Emma -aquellas palabras le sonaron genuinas, pero se dio cuenta de que no se sentía con fuerzas para levantar la vista y comprobar si la mirada irónica había desaparecido de sus ojos.

-Sir George solía esconder a los sacerdotes aquí... -le dijo mostrándole una pequeña habitación mal ventilada a la que se accedía mediante una escalera de cuerda.

-¡Es increíble!

A Emma parecía faltarle la respiración, pero no estaba segura de si era por la falta de aire o por su forma de reaccionar al contacto de las manos que Dominick había posado un momento en su cintura.

Se había pasado desde la hora del desayuno casi todo el tiempo explicando a Dominick los documentos más interesantes que se encontraban en el desván, y le había visto mostrar un interés tal que las reservas que aún mantenía sobre él se habían casi desvanecido ante su fuerte personalidad. Parecía compartir con ella la fascinación que le producían los documentos, simplemente como testimonios históricos. A pesar de todo estaba empezando a tener la sensación de que le conocía de toda la vida. Esa sensación de familiaridad, de compartir gustos y conocerle casi íntimamente, la intranquilizaba un poco, pero sobre todo la estimulaba...

-Es difícil imaginar como alguien puede haberse pasado aquí abajo semanas enteras -estaba murmurando Dominick, al tiempo que recorría con la mirada los claustrofóbicos confines de la

habitación, que no era mayor que un armario grande.

-El aire está cargado de... Hay un no se qué en el ambiente que habla de siglos de miedo y angustia --declaró Emma con dramatismo. Los ojos le brillaban de la emoción.

-0 de siglos de polvo -el tono seco de su voz la hizo volverse a mirarle. Por su sonrisa se dio cuenta de que estaba bromeando.

-¡Qué prosaico!

-Tu sensibilidad histórica choca con mi objetividad como abogado.

-No creo que para ser un abogado famoso haya que carecer de imaginación.

-Tienes que trabajar con hechos. Los buenos abogados no se pueden permitir el lujo de tener fantasías románticas.

-Supongo que entonces piensas que el hecho de que se arriesgara a ser encarcelado por dar cobijo a sacerdotes católicos perseguidos por la ley le disculpa del miserable comportamiento que tuvo con el sexo femenino.

-Simplemente destaca otro aspecto de su manera de ser -sugirió Dominick con suavidad-. Muestra que no era un malvado por naturaleza.

-Tal vez lo que ocurre es que te sientes en cierto modo obligado a defender a tus antepasados.

Dominick se echó a reír.

-Yo soy el primero en admitir que todos los hombres de la familia Fleetwood han sido arrogantes y egoístas.

-¿Hablas por experiencia propia?

El tono burlón le había salido sin querer, pero de repente él la agarró por los hombros y le hizo volverse a mirarle. En aquel ambiente tan lóbrego, los rasgos de su cara no le resultaron familiares. Eran más duros, más misteriosos y estaban teñidos de un regocijo cruel.

-Por supuesto...

Emma empezó a verlo todo borroso cuando él tomó su rostro entre las manos y se inclinó para besarla. El corazón empezó a latirle con tanta fuerza que le daba la sensación de que le martilleara el pecho. Los labios masculinos rozaron los suyos ligeramente, y empezó a bromear con una serie de pequeños besos apasionados que dejaba a medias, haciendo que Emma se, excitara cada vez más.

-Dominick... -pudo suplicar ahogadamente, en un instante en que el la apartó un poco para observar su enrojecido rostro.

-¿Sí?

-Por favor, no... -susurró apenas.

Aquello era lo que menos deseaba que ocurriera. Sólo podía llevarle a la tristeza y la desesperación. Se despreciaba por permitir que estuviera pasando y no dejaba de temblar en su interior. Como si hubiera estado leyendo sus pensamientos se echó a reír un momento y la volvió a besar para silenciarla. A partir de aquel momento, Emma sintió que su tortura interior había terminado. El beso se hizo más apasionado y acalló todas las campanadas de alarma en su cabeza.

Lo que sentía era tan maravilloso. Al dejarse llevar, notó como la mano masculina se deslizaba por su espalda hasta presionarle la cintura. Tan sólo necesitaron acercarse un paso para que sus cuerpos estuvieran totalmente juntos y Emma percibiera la excitación en el cuerpo de Dominick. Se estremeció y se abrazó a su cuello. Se sintió incapaz de evitarlo. Algún tipo de perversa emoción le recorrió el cuerpo, mientras se entregaba a la fuerza, a la arrogante masculinidad, sin compromiso de aquel hombre.

-No estoy seguro si conocerte mejor es muy sensato, Emma... -murmuró, finalmente, al tiempo que la soltaba-. Porque cuanto más te conozco, más me gustas...

-El sentimiento es... mutuo -se oyó confesar con voz ronca. Estaba diciendo la verdad, pero por alguna razón, el sentido común que se había empeñado en amordazar, o su instinto de supervivencia le musitó al oído que no debía haberlo admitido.

-Salgamos de este agujero infernal -dijo, esbozando una sonrisa, al tiempo que la empujaba hacia la escalera de cuerda-... y tomemos un poco de aire fresco.

Ella subió primero por la escalera. Nunca hasta aquel momento había sido tan consciente de las provocativas curvas de sus caderas, o de la manera en que los vaqueros se le ajustaban a las nalgas. Una vez de vuelta a la habitación de la torre que se encontraba en el segundo piso, esperó hasta ver aparecer a Dominick y sintió que se le secaba la garganta al intentar esbozar una sonrisa.

-¡Vamos! -le dijo, con frialdad-, lo próximo que te voy a enseñar va a ser un barco, y de paso te mostraré otros lugares de la finca...

El barco se encontraba amarrado en un ruinoso cobertizo a la orilla del río, que bordeaba las tierras de los Fleetwood por un lado. Por alguna razón, Emma había esperado encontrarse una ostentosa lancha motora de color blanco. Pero la embarcación en cuestión resultó ser un pequeño barco alargado y estrecho, pero muy bien construido. Un verdadero trabajo de artesanía

-Es antiguo -le confirmó Dominick, con una sonrisa-. Mi padre

tenía una especie de fijación con las embarcaciones antiguas. Compró esta por dos perras gordas en un astillero que estaba a punto de cerrar.

Emma subió a bordo y caminó despacio por cubierta, observando las rosas dibujadas en sus paredes de madera, que ya estaban perdiendo sus colores originales en amarillo, rojo y blanco. Después entró por las puertas de batiente que se encontraban en el otro extremo.

Le sorprendió que estuviera tan bien amueblado. La cocina, de reducidas dimensiones, tenía unos muebles de pino que parecían nuevos. Más allá, había una mesa flanqueada por unos bancos con motivos florales donde predominaba el verde. Un poco más lejos tenía un diminuto cuarto de baño con una ducha. Y por último, al final del todo había también una litera doble y dos individuales. Regresó a inspeccionar los armarios de la cocina, con curiosidad.

-¡Hay tazas, platos y hasta vasos! ¡Es como una casa de muñecas flotante! ¿Podemos sacarla y dar un paseo por el río?

-Comprobaré si tenemos bastante gasolina. Pero me imagino que podremos llegar hasta un restaurante que hay a un kilómetro de aquí -sonrió al ver lo entusiasmada que estaba-. Haré cualquier cosa para que mi nueva archivadora esté feliz en su trabajo.

-Eres demasiado amable -murmuró, incapaz de reprimir sus ganas de reír. Dominick la miró largamente, cada vez más divertido.

-Deberías reír más a menudo -le aconsejó, con ironía-. Te sienta bien.

Emma intentó responderle con alguna frivolidad, pero no se le ocurrió nada. Sólo consiguió volver a sonrojarse.

-También estás preciosa cuando te sonrojas como una colegiala -bromeó, recorriéndola con una misteriosa mirada.

-¿No te cansas de meterte con la gente?

-No. Es mi técnica favorita en los tribunales: Meterme me con el juez.

Emma se tuvo que morder el labio inferior para reprimir la risa.

-¡Vámonos! -le apresuró, impaciente-. Estoy deseando dar un paseo por el río en este precioso barquito...

El paso, lento y perezoso, de la embarcación resultaba muy relajante. Mientras se movían por el río, completamente desierto, al ritmo del traqueteo del motor, Emma, sentada en el techo de la embarcación, experimentaba una intensa sensación de bienestar.

A ambas orillas del río empezaban a manifestarse los primeros signos de la primavera en toda su exhuberancia. Las hojas lucían un verde pálido, los patos se deslizaban por el agua, seguidos de sus

crías recién nacidas. El cielo tenía un intenso color azul. Se dio cuenta de que todas estas cosas las percibía con una intensidad especial. Se sentía como si flotara en una burbuja; ebria de felicidad. Apenas se atrevía a cuestionarse el porqué de ese supremo bienestar, ya que sabía que podía explotar y desvanecerse como una pompa de jabón, flotando bajo el sol...

El restaurante, situado a la orilla del río, era una antigua posada, que conservaba todo su encanto, con un jardín muy bien cuidado donde abundaban los sauces llorones. El interior era muy acogedor y en cada mesa había una vela roja. La lista de vinos resultó ser impresionante. Tras amarrar el barco degustaron una deliciosa comida a base de sopa casera de espárragos, seguida de salmón fresco con patatas cocidas. No pararon de hablar en todo el tiempo y Emma, sorprendida, se dio cuenta de que no había conocido a nadie cuya compañía le resultara tan... irresistible.

Para cuando hubieron terminado el primer plato, ya habían descubierto que a ambos les gustaban Provence, Picasso, el período histórico de los Tudor y todo lo que tenía que ver con Grecia, tanto la antigua como la moderna. Así como que ninguno dedos dos soportaba Disneylandia, el arte contemporáneo o la música disco.

-¿Te apetece algún postre? -le preguntó Dominick-. Tienen una tarta de queso con chocolate que resulta muy tentadora...

-¿Cómo podría resistirme?

-Espero que no puedas -murmuró, con esa chispa en los ojos que la hacían dudar sobre si había tanta arrogancia en el doble sentido de sus palabras como le había dado la sensación.

Terminaron la comida con café y licores. Después pasearon tranquilamente hasta donde tenían amarrado el barco. Emma sentía un sopor muy agradable y una felicidad demasiado peligrosa...

-Entonces, ¿qué te parece el barco? -le preguntó Dominick, cuando, sentada junto a él, navegaban de nuevo por el río.

-Me encanta. ¿Cómo has conseguido mantener su interior en tan buenas condiciones?

-Todavía necesita algunos arreglos, pero era mi padre quien lo utilizaba como un modo de evasión...

-¿De evasión? -al pensar en sir Robert Fleetwood, el padre de Dominick... no pudo evitar volver a sentir una punzada de amargo resentimiento, como si un cuchillo le atravesara el corazón de repente.

-Podía navegar, tranquilamente por el río con este barco, sin que nadie sospechara que estaban viendo a sir Dominick Fleetwood, propietario del señorío de Fleetwood. También podía olvidarse dell

deterioro que estaba sufriendo la casa y de que estaba casado con mi madre. Estuvo usando el barco muy a menudo y casi hasta el día de su muerte...

Emma se quedó callada, preguntándose para qué utilizaba el barco. Y no pudo evitar apretar los puños con fuerza al pensar que debía ser para citarse allí continuamente con amigas.

-¿Tu padre y tu madre no se llevaban bien? -preguntó finalmente, escogiendo sus palabras con cuidado.

-Se odiaban -le confirmó con ironía.

-¿Por qué... ¿Cuál era el problema? -apenas se atrevía a preguntárselo. El pasado y el hecho de saber que su madre había tenido algún tipo de relación con él, le hacían mucho daño.

-Mi padre era un mujeriego. Siempre le encantó flirtear. Pero las cosas empeoraron tras mi nacimiento.

-¿Por qué...?

La miró con los ojos entrecerrados. Por un momento tuvo la sensación de que había percibido su nerviosismo.

-Mi madre no quería tener más hijos. Tengo la sensación de que se lo jugaron a cara o cruz y perdió mi padre. Así que se hizo la vasectomía para que a mi madre no la tuvieran que esterilizar. El problema fue que la vasectomía pareció tener un desafortunado efecto en el orgullo masculino de mi padre, que empezó a sentir la necesidad de seducir a cuanta mujer se ponía a su alcance para probar que todavía era un hombre de verdad. Mi madre soportó aquel comportamiento durante mucho tiempo, hasta que un día tuvieron una impresionante pelea e impidió a mi padre la entrada en su habitación desde entonces. Que yo recuerde no volvieron a dirigirse la palabra durante unos años.

-¡Pobrecito! -musitó Emma-. Debes... debes haber sufrido mucho al sentir semejante tensión a tu alrededor, siendo tan niño.

-Estuve en un internado casi todo el tiempo. Además, al ser el pequeño, salí mejor parado que Richard. Si me ha quedado alguna cicatriz, no está a la vista.

-¿Es que alguna vez dejas que se te noten? -le preguntó con frialdad.

-Algunas veces sí -respondió con calma-, en forma de unas marcas muy visibles en el hombro, Emma.

Hubo un momento de silencio en el que Emma se sorprendió a sí misma mirándole con la boca abierta. Se preguntó si sabría lo de su padre y su madre y estaba jugando con ella continuamente.

-Relájate -le aconsejó, con suaviad, al tiempo que le acariciaba dulcemente la mejilla con los nudillos-. No sé lo que habrá

producido tus cicatrices, Emma, pero desaparecen en cuanto te relajas, como has hecho hasta ahora.

Sin poder decir palabra, Emma se encontró atrapada en su mirada. Lentamente, Dominick le puso una mano en la cintura y la atrajo hacia sí. Al notar el roce de aquellos dedos se desataron innumerables sensaciones salvajes dentro de su cuerpo. Era como si le abrasara la piel a través del ligero algodón blanco de su vestido.

Pronto se dijo a sí misma que aquello era una locura, que no podía sentirse tan atraída por el hijo de sir Robert, cuando, con toda probabilidad aquel hombre irresponsable había comenzado una aventura amorosa con su propia madre en ese mismo barco, unos veinte años atrás. Sintió que una oleada de furia se apoderaba de ella y se liberó de su abrazo de una forma tan brusca que estuvo a punto de caerse.

-Emma, no corres ningún peligro -le aseguró con la mirada perdida en el azul de aquel precioso día de abril-. No te voy a obligar a hacer nada que tu no desees...

Emma se sintió muy confusa. La sensatez y la preocupación que notaba en su voz, la hacían sentirse más segura y era como si el pasado no tuviera tanta importancia. Estaba obsesionada con aquel pasado pero se daba cuenta de que el presente también era importante, y se encontraba allí, con aquel hombre que cada vez le hacía más agradable su compañía. La amargura que parecía causarle algo que en realidad ni entendía, ni conocía, parecía quedar relegado a una prudente distancia en su mente...

Pero de repente se puso rígida, alerta. Por fin se daba cuenta de la inmensa importancia que tenía lo que Dominick acababa de contar sobre su padre. Si a sir Robert le habían practicado una vasectomía poco después del nacimiento de Dominick, que era diez años mayor que ella, eso significaba que todas las sospechas de su padre eran infundadas y que el supuesto romance de su madre con sir Robert no había dado lugar a ningún tipo de concepción.

Se dio cuenta de que Dominick la estaba mirando con los ojos entrecerrados y una evidente curiosidad. Emma se preguntó si era capaz de leerle los pensamientos, si se daba cuenta de que en su cerebro se producía una explosiva mezcla de alivio y desconcierto...

-Emma -murmuró con suavidad.

-Lo siento -confesó muy bajito-. Yo... Me temo que a veces reacciono de una manera un poco exagerada...

-¿Te ha hecho daño alguien? ¿Algún hombre? -en aquella voz ronca se notaba un matiz de rabia y Emma sintió que el corazón se le encogía de la emoción.

-No. No se trata de nada de eso -se apresuró a decirle para tranquilizarle.

Sentía que el corazón le golpeaba con fuerza contra el pecho. No podía olvidar que sir Robert había causado la ruptura del matrimonio de sus padres. Tenía todas las razones del mundo para estar resentida con los Fleetwood, para sentir que en el fondo estaba traicionandoo a su padre al experimentar aquella loca atracción por Dominick...

Se equivocaba al sospechar que ella había tenido algún desengaño amoroso, o trauma sexual de algún tipo... ¿Pero en realidad se preocupaba por ella? Estaba tan confusa que se sintió mareada. Ahora que ya no existía la horrible sospecha de que pudieran ser hermanastros, era muy fácil, demasiado fácil creer que era así, que le importaba de algún modo.

# Capitulo 5

CUANDO regresaban del río vieron bajarse, elegantemente, a Vanessa Buckingham de un cabriolet blanco XRT. El sol se estaba poniendo por detrás de la mansión y hacía brillar la vieja piedra con unos hermosos tonos rojizos, pero la aparición de Vanessa despojó a la escena de toda su magia y Emma sintió como su confusa felicidad se desvanecía de repente. No podía precisar porqué se sentía amenazada y por otra parte se sentía furiosa consigo misma por experimentar algo así...

-¡Dominick! -Vanessa se dirigía hacia la puerta cuando al volverse un momento les divisó por el rabillo del ojo y comenzó a hacerles señas con la mano muy entusiasmada. Se acercó a ellos y, sin hacer ningún caso a Emma, se apresuró a besar a Dominick. Mientras esperaba tan sólo que la saludara cortésmente, vio como la rubia se agarraba del brazo de Dominickk y le sonreía de forma provocativa-. Sí, ya me lo han dicho. En el barco -estaba diciendo con voz ronca-. Lo siento tanto por el pobre Richard. ¡Enhorabuena, de todos modos! ¡Ya eres el nuevo barón sir Dominick Fleetwood! No cabe duda que suena bien, ¿no te parece?

-Si tu lo dices.

-¿Piensas ir al Tíbet?

-No lo sé. Tengo varios compromisos para el lunes en Londres -murmuró Dominick, con frialdad-. Haré planes después.

Hubo un momento de silencio cuando se encontraron frente a la puerta principal.

-¿Te tomas una copa con nosotros? -le preguntó Dominick, sin mostrar demasiado interés.

Hubo otra pausa, durante la cual Vanessa miró a Emma y en su rostro sofisticado pareció reflejarse por un momento la duda de lo que ese «nosotros» podía significar. Pero Emma tuvo enseguida la certeza de que con aquella hermosa cara, perfectamente maquillada, unos pantalones de montar ajustados de color crema y una blusa de seda del mismo color, nunca podría verla como un peligro. Vanessa Buckingham la hacía sentirse completamente anodina, desprovista de cualquier tipo

de atractivo.

-Me encantaría, querido... -dudó un momento y luego añadió-: pero en realidad sólo vine para comentarte un asunto legal de carácter confidencial. ¿Podrías dedicarme media hora, Dominick?

-Por supuesto -miró a Emma con amabilidad-. ¿Nos perdonas un momento, Emma?

-Claro. Hasta luego...

Antes de que nadie pudiera decir nada más, Emma se apresuró a entrar y corrió a encerrarse en su habitación. Allí, sentada en aquella cama, grandiosa en otros tiempos, luchó cuerpo a cuerpo con el ridículo torbellino de emociones que la atormentaban y se preguntó qué

sentía, sin llegar a poder definirlo.

Por un lado experimentaba una euforia muy intensa al pensar que entre Dominick y ella no existía ningún parentesco. Se sentía tan aliviada que era como si flotara. Pensó que debía parecerse a lo que se siente cuando a uno le dicen que se han equivocado al diagnosticarle una enfermedad mortal. Lo mismo que cuando se escapa de una inminente tragedia...

Pero aquello no tenía sentido, sabía que debía seguir desconfiando de los Fleetwood incluso sin la duda que la había agobiado hasta entonces. Siempre había creído ser una mujer con la cabeza bien puesta sobre los hombros, pero desde que conociera a Dominick parecía haber perdido el sentido común por completo.

No se explicaba como podía odiarlo, sentir tanto resentimiento por lo que su familia representaba y al mismo tiempo disfrutar de su compañía, desear tanto estar con él como si fuera su devoto perro Labrador.

Se levantó de repente y se contempló en el espejo, que le devolvió la imagen de unos grandes ojos grises bajo unas cejas bien delineadas. Pensó con tristeza que tal vez fuera la única parte de su cuerpo que mereciera la pena, ya que su rostro en sí era demasiado pálido, demasiado alargado, con una boca demasiado grande. Sus cabellos castaños luchaban por escapar del moño que se había hecho antes de salir y unos mechones le caían sobre las sienes. Ya no le quedaba nada de maquillaje, bien porque se había pasado el día al aire libre o porque Dominick la había besado con demasiada pasión...

Se dijo a sí misma que debía ser realista, que con una rival como Vanessa Buckingham, Dominick sólo juguetearía con ella un poco hasta que se cansara de la novedad que representaba en su vida... Si quería que no la hicieran daño debía recordar aquello...

Se duchó y en vez de los vaqueros y camisa que se había puesto por la tarde, se decantó por una falda larga blanca y azul de algodón y una camiseta de cuello redondo azul claro. Se calzó unas sandalias de piel sin tacón y se dejó el pelo suelto para que se le secara al aire. En el último momento tomó una chaqueta de algodón blanco por si enfriaba la tarde. Ante todo se dijo que no debía

permitir a Dominick darse cuenta del efecto que causaba en ella, de otro modo aquel hombre casi con tanta fama de mujeriego como su padre acabaría por aprovecharse de ella.

Pensó que el desván era el lugar ideal para retirarse. Estaba concentrada en una de las cartas escritas a sir

George cuando Dominick vino en su busca. Todo su cuerpo se puso en tensión cuando oyó sus pasos.

-¿No puedes pasar sin tu trabajo?

-Me encanta lo que hago -le respondió sin levantar la vista del documento.

Dominick se quedó en silencio un momento, como evaluando su estado de ánimo.

-Los fines de semana son para relajarse -le recordó con calma-. He venido para proponerte una partida de ajedrez.

-¿Ajedrez? -levantó la cabeza y le miró, sorprendida-. Mira, me has contratado como archivadora, no como cómoda pareja para cualquier pasatiempo que te apetezca en un momento determinado...

Se acercó para apoyarse con despreocupación en el borde de la mesa. A Emma le pareció que estaba demasiado cerca. Tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no apartar la silla hacia atrás unos centímetros. En vez del conjunto vaquero que había llevado aquella tarde vestía unos pantalones de pana verdes una camisa de seda verde oscura. Aquel color parecía oscurecer sus ojos azules hasta llegar a tener la tonalidad de las profundidades marinas.

-¿Se puede saber a qué se debe este gélido recibimiento? Esta tarde me ha dado la sensación de que nos llevábamos bastante bien. ¿Pasa algo, Emma?

-No pasa nada -le explicó tratando de ocultar su nerviosismo-. ¿No se te ha ocurrido pensar que pueda preferir descifrar documentos del siglo dieciséis en vez de jugar al ajedrez contigo?

-No sé si mi frágil ego podrá soportar un golpe como éste -el tono de su voz era demasiado burlón como para tomar en serio sus palabras.

-Además pensaba que ibas a pasar la tarde con Vanessa...

Había hablado con más brusquedad de la deseada y se daba cuenta de que ya era demasiado tarde para echarse atrás. Vio como el brillo de sus ojos se intensificaba triunfante y notó un intenso calor en las mejillas y como el corazón le latía a toda prisa.

-¿Vanessa? -Dominick parecía no entender nada-. ¿Quién es Vanessa?

Ante semejante salida, Emma no tuvo más remedio que echarse a reír. Temblorosa, apartó un poco la silla hacia atrás y le miró insegura. Él le devolvió la mirada. Se había puesto de repente muy serio.

-Emma, he estado charlando un poco con Vanessa -le dijo, con paciencia-. Y después he sostenido una larga llamada telefónica sobre el baile de mayo que se celebra anualmente en Fleetwood. Se me había olvidado por completo.

-¿El baile de mayo? Parece bastante interesante...

-Se lleva celebrando aquí desde que yo era un niño. Tiene fines caritativos y lo organizan el tipo de señoras a las que les encanta encargarse de esas cosas. Les he dicho que pueden seguir adelante con él -la observó cuidadosamente, y añadió sin darle importancia-: puedes comprarte un vestido de fiesta y asistir si quieres...

-¿Va a tener lugar en el gran salón de baile?

-Sí.

-Entonces me encantaría ir -le respondió con timidez en la voz.

-Muy bien. ¿Y que me dices del ajedrez?

-No sé jugar muy bien...

-Da igual. No me importa ganar -le respondió con una sonrisa encantadora.

-No te creas que te va a resultar tan sencillo -le retó con voz débil. Le resultaba difícil mantener un tono de voz normal, porque el roce de la mano masculina en su brazo estaba empezando a desencadenar todo un cúmulo de fogosas sensaciones que ya empezaban a resultarle familiares.

En la biblioteca la hermosa chimenea de roble negro estaba encendida y las llamas devoraban hambrientas un enorme tronco. Delante había una hermosa alfombra Aubusson, y, flanqueada por un par de sillones de orejas tapizados en terciopelo, se encontraba una pequeña mesa de juego estilo Sheraton, encima de la cual se hallaba el tablero .de ajedrez más exquisito que Emma había visto en su vida.

-¡Es precioso! -comentó mirándolo con admiración-. ¿De qué siglo es?

-Posiblemente de finales del dieciocho.

Dominick fue a sentarse en uno de los sillones, y le hizo un gesto para que ella hiciera lo mismo en el otro que había enfrente.

-¿Es indio? -se atrevió a preguntar, observando la extraordinaria delicadeza del tallado.

-Cantonés. Tallado en marfil, mucho antes de que el comercio indiscriminado del marfil amenazara la existencia de los elefantes.

Mientras hablaba tomó dos piezas de la mesa, una negra y otra blanca y las cambió de lugar detrás de la espalda, tendiéndole después las manos para que escogiera.

-Tú mueves primero -le dijo, con ironía al ver que había tomado la blanca.

-Me sienta fatal tener que enfrentarme a un contrincante nuevo -le dijo riendo, al tiempo que le miraba con cautela-, sin tener ni idea de que estrategia va a usar...

Dominick la miró con los ojos entrecerrados al tiempo que iba a efectuar su primer movimiento. A Emma le temblaron las manos cuando tomó el peón para moverlo dos posiciones hacia delante.

-¿Dónde aprendiste a jugar?

-Me enseñó mi padre. Y además jugué un poco en el club de ajedrez de la universidad. ¿Y tú?

-Empecé a aprender en el colegio y juego de vez en cuando desde entonces...

Permanecieron en silencio mientras el juego progresaba. El silencio se fue haciendo más intenso, pero, en vez de dar lugar a una intensa concentración como le había ocurrido otras veces que había jugado, aquel silencio le hacía sentir una tensión que no había experimentado antes. El tic tac del reloj que había encima de la chimenea y el suave chisporroteo del tronco que se iba quemando poco a poco parecían oírse estrepitosamente en aquella quietud. Emma no había jugado nunca al ajedrez tan a conciencia. Cada vez que estiraba la mano para seleccionar una pieza, y se lo pensaba un momento, hasta decidir en que dirección moverla tenía la sensación de que la mirada penetrante de Dominick le quemaba sus dedos temblorosos.

Perdió la noción de cuánto tiempo había pasado desde que comenzaron el juego hasta que la señora Shields les sirvió unos canapés de gambas y queso batido, junto con una botella de jerez seco. Estaban tan concentrados, que apenas se dieron cuenta de su presencia.

El ama de llaves iba de acá para allá, poniendo otro tronco al fuego y corriendo las pesadas cortinas de terciopelo porque ya había oscurecido. Mientras se movía de un lado a otro, observó con curiosidad, primero a Emma, que con un pie enganchado en la parte de atrás del sillón, no apartaba la vista del tablero, al tiempo que jugueteaba con un mechón de sus cabellos y después a Dominick que estaba totalmente relajado en el sillón, con sus largas piernas estiradas hacia la chimenea.

Amablemente, les dejó los canapés al alcance de la mano y sirvió

jerez en las dos copas.

-¿Va a necesitar algo más, señor Dominick?

-No se preocupe, señora Shields --le aseguró Dominick, con suavidad, aunque sin apenas levantar la mirada del tablero-. Y muchas gracias. Si necesitamos algo más, nos serviremos nosotros mismos.

Cuando volvieron a estar solos, Dominick le pasó una copa de jerez y después tomó un sorbo de la suya, lentamente. Sus ojos se encontraron y Emma volvió a experimentar la misma excitante sensación de cuando la miraba de aquella manera. Era como si una corriente eléctrica le recorriera el cuerpo...

Aquellos misteriosos ojos azules descendieron lentamente por su garganta hasta detenerse en las voluptuosas curvas que se ocultaban bajo la camiseta femenina. Al inclinarse sobre el tablero de ajedrez para estudiar la siguiente jugada, Emma dejó a la vista un generoso escote que revelaba la firmeza de sus senos. Al darse cuenta de la vista que Dominick debía estar contemplando, se puso derecha enseguida. Pero cambiar de postura no hizo sino empeorar las cosas, ya que al echarse hacia atrás se dio cuenta de que sus pezones habían endurecido y el suave tejido de la camiseta lo dejaba plenamente en manifiesto.

La mirada de Dominick parecía haberse vuelto más misteriosa. Cuando cambió de posición, cruzando sus largas piernas a la altura de la pantorrilla, Emma no pudo evitar fijarse en la dureza de aquellos muslos que dejaba adivinar el pantalón y sentir una tremenda excitación. Se sentía tan confusa, el calor que le producía el deseo que trataba de reprimir era tan fuerte, que cada vez le resultaba más difícil concentrarse en la partida de ajedrez.

Intentó reprimir aquellas sensaciones pensando en Vanessa. No cabía duda de que Vanessa y Dominick tenían algún tipo de relación. La manera en que le miraba la rubia, su manera de actuar con él lo ponía claramente de manifiesto. Emma tuvo la sensación de que Dominick no tenía más que chasquear los dedos para que Vanessa dejara lo que estuviera haciendo para seguirle hasta el fin del mundo si él se lo pidiera...

Emma se preguntó si aquello no era una definición bastante cercana de lo que la ocurría a ella aquel día. El paralelismo la alarmó, pero se obligó a afrontarlo sin engañarse a sí misma. Comenzó a temblar, a sentir pinchazos en el estómago y una especie de sensación de picor en las ingles, que le hicieron cerrar los ojos un momento tratando de controlarse.

-Jaque -murmuró Dominick, sin mostrar ninguna emoción en la

voz.

Emma abrió los ojos justo en el momento en que unos esbeltos dedos tomaban un caballo negro, y lo pasaba por encima de su alfil para comerle la reina. Emma parpadeó asombrada de la rapidez con que había acorralado a su rey.

-No es precisamente la partida de ajedrez más emocionante que he jugado -Dominick sonrió al observar el movimiento de contraataque que ella emprendía y que sólo le iba a servir para retrasar su derrota-. Pero sospecho que esta noche tienes otras cosas en la cabeza que te impiden concentrarte en el juego.

-¿Por qué dices eso? -le preguntó, tensa.

Se dio cuenta de que su voz sonaba ronca y deseó con todas sus fuerzas que dejara de mirarla de aquella manera, como si pudiera leerle los pensamientos.

-Por la forma en que me miras -sugirió, con suavidad-, y el recuerdo de como reaccionaste a mis caricias anoche.

-Dominick...

Se le había secado la garganta. Tomó un trago de jerez, y se instó a calmarse.

-Si volviera a tu habitación esta noche -musitó, con un tono de voz sugerente y divertido a la vez-, me pregunto si reaccionarías con el mismo encantador entusiasmo.

Emma se levantó para marcharse, pero él se interpuso en su camino.

-No seas mala perdedora -murmuró, burlón, al tiempo que la abrazaba.

-No soy...

Su furiosa réplica resultó acallada por la boca masculina, y todos sus nobles deseos de imponerse se desvanecieron. La besó con el mismo ritmo juguetón, breves pero hambrientos arrebatos de pasión que la excitaron más de lo que nunca se hubiera imaginado. En uno de los pocos respiros que le dejó, le miró como atontada, con los labios entreabiertos y la respiración agitada.

-¡Dios, cómo te deseo! -murmuró al tiempo que la hacía tumbarse en la alfombra y la atrapaba bajo su cuerpo.

-Dominick... no puedes... por el amor de Dios, ¡aquí no!

Sus horrorizadas protestas fueron acalladas de nuevo con un beso apasionado y ya no pudo seguir pensando. La arrogancia de la pasión masculina, la completa presunción de que ella consentiría le indignaban, pero la intensidad del deseo que sentía ahogó todas sus protestas, antes de que pudiera manifestarlas. Ser besada por Dominick Fleetwood no se parecía en nada a lo que hubiera podido

sentir en otras ocasiones, era una locura demasiado fuerte como para tratar de luchar contra ella...

-Tu también me deseas -gimió-. Admítelo, Emma...

-Sí -susurró apenas--. También te deseo...

Sobre la suavidad de la alfombra antigua, con el calor de la chimenea aumentando aún más la temperatura, Emma cerró los ojos y se estremeció violentamente cuando Dominick la besó todavía con más pasión. Cuando la aprisionó con su cuerpo, como un cazador a su presa, la reacción fue explosiva. Sentir el peso masculino hizo surgir en ella una primitiva sensación de sumisión. Saber además que su temor secreto ya no tenía fundamento, que sus sentimientos ya no eran sentimientos prohibidos, le hicieron sentirse liberada. Entonces, introduciendo los dedos entre los cabellos masculinos, le devolvió su beso devorador con una lascivia de la que nunca se hubiera creído capaz.

-¡Qué hermosa eres...!

Le excitó tanto oírle decir aquello que se apresuró a quitarse la camiseta y desabrocharse el sujetador de satén blanco dejando sus pechos al descubierto para él. De repente no le importaba nada en el mundo que no fuera sentir el intenso placer que aquellos labios sobre sus pechos iban a proporcionarle. Con un gemido ahogado le hizo bajar la cabeza hacia sus senos. En su mente se había hecho el vacío pero su cuerpo se encontraba completamente despierto y receptivo, arqueándose, instintivamente hacia el de Dominick. Se sentía desconcertada y abrumada a la vez.

Se estremeció de placer al sentir como la lengua masculina jugueteaba con sus pezones.

-¿Te gusta? -era una voz profunda y sensual, consciente de que lo que estaba haciendo complacía, que a Emma le pareció irresistible.

-¿Qué si me gusta...? Dominick... esto es... ¡Oh, Dios mío, no sé cómo describirlo!

Sus débiles murmullos resultaron pronto acallados cuando los labios de Dominick la besaron con pasión. Le acarició los pechos con un imperioso deseo y después buscó, afanosamente, el botón de la falda, lo soltó e hizo deslizarse la prenda de algodón por las caderas, mientras miraba, sin decir palabra la suave curva del estómago femenino, por encima del triángulo de blanco satén que formaban sus braguetas.

-Entonces no lo intentes, cariño -gimió, excitado-. porque tampoco yo puedo...

Comenzó a besarla juguetón alrededor del ombligo, y sobre el

vientre. Emma se puso tensa un momento cuando de forma posesiva le bajó las braguetas blancas con un dedo.

-Estás temblando -murmuró él, con suavidad.

Con delicadas caricias le recorría el cuerpo aumentando aún más la llama de su excitación.

-No me tengas miedo, Emma...

-No puedo evitarlo, pero quiero... quiero que me hagas el amor...

Susurró con tanta suavidad que, él no pareció oírla. De repente se encontró desnuda bajo su mirada, y le temblaban las manos todavía con más intensidad cuando, con la torpeza de la inexperiencia, intentó despojarle de su camisa y desatarle los pantalones de pana.

-¡Eh, más despacio! -bromeó, con ironía, al tiempo que le tomaba las manos y se las besaba, antes de ponerse de pie.

Temblando sin parar, le vio cruzar la habitación y cerrar la puerta con llave. Estaba desnudo de cintura para arriba y no podía· dejar de mirarlo a la luz de las llamas de la chimenea, de contemplar como luces y sombras jugaban sobre sus anchos hombros y su bronceado torso musculoso. Los pantalones de pana se ajustaban perfectamente sobre sus estrechas caderas, haciendo visible la forma de su sexo, poderosa protuberancia masculina que enloqueció el ritmo de su pulso e hizo que se le secara la boca del nerviosismo...

-No me gustaría que a mi leal ama de llaves le diera un ataque al corazón -murmuró con ironía.

Volvió a arrodillarse al lado de Emma que yacía ahora sobre la alfombra echa un ovillo, a la defensiva, iluminada por la luz del fuego. Se inclinó para volverla a besar, cada vez con más pasión al tiempo que la ayudaba a relajarse de nuevo, recorriendo con las manos la sedosa piel de sus muslos.

-Quiero hacer durar esto todo lo humanamente posible, mi pequeña y hermosa Emma...

-Dominick, por favor...

De repente se preguntó qué era lo que estaba suplicando. Para su bochorno sintió una tibia y acogedora humedad en la parte más secreta de su cuerpo que Dominick estaba explorando con sus largos y sensibles dedos. A medida que esa exploración se hacía más íntima, más exigente, fue sintiendo que la temperatura de su cuerpo aumentaba.

Era incapaz de hablar, los sonidos morían en su garganta. Estaba despertando en ella unas reacciones tan agudas, tan fuertes que sólo fue capaz de cerrar los ojos, completamente desconcertada.

-Tienes un cuerpo increíble -le susurró.

Había empezado por acariciarle las caderas, los muslos, jugueteando después con el oscuro triángulo de su sexo hasta hacerle morderse los labios para no gritar de placer.

-Dominick...

-Tranquila, cariño. Soy todo tuyo...

Se quitó la ropa lo más deprisa que pudo y con la mayor discreción sacó un preservativo de su envoltorio. Al sentir el roce del vello masculino entre sus muslos, Emma se dio cuenta de que iba a suceder lo inevitable y de que ya era demasiado tarde para pensárselo dos veces, para ser racional.

Con un estremecimiento, Dominick le levantó y abrió las piernas, atrapó la suavidad de sus muslos, y la atrajo contra su cuerpo, empezando a introducirse con extrema suavidad en su oculta entrada. Emma se sintió enloquecer de placer. Sin darse cuenta le hincó las uñas en los hombros para acercar su cabeza y poder disfrutar del éxtasis y la tranquilidad de sus besos al tiempo que él perdía el control y la penetraba por completo.

Sintió un dolor agudo, como una quemadura. Tuvo la sensación de que algo se desgarraba dentro de ella. Su grito de dolor fue acallado por los labios de Dominick que la besaba con pasión. Pero su tensa resistencia se notó demasiado y Dominick dejó de moverse, y casi de respirar. Se quedó mirándola perplejo, casi con incredulidad. Emma estaba muy pálida.

-Para, jadeó-. Por favor, no sigas...

-Emma... -en su voz profunda se adivinaban muchas emociones, pero ninguna de ellas descifrable-. Es un poco tarde para levantar el puente levadizo, cariño -en sus ojos se notaba un brillo en parte de burla y en parte de enfado-. Las defensas han sido vencidas por completo, querida.

-Pero no sabía... -movió la cabeza de un lado a otro, angustiada por el dolor, con el rostro húmedo por las lágrimas-. No imaginaba que fuera...

-Y todavía no ha sido de ningún modo -la tranquilizó, sintiendo otra vez un fuerte deseo de poseerla-. Todo va a ir bien, Emma. Confía en mí.

-Pero...

-Confía en mí.

Empezó a moverse de nuevo, muy despacio. Acariciándola y tocándola otra vez con suma delicadeza, le besó la frente, y los cabellos despeinados. De repente Emma empezó a sentirse mejor. Todos sus sentidos volvieron a despertar y comenzó a sentir las

cegadoras sensaciones que la habían llevado hasta aquel punto.

-¿Te sientes mejor? -aquel irónico susurro le hizo sentir de nuevo unas intensas oleadas de calor.

-¡Oh... Oh!

Los espasmos de placer convirtieron la reacción física en casi espiritual. Apretando todos los músculos de su cuerpo se agarró a Dominick con todas sus fuerzas al sentir la liberación del orgasmo, y con una risa ahogada la abrazó con fuerza y la tuvo así hasta que aquel éxtasis, al que Emma no estaba acostumbrada finalmente cesó...

-¿Qué crees que diría la señora Shields, si pudiera vernos en este momento? -preguntó Dominick, burlón, en voz muy baja, tras un largo silencio.

-¡Dominick...!

-Tampoco es una pregunta tan rara -bromeó, separándose tan sólo t1n poco de ella para poder observar sus sonrosadas mejillas con evidente satisfacción-. Si hubiera sido por ti, me habrías arrancado la ropa y habrías hecho todo tipo de perversidades conmigo sin ni siquiera cerrar la puerta con llave. Eres una señorita muy impulsiva, Emma Stuart.

-¿De verdad? -se echó a reír, insegura-. No me había dado cuenta hasta que te conocí...

-Es evidente. Pero dime, ¿por qué has tardado tanto en experimentar las delicias del sexo?

-Tal vez porque no... porque no había encontrado a la persona adecuada... -lo dijo, sin pensar y de repente le sonó horriblemente necio.

-En ese caso a partir de ahora mi orgullo masculino no conocerá límites -le aseguró muy serio.

-No te rías de mí.

-Emma, no me estoy riendo de ti -le tomó la mejilla y besó larga y apasionadamente sus labios entreabiertos-. Me siento halagado. No te puedes ni imaginar lo que significa para mí haber sido el primero para una mujer tan deseable como tú.

El sentimiento de felicidad al oír aquello fue casi tan intenso para Emma como la sensual experiencia que había vivido apenas unos minutos antes.

-¿De verdad?

-De verdad. ¿Pero por qué no me dijiste nada antes, Emma?

-¿Cómo qué? -preguntó, poniendo mala cara-. No sabía cómo decirlo. Además sucedió sin que yo pudiera haberlo imaginado nunca. Tras lo de anoche, lo de hoy... todo el tiempo que hemos

pasado juntos... la partida de ajedrez de esta noche... -se echó a reír-. ¡Pareces ejercer un efecto pernicioso sobre mi autocontrol!

Dominick se levantó, se puso los pantalones y le dio la falda y la camiseta.

-No es que me esté portando como un mojigato -su sonrisa hizo que a Emma le diera un vuelco el corazón-. Lo que pasa es que no te puedo asegurar que no me entrenn ganas de repetir todo el proceso dentro de unos minutos, si seguimos aquí tumbados más tiempo.

-¿Sería algo... malo? -su sincera confusiónn le hizo reír a carcajadas y volverla a estrechar entre sus brazos.

-Eres adorable. No, no sería nada malo, mi querida Emma. Pero la próxima vez, preferiría hacerte el amor con toda comodidad en una cama grande.

-¿La próxima vez? -su certeza de que habría una próxima vez hizo que a Emma le corriera la sangre por las venas a más velocidad de la normal-. ¿Qué te hace estar tan seguro de que habrá una próxima vez? -le preguntó, recobrando un poco su habitual carácter rebelde tras el aletargamiento que el intenso deseo le había producido.

-Porque me quiero casar contigo -en su profunda voz se notaba un matiz de humor a la vez que una pasión que hizo darse cuenta a Emma, en un instante, que su vida iba a cambiar para siempre-. Y mientras puedo imaginar que tal vez algo no llegara a funcionar en nuestro matrimonio, desde luego no consigo concebir para nosotros un futuro sin sexo, en habitaciones separadas...

# Capítulo 6

EN LOS DÍAS que siguieron, Emma empezó a entender como se sentía la princesa de los cuentos de hadas, fascinada por un guapo desconocido que la asustaba y confundía, pero al mismo tiempo la hacía perder el sentido.

-No pongas esa cara de susto -bromeó, Dominick, que se la había llevado a toda prisa a Londres, instalándola en su apartamento del hotel Lincon, mientras que desaparecía para asistir a importantes juicios, que por supuesto ganaba, y después la llevaba a cenar a los restaurantes más sofisticados de Londres-. Todo va a salir bien. Confía en mí, cariño...

-Me dijiste que pensabas que estaba hecha un lío. ¡Y no sé de que te extrañas! Todavía no me explico como he aceptado casarme contigo, cuando no hace ni dos semanas que te dije que estaba casada con mi trabajo y deseaba continuar así...

-No veo ningún problema -le dijo, con una sonrisa-. De este modo me tienes a mí y a tu trabajo. Si quieres te puedes pasar el resto de tus días con la cabeza metida en los documentos antiguos de Fleetwood, siempre y cuando me reserves las noches...

Le deslizó el dedo por el escote de pico de la blusa, con un cierto ademán de posesión, haciéndola estremecer. Sabía que una vez más no se estaba tomando en serio sus objeciones, y hablaba en broma.

-Pero, todo está yendo tan rápido -consiguió decir tras besarla apasionadamente-. ¿Cómo puedes estar seguro de que nuestro matrimonio va a funcionar?

-Es una cuestión de sabiduría y perspicacia -le sonrió con los ojos encendidos de deseo-. Veo lo que quiero y voy a por ello. La vida es demasiado corta para sopesar los pros y los contras de cada decisión durante doce meses.

-¿Doce meses? -repitió riendo, aunque en su risa se percibía un cierto temblor-. ¡Si parece ser que voy a tener la suerte de permanecer soltera todavía doce días ahora que has conseguido esa licencia especial!

A pesar de sus palabras, se sentía completamente feliz. Si alguna vez le asaltaban las dudas era si se despertaba antes que él por la mañana, pero con el cálido cuerpo masculino de Dominick a su lado, atrapada por uno de aquellos fuertes brazos que descansaba sobre su pecho, se dispersaban enseguida, como la neblina con el sol de la mañana, antes de que pudieran llegar a agobiarla.

Se casaron en la iglesia del siglo trece que había en el señorío de Fleetwood. Emma llevaba puesto un etéreo vestido antiguo de gasa

en suaves tonos crema y un recogido sencillo en el pelo, adornado con una corona de lirios. En las manos portaba un hermoso ramo de flores silvestres recogidas en los campos del señorío, sujetas con una cinta de color crema.

-Pareces un hada sexy llena de flores -le murmuró Dominick al oído, besándola mientras firmaban en el registro, una vez concluida la ceremonia. Todo había transcurrido sin jaleo, con el mínimo de publicidad. Dominick sólo había querido que acudieran los familiares y los amigos más cercanos. Como ella carecía de familia también, estuvo de acuerdo con su decisión. Tan sólo algunas parejas que parecían ser muy amigos de Dominick y un grupo de compañeros muy cercanos a ella en la universidad acudieron a desearles todo lo mejor, con los ojos abiertos de par en par por la envidia, al darse cuenta de donde iban a vivir Emma y Dominick tras la boda.

Cathy, la amiga de Emma que trabajaba a tan sólo unos kilómetros de allí había aceptado, desconcertada, ser la madrina de boda. Era una chica pelirroja y menuda que estaba guapísima con aquel vetido del color de las almendras tostadas. Tobias, el padrino de boda de Dominick, era un alto y desenvuelto jugador de rugby, con la nariz rota y risueños ojos castaños, que llevaba flirteando descaradamente con Cathy desde que la viera por primera vez. Emma vivía el evento de una manera confusa, como si tuviera la cabeza en las nubes y sus pies apenas tocaran el suelo. Tan obsesionada había estado con Dominick que aún no era consciente de su estatus de celebridad, y la aparición de los periodistas y fotógrafos a la puerta de la iglesia la pilló por sorpresa.

Al haber estado escondidos detrás de unos enormes tejos, aparecieron como salidos de la nada. Los destellos de los flashes y las peticiones de entrevistas la dejaron completamente anonadada. Los juramentos que profirió Dominick en voz baja hicieron que el sacerdote le mirara con desaprobación. Tobías les hizo el favor de espantarlos y Dominick y Emma escaparon en el coche, sanos y salvos.

-Me da la sensación de que mañana estaremos en todos los periódicos -comentó Dominick, entre enfadado y resignado. Jamie conducía el Rolls que les llevaba a la mansión donde se iba a celebrar el convite de bodas, que la señora Shields se había encargado de organizar, encantada-. La culpa la tengo yo por haber tratado de mantenerlo todo en secreto...

-¿Y por qué tanto secreto? -preguntó Emma.

Se sentía todavía como mareada, como si hubiera tomado

alguna droga. Se había casado con Dominick. Era lady Fleetwood. Se sentía como si en los últimos quince días algún torbellino la hubiera atontado y atraído hasta su centro para después lanzarla de nuevo, de manera que apenas había podido respirar, pensar a solas.

-Principalmente por la muerte de Richard. Ya sé que hace un año que murió, pero acabo de enterarme. Llevaba diez años sin ver a mi hermano. No puedo fingir un intenso dolor por la pérdida que no siento. Pero aun así era mi hermano.

-Lo comprendo...

-Un matrimonio tan rápido como éste, celebrado sólo diez días después de conocer la noticia no está bien visto.

-Entonces, ¿a qué se deben tantas prisas? -bromeó, Emma, con una sonrisa, insegura. Enrojeció al encontrarse con la ardiente mirada de Dominick.

-Porque tenía miedo de que te desvanecieras. Al fin y al cabo, ¿de dónde has salido? -murmuró, bromeando.

-No he salido de ningún sitio -le recordó, con una sonrisa-. Nací aquí, ¿Ya no te acuerdas?

-Es verdad. Si tu eras la hijita del guardabosque. Bien venida a tu nuevo hogar, lady Fleetwood...

Pararon frente a la puerta de la mansión y Dominick la tomó en brazos para traspasar así con ella el umbral de su futuro hogar, sin importarle la presencia del pequeño grupo de invitados que iban llegando para la celebración.

Era tan feliz que estaba asustada y algo en su interior le decía que aquello no podía durar. Se había lanzado de cabeza, sin pararse a pensar, haciendo caso omiso a sus reservas sobre los Fleetwoods, a la amargura que le producía saber lo que había pasado con su madre.

Pero quería a Dominick. De aquello no tenía la más mínima duda.

Y al fin y al cabo la gente se enamoraba y se casaba en quince días. No eran los únicos. Nunca se hubiera imaginado que algo así pudiera sucederle. Que la aprensiva curiosidad que le había suscitado el hogar de su infancia, y los oscuros recuerdos de sus padres pudieran haberla llevado a los brazos del hombre con el que estaba segura de querer pasar el resto de su vida.

Emma jugueteaba con su copa de champán en el ajado esplendor del comedor de la mansión, fingiendo atender a todas las conversaciones que tenían lugar a su alrededor, pero sus pensamientos se encontraban muy lejos de allí. Cathy estaba a su lado y hablaba con una animación y un brillo en los ojos que a

Emma le pareció que tenía mucho que ver con la proximidad de Tobías. Ella le respondía cortésmente, pero sin prestarle mucha atención ya que no dejaba de pensar en la historia de su madre y en la amargura y el rencor que había sentido su padre hacia los Fleetwood durante todos aquellos años.

-¿Emma? -la voz suave de Cathy la hizo regresar al presente-. ¿Has oído lo que te he dicho? -No, lo siento.

-Cuando me llamaste para decirme que te casabas me pregunté si lo que te interesaba era el hombre o la casa -rió, Cathy, sin apartar los ojos de Dominick que se encontraba a sólo unos metros-. Pero una vez que le he conocido, se me han aclarado las ideas.

-No es que tengas una opinión muy favorable de mi integridad, ¿no te parece? -replicó Emma, con ironía-, ¡si alguna vez llegaste a pensar que me casaba con alguien porque vivía en una casa antigua!

-Lo siento... -Cathy sonrió, burlona-, pero recuerdo como solías hablar del matrimonio. Yo estaba convencida de que lo único que podría salvarte de convertirte en una solterona era conocer a alguien con los medios económicos suficientes como para permitirse mantener feliz a una archivadora tan dedicada a su trabajo.

-Eso es un extra -Emma se echó a reír y se puso

colorada al oír el comentario de su amiga-. Pero con Dominick fue...

-¿Lujuria a primera vista? -aquella voz profunda a su espalda le hizo volverse. Dominick se inclinó para besarla en la boca, con pasión, al tiempo que le acariciaba la delicada línea de la garganta que le dejaba al descubierto el vestido-. Un flechazo mutuo, lady Fleetwood -murmuró, con voz ronca, atenuando el cinismo de sus palabras.

Cathy les miraba como atontada.

-¡Es tan romántico! -dijo con una risita-, me voy a pasar la vida presumiendo de ser amiga de ¡lady Fleetwood! ¿Crees que me harán descuentos en las tiendas de la zona?

-Lo dudo mucho -intervino, Dominick, riendo-. Mi padre era famoso por no pagar sus facturas. No creó que el apellido Fleetwood tenga muy buena reputación por aquí.

-¿Dónde vais a pasar la luna de miel? -preguntó Tobías, uniéndose a la conversación.

Era una cabeza más bajo que Dominick y más robusto. Pero Emma se dio cuenta de que a Cathy le gustaba y pensó que se debería a lo agradable que era.

-Es un secreto -dijo Emma a Tobías, poniendo mala cara-.

Dominick no quiere decírmelo.

-Pero te encantará -le aseguró mirándola con una ternura que pretendía atenuar su fingido enfado-. Con fía en mí...

Emma se preguntó cuántas veces le había repetido la misma frase: que confiara en él. Sus miradas se encontraron y volvió a sentir aquella familiar punzada de deseo.

-Lo que le pasa es que teme que le organice algún numerito en vuestra noche de bodas -afirmó Tobías, dando a Dominick una palmada en la espalda-. ¿No es así, Dom?

-No me fío de ti ni un pelo -añadió Dominick, con calma-. Y ahora, piérdete, Tobías. Quiero llevarme a mi mujer a la cama.

-¡Dominick...! -en parte escandalizada y en parte excitada, vio como su marido se la llevaba a toda prisa del comedor y prácticamente la empujaba escaleras arriba-. Dominick, espero que no tomes por costumbre comportarte como un hombre de las cavernas -acertó a decir, casi sin respiración cuando tras cerrar la puerta de la habitación, la miró con ojos ardientes y sonrisa picarona-. Tal vez debería haber dedicado más tiempo a conocerte como es debido antes de casarme contigo.

-Ya te advertí de que no era un caballero -ronroneó, burlón-. Así que quítate el vestido de novia, mi dulce lady Fleetwood. Quiero inspeccionar la mercancía.

-¡Eres un...!

Un estallido de indignación la hizo correr hacia él y golpearlo en el pecho con los puños, pero la rabia estaba tan mezclada con la risa y el deseo que desembocó en una creciente pasión que les abrasó a los dos.

Después, desnudos y abrazados en la cama, con la ropa de la boda esparcida, indecentemente por toda la habitación, Emma miró a Dominick, pensativa.

-Al llamar a lo nuestro «lujuria a primera vista»... no querrías decir que te has casado conmigo sólo por el sexo, ¿verdad? -preguntó, riendo.

-Naturalmente -la dio la vuelta para colocarla encima de él y Emma volvió a estremecerse de deseo-. Por el sexo y las tareas del hogar, por supuesto. Mi idea es echar a la señora Shields y ponerte a ti a hacer ,todas las cosas de la casa y a cocinar. ¿Qué te parece?

-Los deseos de mi dueño y señor son órdenes para mí -bromeó, irónicamente -le miró y por un momento sintió miedo de lo impenetrables que parecían sus ojos, de lo difícil que resultaba leer en ellos-. Pero... hablando en serio... -la boca se le había secado de repente-. ¿Me... me amas?

Le devolvió la mirada y le tomó la cara entre las manos, examinándola con ironía en los ojos.

-¿Tu que crees?

Aquella respuesta tan fría y ambigua le encogió el corazón. Su susurrradas preguntas le habían sonado ridículas incluso a ella. Una voz en su interior le dijo que debía haber pensado en ello antes. ¡No era la pregunta más apropiada para hacerle a un marido en la noche de bodas! Sabía que sus padres habrían dicho que las prisas no eran buenas para nada y que debían haber esperado más tiempo para casarse.

-Dominick...

-Que poca seguridad tienes en ti misma -la acalló con un beso apasionado, tras hacerle darse la vuelta para tenerla debajo-. Mi dulce pequeña Emma, confía en mí, todo... -la volvió a besar con más, dulzura-. Todo va a ir bien...

Fue un gran día para los periódicos, pero Dominick y Emma partieron para su destino secreto, que resultó ser Atenas aquella misma noche, en un avión privado y se alojaron en una lujosa suite del más antiguo y fastuoso hotel de la ciudad, en la plaza Sintagma.

-Pensé que como era primavera iríamos a París -dijo Emma, riendo de emoción y felicidad. Estaban paseando por las estrechas y soleadas calles de Plaka, la parte antigua de la ciudad, debajo de la Acrópolis-. ¡Pero Atenas es la ciudad del mundo que más me gusta!

-¿Incluso tan llena de turistas?

-Ya sé que es un poco turística, pero me encanta. He pasado un par de veranos en Grecia y puedo decirte que la gente tiene alma. Son... apasionados. ¡Les gusta que la gente esté enamorada!

-Dicen que París es la ciudad de los enamorados, pero yo creo que Atenas es mejor -le confirmó, Dominick con solemnidad-. Es más cálida, más propicia para pasar noches enteras haciendo el amor...

-Mmm...

Emma le miró con una mezcla de timidez y deseo. Habían llegado tarde la noche anterior y se la habían pasado entera haciendo el amor. Emma se daba cuenta de que cada vez le hacían falta menos estímulos para excitarse. Un simple intercambio de miradas hacía que su vientre se contrajera por efecto del deseo, que sus muslos se convirtieran en gelatina...

-Tenía que ser Grecia -corroboró Dominick, con un brillo burlón en los ojos-. En cuanto me dijiste que te habías graduado en clásicas y que te encantaba la música griega bouzoki, supe que tan sólo la

cuna de la civilización causaría el efecto deseado...

-¿Cómo puedes bromear incluso en los momentos en que nos estamos comportando de un modo tan romántico? -le reprochó.

-Tal vez me falte seguridad en mí mismo -lo dijo con una sonrisa, pero Emma percibió una sombra en sus ojos que no comprendió.

-¿Tú? -bromeó-. ¿Una persona insegura?

Se detuvieron a comer en una taberna muy famosa en la Plaka. El olor a cordero asado llenaba el aire, y enseguida se les hizo la boca agua. Acompañaron los platos con un delicioso vino griego que enturbió sus sentidos.

-¿No te habrás casado conmigo buscando... seguridad? No hace mucho que murió tu padre y a lo mejor yo sólo soy un substituta de la figura paterna.

-No es muy probable, teniendo en cuenta de que sólo tienes diez años más que yo.

-Tal vez sólo te hayas casado conmigo por mi dinero. -¡Dominick...!

Emma se quedó mirándole, tratando de averiguar cual era su verdadero estado de ánimo. Aunque misterioso y burlón, no podía dejar de encontrarle tremendamente atractivo, sentado al otro lado de aquella mesa con un mantel de cuadros. Por un momento sintió que el corazón se le iba a salir del pecho. Vestía de manera informal, con unos pantalones de color gamuza y una camisa azul marino, cuyas mangas llevaba recogidas hasta los codos y con los dedos daba golpecitos en la mesa.

-0 tal vez te hayas casado conmigo para convertirte en lady Fleetwood -sonrió con ironía al ver lo enfadada que se ponía.

-Me casé contigo... -se detuvo un momento para respirar profundamente y así controlar la rabia que se estaba apoderando de ella-, porque me enamoré de ti -susurró riéndose, aunque un poco enfadada-, y... y quería estar contigo...

Se miraron fijamente durante largo rato. Era consciente de que con aquellos ojos azules entrecerrados estaba evaluando cada centímetro de su cuerpo. Era como si su vestido de flores y sus sandalias de tiras se hubieran hecho invisibles y se encontrara desnuda y vulnerable delante de él en aquel ruidoso restaurante lleno de gente.

-Emma...

Le tomó la mano izquierda a través de la mesa y observó los nuevos anillos que lucían en uno de sus dedos: el anillo de compromiso, que habían escogido juntos en Londres, una pieza de

oro antigua, en la que estaba engar zado un enorme brillante y el anillo de bodas, ancho y tradicional, que había pertenecido a la bisabuela de Dominick. Emma lo había aceptado con una mezcla de alegría y temor. Deseó que el matrimonio de su bisabuela hubiera sido más afortunado que el de sus padres...

-Emma, estaba bromeando... -la nota de humor que percibió en las palabras de Dominick ahuyentó parte de su enfado-. No te tomes todo lo que te diga tan en serio, cariño.

-Entonces cuando insistes que confíe en ti -le dijo insegura-, ¿tampoco debería tomarte en serio?

-Dejaré que seas tú la que juzgues eso -murmuró al tiempo que le besaba dulcemente los dedos, con una sensualidad que hizo que a Emma se le olvidaran todas las dudas anteriores y se sumergiera en la alegre atmósfera que les rodeaba en el restaurante-. Eres mi esposa, Emma. Debes recordarlo siempre y pensar que nunca haría nada que pudiera herirte...

El resto de la comida careció de importancia. Lo único que deseaban era terminar lo antes posible para regresar al hotel...

-Vamos a darnos un baño -sugirió Dominick con voz ronca, una vez que hubieron regresado a la intimidad de su habitación, al tiempo que abría los grifos de oro de la enorme bañera de mármol.

-¿De agua fría? -susurró, estremeciéndose al presentir lo que iba a ocurrir.

De repente Dominick la transportó a ese misterioso mundo de la sensualidad que él era capaz de desencadenar tan sólo chasqueando los dedos. Temblando, con una excitación que no podía contener, sintió como le daba la vuelta, buscaba la cremallera de su vestido y se la bajaba muy despacio, haciéndola después volverse de nuevo para contemplar las hermosas curvas femeninas. Emma se sintió la tibia humedad de la transpiración provocada por el calor de la tarde. Un reguero de sudor le bajó entre los pechos y sintió que el vientre se le contraía de deseo...

-Nada podría enfriarme en este momento e susurró.

Se despojó de toda la ropa, con impaciencia, mostrando lo tremendamente excitado que estaba. Después le soltó el sujetador para poder contemplar sus senos.

Emma tenía ya los pezones erectos cuando Dominick le acarició los pechos. Después bajó la cabeza para chupárselos con deleite al tiempo que hacía deslizar las braguitas de encaje de Emma por sus temblorosos muslos-. Me pones tan excitado, cariño mío...

-¡Oh, Dominick!

La levantó por la cintura y ella se abrazó a su cuello y le rodeó

con las piernas, apretando los muslos presa de una tremenda excitación hasta que la dejó en la bañera. El agua estaba aromatizada con esencia de sándalo y sintió su tibieza acariciarle la piel. Creía estar en el paraíso, sentada frente al hombre que amaba, sus cuerpos fundidos en un abrazo.

Dominick la miraba con lujuria, los ojos entrecerrados. Tenía los senos atrapados en el pecho masculino y las piernas muy abiertas, rodeando las caderas de Dominick. Sentía la excitación del miembro masculino contra la parte secreta de su cuerpo que se derretía, que le dolía por la intensidad del deseo, de la necesidad que experimentaba de sentirlo dentro de sí. No recordaba haber vivido en toda su vida un momento de tanta carga erótica. Con un agónico gemido de deseo, sintió como la acercaba aún más a él para mordisquearle los pezones y después la empujó hacia abajo para penetrarla con hambriento deseo, ahogando sus gemidos de placer con largos y devoradores besos. La excitación, el estremecimiento, el enfebrecido éxtasis, siguió y siguió... durante el resto de aquella calurosa tarde.

La tranquilidad de la mansión de Fleetwood y sus apacibles jardines resultó para Emma todo un contraste con lo vivido en la última semana. Al bajarse del coche lo primero que la impresionó fueron las bajas temperaturas de la primavera inglesa. Emma no pudo evitar sentir un escalofrío a pesar de llevar puesta una elegante chaqueta nueva de ante y unos pantalones de tela de gabardina que le sentaban como un guante. Dominick se había empeñado en que se comprara ambas prendas en una de las boutiques más caras de Atenas. Habían regresado vía Londres y también había sido su deseo que fueran a Harrods para comprar a Emma un vestido de fiesta para el baile de mayo. Lo llevaban en una enorme caja en la parte trasera del coche. Era un vestido de seda color gris plateado muy sencillo que la dependienta había colocado con cuidado entre capas de papel de seda...

-Está resplandeciente, lady Fleetwoood -le dijo la señora Shields, sonriendo, cuando entraron en el vestíbulo.

Dominick se dio cuenta de que Emma había enrojecido al oír el título que había utilizado el ama de llaves para referirse a ella, y la miró con sorna cuando estuvieron a solas en la habitación.

-Tarde o temprano vas tener que acostumbrarte a tu nuevo título -le advirtió, con calma, al tiempo que se colocaba detrás de ella, mientras se cepillaba sus largos cabellos castaños delante del espejo del tocador-, te guste o no. ,

-Me va llevar un tiempo acostumbrarme -levantó la mirada cuando él se inclinó para acariciarle el cuello y los hombros, besándola después sensualmente detrás de la oreja-. ¡No olvides que sólo soy la hija del guardabosque!

-No empieces otra vez con esas tonterías, cariño. -Pero es verdad. ¡Mi padre tenía el mismo.., el estatus social que la señora Shields!

-¡Al infierno con los estatus sociales! Eres mi esposa y eso, mi querida Emma, nos sitúa en el mismo estatus social. ¿Comprendes?

-Sí...

-Me esperan en el tribunal mañana -le recordó, al tiempo que le acariciaba los pechos por encima de la blusa de seda. Cuando le apretó los pezones, Emma contuvo la respiración, excitada-. Tal vez tenga que pasar dos noches en Londres. ¿Estás segura de que prefieres quedarte aquí a trabajar en este desván desolador?

-No, peró me voy a sentir igual de sola en tu apartamento, mientras tú te pavoneas en el tribunal con tu peluca...

-No debería darme por vencido y arrastrarte por los pelos conmigo...

-Me habías asegurado que tu comportamiento como hombre de las cavernas había sido algo pasajero.

Emma rió, estremeciéndose de deseo. Se dio la vuelta y Dominick terminó de desabrocharle el último botón de la blusa dejándole los pechos al descubierto para su deleite.

-Eso creía yo -la tomó en brazos y la llevó hasta la cama, donde terminó de quitarle la ropa y se puso encima de ella con gesto triunfal-. Pero ya no estoy tan seguro. Tal vez el matrimonio me esté haciendo ver que tengo más características de los hombres de la Edad de Piedra de las que pensaba...

-Puedo dar fe de ello... -afirmó, casi sin respiración a medida que la pasión se apoderaba de ambos, sucumbiendo, finalmente a su tierna violencia-. Debe ser que me encantan los hombres def Neandertal y no lo había descubierto hasta ahora...

-Demuéstramelo... -susurró, acariciándole la oreja con la lengua, hasta hacerla estremecer de placer-. Demuéstrame hasta que punto te gustan ese tipo de hombres, lady Fleetwood...

Emma tenía tanto calor que muy bien podía haber estado en ese momento en la cálida Grecia.

-Te amo y te deseo tanto... tanto.

Le acarició y exploró el cuerpo masculino con creciente audacia hasta detenerse en su excitado miembro, que empezó a acariciar con dedos temblorosos, hasta que le hizo gemir de placer y entonces

Dominick detuvo su mano.

-Ten cuidado -rió, con suavidad-. Quiero hacerlo durar, amor mío.., de hecho cada vez que hago el amor contigo me gustaría prolongarlo más y más...

La puso boca abajo y le introdujo las manos bajo el cuerpo hasta apoderarse de sus pechos. Después con marcada arrogancia le separó los muslos y tanteó la delicada humedad de su sexo con una seguridad que hizo estremecerse a Emma de deseo y alcanzar el orgasmo poco después de que la penetrara. Al sentir los espasmos de placer, Dominick dio rienda suelta al suyo y lo proclamó a los cuatro vientos...

Pasó fuera tres noches que a Emma le parecieron tres años. La llamaba cada vez que tenía diez minutos de descanso en el tribunal y desde su apartamento por la noche, cuando Emma ya estaba en la cama, musitándole frases lujuriosas, cada vez más audaces que la hacían estremecerse de la cabeza a los pies y la dejaban completamente excitada.

El día que iba a regresar, Emma, sentada a solas en la cama, se puso a pensar en toda la agitación de las últimas semanas.

A su lado sobre una mesa se encontraba una bandeja con el desayuno y los periódicos matinales. Había adquirido la costumbre de desayunar en la cama desde la partida de Dominick, en parte por la insistencia de la señora Shields y en parte porque se sentía un poco temblorosa y con nauseas al despertarse por las mañanas.

Se preguntó cómo había podido sucederle a ella esa romántica aventura. Recordó la manera en que había llegado a aquella casa, llena de miedos y dudas, insegura de lo que sentía respecto al trabajo, a su familia, al pasado... y allí estaba, un mes después, desayunando en la cama convertida en lady Fleetwood, la dueña de aquella magnífica casa y todas las tierras que la rodeaban... pensarlo hizo que la cabeza le diera vueltas y no pudiera evitar experimentar un agudo sentimiento de culpabilidad y desasosiego.

Sabía de donde procedía ese desasosiego. No había sido completamente sincera con Dominick. No le había hablado de la sórdida relación entre su madre y Sir Robert. Jamás le había mencionado que durante un tiempo, al llegar a la finca había experimentado un cierto resentimiento hacia su familia...

Y lo que más la intranquilizaba era que no le había hablado de sus temores secretos sobre que pudieran ser hermanastros.

Tomó un sorbito del zumo de naranja, recién exprimido y al

mirar el bollo tostado sintió nauseas. Había tejido su propia tela de engaños, sin pretenderlo. Se dijo que en cuanto Dominick regresara le contaría todo y tal vez, así, dejaría de tener la terrible sensación de que una inminente condena se cernía sobre su cabeza, como si se tratara de una mítica espada griega, esperando el momento de cortar de cuajo su felicidad, precisamente cuando no recordaba haber sido más feliz en su vida...

El ama de llaves llamó a la puerta y le anunció que tenía una visita esperándola en la biblioteca.

El corazón de Emma pareció querer desbocarse de puros nervios. De alguna manera aquello le había hecho regresar a la realidad de su nuevo estatus como lady Fleetwood. Se preguntó quién podría ser. Probablemente algún intratable pariente aristocrático de Dominick, que estaba furioso por la rapidez con que se habían casado. Se imaginó a una tía de su marido, muy delgada, mirándola de arriba abajo con desaprobación a través de unos impertinentes. Así que cuando la señora Shields le anunció que tan sólo se trataba de Vanessa Buckingham, sintió una oleada de alivio. -Dígale que estaré con ella en unos minutos.

Mientras se ponía a toda prisa unos vaqueros y una sudadera blanca y se sujetaba el pelo en una coleta, intentó pensar la forma de recibirla con la mayor diplomacia posible. Dominick no había invitado a Vanessa a la boda, así que se preguntó si habría ido para felicitarla o para decirle sin rodeos lo que pensaba de ella.

Ocultando su nerviosismo, Emma entró en la biblioteca y dedicó a Vanessa su sonrisa más cálida.

-¡Qué maravilla... Eres mi primera visita! -le dijo, alegremente-. ¿Quieres tomar un café?

Vanessa Buckingham vestía totalmente formal contrastando así con la informalidad de Emma. Estaba mirando por la ventana y al oírla se dio la vuelta y le dedicó una sonrisa, pero con una frialdad que no trató de disimular.

-Lo siento pero no puedo. Sólo pasé un momento para ver como se las estaba arreglando la nueva esposa de Dominick con su recién estrenada vida de casada.

El tono de voz era agradable, pero un poco burlón. Emma se esforzó en mantener la sonrisa.

-De maravilla, gracias -consiguió decir. Se dio cuenta de que Vanessa no era una buena perdedora-. Siento que no estuvieras en la boda, pero Dominick quería una celebración íntima y sólo invitamos a la familia y amigos más cercanos...

Vanessa se echó a reír.

-¡Pero cómo puedes ser tan ingenua! -le dijo con suavidad-. ¿De verdad piensas que no sabía nada de la boda?

-Me temo que no te comprendo...

Emma se quedó mirando a la rubia, cada vez más confundida, y Vanessa a su vez la contempló con incredulidad.

-Por el amor de Dios. 0 sea que no te ha dicho nada, ¿verdad? ¿No me digas que ha fingido enamorarse de ti y que tú le has creído?

-¡Será mejor que te vayas!

-Ya veo que la hijita del guardabosque es todavía más crédula de lo que él imaginaba.

Emma empezó a sentir nauseas de nuevo.

-No tengo ni idea de lo que estás hablando -acertó a decir, débilmente.

-Estoy hablando de la herencia, querida. De las condiciones impuestas por sir Robert. Cuando Richard se fue con los monjes al Tíbet, sir Robert especificó que cuando heredara debería casarse en el plazo de dos meses para poder ser dueño de la casa y las tierras. Así que Dominick debía cumplir también los mismos estúpidos requisitos...

-¿Estás intentando decirme que... -Emma trató de sonar despreocupada, pero su voz se convirtió en un susurro-... que Dominick sólo se ha casado conmigo para poder heredar?

-¡Menos mal que por fin has caído! El problema es que yo estoy esperando el divorcio y además, mi querida lady Fleetwood, ese viejo bastardo puso otra condición: que su heredero tuviera un hijo en el plazo de un año de matrimonio. Por desgracia yo no puedo tener hijos, así que tu serás la afortunada mujer que engendre al heredero del apellido Fleetwood... ¿De qué crees que estuvimos hablando Dominick y yo el otro día con tanta urgencia en su estudio?

Las palabras de Vanessa eran para Emma como cuchillos que se le clavaban directamente en el corazón.

-No te creo...

-¿De verdad te has creído que un hombre cómo Dominick podría enamorarse de una mujer tan insignificante como tú?, y en el espacio de, ¿cuánto ha sido? ¿Un mes? ¡Podrás ser muy buena en la cama, querida, pero un hombre de la categoría de Dominick no se casaría, en condiciones normales, con una mujer sólo por eso!

Emma ya no sabía qué creer. Todo había sido tan rápido, tanto el enamoramiento como el matrimonio...

De repente, Emma recordó con precisión las preguntas de

Dominick en la entrevista acerca de su estado civil, y la mención de unas excéntricas condiciones en el testamento de su padre… Todo lo que decía Vanessa tenía sentido, y podía ser posible…

Las nauseas se hicieron más intensas: Tuvo la sensación de que se iba a desvanecer y trató de sujetarse a un aparador cercano a ella, pero no pudo. De repente todo empezó a parecerle borroso a su alrededor…

# Capitulo 7

YA SE SIENTE mejor? -le preguntó Jamie, preocupado. La encontró sentada .en un banco del jardín isabelino-. Mi abuela me envió para ver cómo se encontraba.

-Bien, gracias. Sólo necesitaba un poco de aire fresco... -le dijo, con una sonrisa al verle sentarse a su lado.

Tan sólo había estado inconsciente durante unos segundos. Vanessa había llamado a la señora Shields, que le había traído un vaso de agua, y tras mostrar una falsa preocupación y desearle que se recuperara había partido a toda velocidad en su coche. Emma había pasado el resto de la mañana en el jardín, con la mirada perdida en los parterres, incapaz de pensar.

-Lady Fleetwood...

-¡No me llames así! -le dijo con tanta furia que el pobre muchacho enrojeció.

-Emma, entonces -rectificó el chico, con tristeza-. Oí... todo lo que dijo la señorita Buckingham...

-¿Estabas escuchando?

-No, pero no pude evitar oírlo porque me encontraba quitando la maleza debajo de la ventana de la biblioteca y ella estaba justo al lado.

Emma tuvo que tragar saliva para contener la emoción que amenazaba con ahogarla.

-¿La... creíste? -le susurró, temblorosa.

Jamie se encogió ligeramente de hombros. Era más o menos de su edad, de rostro agradable y cabellos castaños, un poco desaliñados.

-No estoy seguro, pero te aprecio de verdad, Emma y me duele verte disgustada... -¡Oh, Jamie...!

Se echó a llorar. Sabía que era una estupidez. Que resultaba patética y que no ganaba nada compadeciéndose a sí misma, pero no podía evitarlo. Durante los últimos días había sido muy feliz, pero también había estado más sensible de lo normal, con cambios bruscos de humor. Ahora con las palabras de Vanessa martilleándole en los oídos, y el corazón lleno de temores y sospechas, sentía que su vida se había convertido en una pesadilla...

No podía dejar de llorar. Apoyó la cabeza en el pecho del jardinero y Jamie, empezó a darle palmaditas en la espalda como hubiera hecho para tranquilizar a un animal asustado.

Oyeron demasiado tarde el ruido de pisadas sobre la gravilla del camino.

-Vaya, vaya... -dijo Dominick con sorna. Emma se separó de Jamie y éste se apresuró levantarse, con una cara de culpabilidad que casi hizo que Dominick se echara a reír a carcajadas--. ¡Qué escena tan tierna! ¿Es posible que mi nueva esposa haya tratado de consolarse con el jardinero tras sólo tres noches de soledad?

-Señor, no es lo que...

-Está bien, Jamie. Ahora vuelve al trabajo, por favor.

Jamie miró preocupado a Emma y se marchó. Dominick lo vio alejarse, con aquella mirada burlona en los ojos que ya conocía muy bien.

-¿Que está ocurriendo, Enuna?

Impecable en su traje gris y camisa blanca, se acercó a ella y la agarró por los hombros. Emma no pudo precisar su estado de ánimo. Tuvo la sensación de que estaba más divertido que celoso. Dominick se tenía a sí mismo en demasiada estima como para imaginar siquiera que su esposa pudiera estar liada con el jardinero y estaba demasiado seguro de la adoración ciega que su mujer sentía por él...

-¿Me lo vas a explicar, o tendré que sacar mis propias conclusiones, según lo que he visto, que seguramente serían absurdas?

-Vanessa vino a verme esta mañana -consiguió decir, con voz ahogada, al tiempo que se liberaba de sus manos.

-¿Vanessa? ¿Dijo algo que te disgustara? -había dureza en su voz.

-Tu deberías saberlo...

Respiró, profundamente e intentó mirarle con tranquilidad. En silencio, Dominick sacó un pañuelo almidonado del bolsillo y se lo entregó. Emma lo tomó y se secó las lágrimas, sin saber muy bien cómo continuar.

-Emma, dime porqué estabas llorando.

-Me... me dijo el motivo por el que te habías casado conmigo.

Se hizo un silencio sepulcral. Emma tuvo la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho. Dominick no movió un músculo de la cara.

-¿De verdad? -habló sin emoción, pero la miraba atentamente-. ¿Y por qué lo hice?

-Para heredar el señorío de Fleetwood, según las condiciones que te había puesto tu padre. Las que estipulaban que el heredero debía casarse en un plazo de dos meses después de su muerte.

Dominick seguía sin mostrar ninguna emoción.

-Ya. Así que, corrígeme si me equivoco, se supone que te he

seducido y te he engañado para casarme contigo, por motivos de herencia.

Emma se quedó mirándolo. El corazón le latía muy deprisa y se le había hecho un nudo en el estómago, pero las palabras de Vanessa aún resonaban en sus oídos y todo parecía tener sentido: el secreto y la rapidez con que se había llevado la boda y lo poco probable que era que un hombre como Dominick se hubiera ena morado de una don nadie como ella...

-Sí...

-¿Y lo crees de veras?

Emma tuvo la sensación de estar conversando con un autómata.

-Tú... tú me dijiste que había ciertas condiciones excéntricas en el testamento de tu padre, que Richard debía cumplir, cuando me contaste que le estabas buscando... -dijo con voz ahogada.

-Así fue -la expresión de su cara se endureció-. Así que las pruebas señalan mi culpabilidad, ¿no es así, mi querida mujercita?

-¿No pensarás negarlo? -preguntó con voz temblorosa y cargada de emoción-. Porque no puedes. ¡Al menos podías haber tenido la delicadeza de decírmelo! Pero, en fin tal vez yo debería también haberte puesto al corriente de mis verdaderas razones para casarme contigo. Tal vez así estemos en paz -dijo con ironía.

Asombrada de la contundencia de sus propias palabras, trató de alejarse, pero Dominick la agarró por los hombros.

-Emma, ¿me puedes decir de que demonios estás hablando?

-No te lo imaginas, ¿verdad? -le espetó, furiosa. Apenas sabía lo que estaba diciendo, tal era su estado de nervios-. Tu padre arruinó las vida de los míos, seduciendo a mi madre y echándolos a los dos cuando el asunto se hizo público... ¿No te acuerdas que solías decirme que ocultaba algo? ¡Hubo un tiempo en que... en que incluso llegué a pensar que éramos hermanastros...!

-¿Y... lo éramos? -la furia contenida de su voz, hizo que a Emma se le pusiera la carne de gallina.

-¡No! ¿Acaso crees que me hubiera casado contigo si lo fuéramos?

-En este momento no sé que pensar. Este parece ser el día de las sorpresas -dijo con cruel sarcasmo.

-¿Qué sorpresas? ¡Mira, te aseguro que para cuando nuestro vergonzoso matrimonio termine te habrás arrepentido mil veces de haberte casado con la hija de Jack y Amie Stuart!

-Por lo menos ahora sé lo que me estabas ocultando -dijo, finalmente, de nuevo inexpresivo-. ¿Y cuándo exactamente averiguaste que nuestra relación no era... incestuosa?

Emma enrojeció.

-El día que salimos en el barco. Cuando... cuando me dijiste que a sir Robert le habían practicado una vasectomía. Lo... lo supe entonces...

-¡Qué oportuno por mi parte mencionarlo...

-¡Oh, está usted aquí, señor Dominick! -dijo el ama de llaves-. Lady Fleetwood, el doctor acaba de llegar, la está esperando en la biblioteca.

-¿Para qué ha venido el médico? -su tono de voz era neutro, pero en los ojos se percibía un brillo más intenso.

-Me desmayé -le dijo, Emma, simplemente-. Pero no había necesidad de llamar al médico...

-Al contrario -replicó Dominick con firmeza. Sujetándola con fuerza por los hombros y dirigiéndola hacia Iit casa, implacable-. Si mi mujer se desmaya quiero saber la razón.

Emma tuvo la sensación de que la pesadilla en que se había convertido aquel día continuaba.

El médico era un hombre de mediana edad, muy amable que llevaba una chaqueta de tweed que parecía no haberse quitado en toda la vida. Examinó a Emma en la privacidad de su habitación y sonrió con ironía tras cerrar su maletín.

-Debe tomar mucho hierro porque está un poco tncmica. Le recetaré unas cápsulas. A parte de eso, el embarazo seguirá su curso normal y no creo que tenga complicaciones, lady Fleetwood. -¿Qué? -preguntó, sorprendida.

-¿No lo sospechaba? Nauseas matinales, mareos. Son síntomas claros.

-No... Ni me lo imaginaba...

Emma se dijo que aquello era realmente una pesadilla de la que seguramente se despertaría pronto para empezar de nuevo el día, felizmente, con aquellos estremecimientos que le producía saber que iba a estar con él...

Cuando se marchó el médico permaneció tumbada pensando en los últimos sucesos. La espantosa verdad estaba saliendo a la luz. Las palabras venenosas de Vanessa eran verdad. Por eso Dominick apenas la había dejado sola desde la boda. Aquella era la razón de que hubiera estado siempre dispuesto a hacer el amor de aquella manera tan apasionada y sin protección... Todo tenía su explicación, no se trataba de pasión, sino de impaciencia porque su esposa se quedara embarazada lo antes posible para así cumplir con la última condición del testamento...

Miró el anillo de prometida y el de bodas y se le llenaron los

ojos de lágrimas. ¿No decían que los diamantes eran para siempre?

No recordaba haberse sentido nunca tan utilizada, tan traicionada...

Y sin embargo... a pesar de todo se sentía orgullosa, se alegraba de esperar un hijo. Una nueva vida estaba creciendo ya en su interior. El hijo de Dominick...

De repente la realidad volvió a ella, y recordó que había olvidado suplicar al médico que no dijera nada a Dominick.

Seguramente en aquel momento estaría aconsejando al orgulloso padre que su mujer tomara hierro y descansara mucho...

-¿Emma? -Dominick entró en la habitación con una expresión arrogante en el rostro. Emma tuvo claro que lo sabía todo-. Paul acaba de decírmelo. Enhorabuena, mi querida lady Fleetwood, no esperaba que me proporcionaras tan pronto un heredero.

Al notar aquel sarcasmo en su voz, Emma se sentó enseguida y le miró fijamente, experimentando una cierta aprensión. En su vida se había sentido tan vulnerable a cualquier ataque tanto físico como psíquico...

-Vete... por favor...

-Esas no son maneras de hablar a tu marido y futuro padre de tu hijo, Emma.

-Dominick...

-Y no sé que retorcidos pensamientos habrán pasado por tu cabeza pero te diré que creo firmemente en la santidad del matrimonio -continuó con una provocativa frialdad en la voz-, y en la necesidad de que las parejas casadas tengan una saludable vida sexual...

-Si se te ocurre tocarme, te...

-¿Qué piensas hacer? -se sentó en el borde de la cama y le acarició la barbilla-. ¿Gritar? ¿Atacarme con un arma? La verdad es que me va a llevar un tiempo acostumbrarme a este nuevo giro en nuestra relación, Emma, querida. Todavía me parece increíble que hace tan sólo tres días dejara a una amante pareja y me haya encontrado con una esposa vengativa que parece salida del infierno.

-No puedes negar las condiciones de las que me habló Vanessa, ¿verdad?

-No me parece que merezca mucho la pena -afirmó, cortante. Aquel brillo misterioso en sus ojos la llegó muy dentro, hasta el alma y la hizo estremecerse-. He sido juzgado y se me ha declarado culpable, sentenciándome además en mi ausencia. Por otra parte me da la sensación de que mi esposa ha estado tramando vengarse en mí de los pecados de mi padre.

Emma le miró, sin decir nada. Con sus palabras había hecho que su autodefensa sonara completamente absurda. Incluso a ella le parecía así en aquel momento. Pero aquella arrogante frialdad le parecío intolerable.

-¿Por qué lo hiciste, Dominick? -susurró.

-¿El qué?

-Utilizarme. Fingir que te enamorabas de mí, casarte conmigo a toda prisa en esa absurda ceremonia, cuando tan sólo se trataba de cumplir unas plazos legales. Has llegado incluso a dejarme embarazada, para poder tener un heredero en el plazo de un año. ¡Qué fácil de manejar he sido! ¿verdad? Incluso en lo que respecta al embarazo.

La última acusación quedó en el aire como una bomba sin explotar. Dominick espiró, lentamente y la miró con los ojos entrecerrados. Parecía furioso.

-¿Así que me casé contigo para heredar la finca y te dejé embarazada para conservarla? No puedo por menos que asombrarme de mis propias cobardes acciones. Pero claro, debe ser cosa de familia. De tal palo tal astilla. Recuerda también el comportamiento ruin de sir George, allá por el siglo dieciséis.

-Pero pensé que eras diferente... -en cuanto dijo aquello se dio cuenta de que acababa de contradecir su afirmación de premeditada venganza.

-Craso error -se burló, deslizando los dedos por la sudadera de Emma hasta dibujar con ellos el contorno de sus senos-. La mala sangre nunca cambia. Además, según lo que me dijiste esta mañana, viniste a esta casa para ver que podías sacar de los Fleetwood. Y cuando averiguaste que no eras la hija bastarda de sir Robert, decidiste casarte conmigo para vengar la memoria de tu madre. ¿0 es una interpretación de los hechos demasiado melodramática? Dime la verdad, Emma. ¿Te casaste conmigo para vengarte o por mi dinero y mi atractivo?

-Te odio... -los dedos de Dominick le acariciaban los pechos, jugueteaban con sus erguidos pezones. Emma se estremeció, resistiéndose a su imperioso deseo-. Dios mío, Dominick ¡cómo te odio...!

-Tengo entendido que se puede odiar y amar a alguien a la vez, sobre todo en la cama... -murmuró, al tiempo que se movía bruscamente para atraparla bajo su cuerpo.

-¡No!

Emma hubiera querido que aquel no, sonara como un claro rechazo, y, sin embargo se quedó en un gemido. Su cuerpo la estaba

traicionando de nuevo y estaba hambriento de las caricias de Dominick, aunque su orgullo tratara de hacerla resistirse.

-No te preocupes -la tranquilizó, con sorna, a la vez que la despojaba de la sudadera y le quitaba el sujetador de encaje azul-. No te haré ningún daño, mi querida esposa vengativa. Pero tengo derecho a examinar el receptáculo de mis futuros herederos, ¿no te parece?

-Y yo tengo derecho a... a cierta privacidad... -susurró, sin saber muy bien qué decir, angustiándose al ver como le bajaba la cremallera de los vaqueros y la desvestía como si fuera una muñeca-. A cierta privacidad y respeto...

-Como mi esposa -le aseguró, al tiempo que la besaba con una violencia que la impresionó-, tienes derecho a mi nombre, mis tierras, mi casa y mi dinero, dulce Emma. Y yo tengo derecho a que cumplas con tus deberes conyugales, como en los viejos tiempos...

-¿No estás al tanto de la nueva legislatura? -amenazó, desesperada, sabiendo que de nada le serviría-. ¡Ahora se contempla la violación dentro del matrimonio, por si no lo sabes...!

-¿Violación? -dijo con voz burlona. La echó sobre la cama y le recorrió todo el cuerpo con sus experimentados dedos, y después se apartó un momento de ella para contemplarla con una arrogancia que la sobresaltó-. Puede que sea uno de tus despreciables miembros miembros masculinos de la familia Fleetwood, mi querida y sumisa esposa, pero te aseguro que la violación no ha sido nunca uno de mis vicios...

Emma jadeó sin querer al sentir las manos masculinas jugueteando con sus pezones, que después empezó a besar con implacable determinación. Apretó los puños angustiada al sentir como poco a poco se contraía, sin querer, de deseo.

-¡Dominick, no soy de tu propiedad...! -sollozó, al sentir como con infinito cuidado le acariciaba el vientre y los muslos.

Se dio cuenta de que era inútil fingir. En aquella semana en Grecia tan apasionada, Dominick había descubierto todos sus zonas erógenas, conocido cada punto sensible de su cuerpo.

-¿De verdad? -le dijo, con ironía, viéndola estremecerse bajo su íntima tortura-. Este matrimonio puede ser que se haya vuelto amargo de la noche a la mañana, querida, pero tú y yo nos pertenecemos.

-Dominick...

-¡Vamos, cariño, dímelo...! ¿Me deseas?

-¡No...!

-¡Estás mintiendo! -dijo, burlón-. Dime la verdad, Emma... -se

quitó la ropa y le separó las temblorosas piernas, para después meter la cabeza entre ellas y explorar con la lengua los cálidos secretos de la intimidad de Emma, mientras ella luchaba para controlar el ardiente deseo que sentía-. Mi bebé... -susurró Dominick, levantando la cabeza en un momento de repentina emoción que conmocionó a Emma. Después la agarró con fuerza por las caderas y comenzó a acariciarle las ingles, bajando después de nuevo la cabeza para besarle varias veces con, hambrienta pasión toda la zona de la pelvis, como una muestra de respeto al misterio que encerraba-. Mi hijo está creciendo dentro de ti, Emma... No se te ocurra pensar siquiera en marcharte con mi hijo dentro de ti...

-Haré lo que me venga en gana... -acertó a decir, sacando fuerzas de algún sitio para desafiar su arrogante mandato-. ¡Y además es tan hijo mío como tuyo!

-Mal que te pese -le dijo, burlón.

Dominick siguió acariciándole todo el cuerpo, hasta que Emma no pudo seguir pensando porque el deseo físico le había bloqueado el intelecto.

-Dime que me deseas, Emma... -la orden sonó como un ronco gruñido, mientras se colocaba encima de ella.

-¡Que Dios me ayude, sí... sí...! -sollozó al darse cuenta de que sus sentidos se daban por vencidos.

Dominick la miró triunfal, y la penetró. Emma sintió una explosiva combinación de furia y deseo; de amor y odio. La llenó tanto que cerró los ojos y le hincó las uñas en los hombros, aferrándose a él, como si en ello se le fuera la vida...

-¡Oh, Emma...!

El ritmo amoroso, la sensación de ser poseída, el amargo éxtasis que experimentaba al darse cuenta de la perfecta compatibilidad de sus cuerpos, fue incrementándose hasta ahogarla como en un maremoto. Jadeó y oyó su propia voz musitando el nombre masculino. Se sintió incoherente y sin capacidad para pensar. Tan derrotada en aquella sórdida lucha que, cuando la excitación se calmó un poco, no le parecía posible que hubiera experimentado toda aquella loca pasión por un hombre que no la amaba...

Y no sólo eso, sino que además la había engañado para que se casara con él, con la única intención de conseguir una herencia y engendrar un hijo, que diminuto y aún sin forma, llevaba en sus entrañas...

Creo que seráá mejor que me digas exactamente que fue lo que

le hizo mi padre a tu madre -le dijo, con tranquilidad, mientras cenaban-. Quisiera saber con precisión de qué se me acusa.

Emma levantó los ojos del plato, que llevaba mirando durante largo rato. Desde la dramática victoria de Dominick, horas antes, sólo se habían dirigido la palabra lo estrictamente necesario. La tensión en el aire era tan fuerte que a Emma le dio la sensación de que si encendía una cerilla podría producirse una explosión.

-Ya sabes que tu padre era un mujeriego -le dijo, encogiéndose de hombros-. Me lo dijiste tú mismo...

-Es verdad. Pero no tenía ni idea de que hubiera seducido a tu madre.

Emma sintió un tremendo calor en las mejillas. Allí estaba él vestido de manera informal, con una camisa de seda verde y unos pantalones negros, elegante y seguro de sí mismo en su papel de dueño y señor de su mansión, triunfal vencedor de su cruel jueguecito de la herencia...

-No tienes derecho a hablar de ese tema de un modo tan.., trivial -le dijo, con suavidad-. Mis padres eran un matrimonio feliz.

-Ya. Y por eso tu madre se acostó con mi padre. Tal vez debiera alegrarme de que mi matrimonio se esté volviendo tan infeliz.

Su sarcasmo le hizo estremecerse. Le vio tomar la botella de Médoc y servirle más vino. Lo tomó entre sus dedos temblorosos y se quedó mirándolo a la luz de las velas. Aquella noche la señora Shields había preparado un festín digno de un rey, tal vez para caldear la gélida atmósfera que reinaba en la mansión. Ni la exquisita sopa de espárragos, o la deliciosa ternera, servida con brocoli y zanahorias consiguieron aligerar la tensión, la amargura que se podía casi palpar en el comedor.

-Estoy segura de que mi madre tuvo parte de culpa en aquel asunto -admitió en voz baja-, pero a mi padre le estaban tratando de depresión y me imagino que había perdido todo...

-¿Todo interés por el sexo? -sugirió Dominick, con frialdad.

-Sí. A veces le sucede a los hombres. Y eso le debió deprimir aún más, hasta el punto de crear tensiones en el matrimonio...

Dominick la miró con curiosidad a través de la mesa.

-¡Que historia tan desgarradora! Déjame adivinar... ¿tu madre buscó placer en los brazos de mi padre y después se preguntó por qué había fracasado su matrimonio cuando todo se descubrió?

-¡Qué fácil es burlarse! -le reprochó, temblorosa. Sabía lo sarcástico que era Dominick, y además se daba cuenta de que así contada, la historia de su madre decía muy poco a favor de su moralidad-. ¡Todo el mundo comete errores!

-¡Desde luego que sí! Tal y como yo veo las cosas -dijo tras una larga pausa-. Ni tu padre ni mi madre salen muy bien parados de esta saga...

-Lo sé -volvió a dejar el tenedor en el plato y, temblorosa tomó un sorbo de vino-. ¿Acaso crees que no me doy cuenta? Toda la historia apesta; ¡ninguno se portó como es debido! Llevo dándole vueltas a la cabeza desde que mi padre me lo dijo, antes de morir.

-Nosotros no escogemos a nuestros padres y no tenemos necesariamente que heredar sus defectos. Por eso no entiendo tus melodramáticos deseos de venganza, que intentaras hacerme a mí pagar por todas las maldades de mis antepasados -tenía un cierto brillo burlón en los ojos, pero la amabilidad de su voz la hizo estremecerse angustiada-. ¿0 fue algo que dijiste porque estabas furiosa conmigo en aquel momento, porque había herido tu orgullo, Emma?

-¿Y que más te daría, de todos modos, si no fuera porque ahora estoy embarazada y te soy valiosa, pero por otras razones...?

-Emma... -dijo, tratando de controlar lo enfadado que estaba-. ¿Ya no recuerdas que te solía decir que confiaras en mí? Si no hay confianza en una relación, es que no merece la pena. ¿No te parece?

-Yo...

-La primera vez que te dejo sola pierdes la confianza en mí. Me acusas de engañarte, de utilizarte...

-¿Así que ahora soy yo la que tengo la culpa de todo? -le dijo, indignada, tratando de contener las lágrimas. ¡Que fácil es evadir toda responsabilidad!

-Y lo peor es que pretendes juzgarme por las acciones de mis antepasados... ¿Qué te parecería que yo pensara que eres como tu madre? -le preguntó, con calma-. Tal vez debiera asegurarme de no caer en ninguna depresión. ¿0 debería vigilares a ti y a Jamie como un halcón de ahora en adelante?

Emma enrojeció al oírle hablar con tanta frialdad y se sintió muy desgraciada. Muy despacio, lo más dignamente que pudo, se levantó.

-Sí, tal vez deberías hacerlo. Aunque, francamente, no tendrás que vigilarnos a ninguno de los dos por mucho tiempo, Dominick. No puedo quedarme aquí con el ambiente que se respira en esta casa. No le conviene al bebé. Haré la maleta y me marcharé por la mañana. Lo primero que haré será buscarme un abogado... -vio como sus ojos brillaban con furia, y añadió, rápidamente-: ¡y ninguna de tus tácticas intimidantes podrá detenerme!

# Capitulo 8

UNA SOLEADA mañana de mayo se burló de ella al día siguiente. Pero por lo menos aportó un poco de calidez al árido paisaje en que, para Emma, se había convertido su vida. Se paseó como un zombi por su habitación, en la que se había asegurado de encerrarse con llave la noche anterior. Pero Dominick ni siquiera había intentado mover el picaporte de la puerta. Se preguntó si había decidido dejarla en paz, porque no podía encontrar ninguna excusa válida que justificara su sucia treta en lo que respectaba a la herencia.

Le sería más fácil creerle, si no fuera por el embarazo. En sus oídos resonaba aún la amenaza de que no se atreviera a abandonarle con un hijo suyo en sus entrañas.

No pudo dejar de temblar mientras apretaba todas sus cosas dentro de la maleta. Tenía más ropa en los enormes armarios de la habitación de Dominick. La habitación que habían compartido desde que le pidiera que se casara con él. Pensaba marcharse aquella misma mañana, temprano. No tenía más que bajar, pedir a Jamie que le ayudara con las maletas y marcharse en el pequeño Renault rojo. El apartamento de Cathy estaba tan sólo a unos kilómetros de allí. Dormiría en el sofá unas noches hasta que tomara alguna decisión. Así de simple. No había necesidad alguna de dramatizar la situación. Era una mujer adulta que sabía controlarse y podía tomar sus propias decisiones. Si quería marcharse, podía hacerlo...

Pero toda esta seguridad en sí misma se vino abajo cuando entró en el cuarto de baño y cerró con llave la puerta que conectaba con la habitación de Dominick.

Sintíendose como una ladrona, se duchó y secó. Después tras volver giró de nuevo la llave, para abrir la puerta de su marido y corrió a esconderse en el santuario que para ella representaba su habitación como alguien perseguido por los demonios. Dominick no dio señales de vida, no se oyó ni un ruido procedente de su dormitorio...

Temblorosa, se puso un body blanco, unos vaqueros y la camisa de seda gris que se había comprado en Atenas, calzándose después unos zapatos de ante oscuro.

Se dejó suelto el cabello, que le caía como una cortina de seda sobre los hombros. Tenía el rostro pálido como el de un fantasma y no pudo evitar pensar en la historia que le había contado Dominick sobre los huesos de la habitación secreta y los fantasmas del desván.

Había pasado allí un par de horas la noche anterior poniendo su trabajo en orden, anotando las averiguaciones que había hecho hasta entonces para que la futura archivadora pudiera continuar donde ella lo había dejado. Temblando por el frío de la noche, con sólo una lámpara y el silbido de la estufa de gas por compañía, no había podido evitar sentir una cierta aprensión al recordar aquellas tontas historias... tal vez también porque medio temía en el fondo que Dominick volviera a aparecer en cualquier momento y la obligara a otro enfrentamiento...

Pensó que era demasiado pronto para molestar a la señora Shields o a Jamie, así que se encargó de bajar las maletas ella misma. Se dio cuenta, con tristeza, de que resultaba muy fácil escapar, después de todo. La casa estaba en silencio; el vestíbulo desierto; el coche arrancó sin problemas y nadie le impidió alejarse por el camino pedregoso que daba acceso a la mansión. Cuando llegó a la carretera principal tuvo que hacerse a un lado enseguida porque las lágrimas le cegaban por completo...

-Te llaman al teléfono, Emma -se apresuró a decirle Cathy que había corrido a tomarlo pensando que podía ser Tobías-. Es Dominick -le dijo, con una sonrisa de disculpa-. ¡No le ha costado mucho localizarte! Debe haber pedido a Tobías mi número de teléfono...

-Dile que no quiero hablar con él -le pidió, empezando a temblar. Le pareció ridículo que una simple llamada le pudiera resultar tan amenazante.

Cathy movió la cabeza con resolución.

-No puedo. Me dijo que era urgente. Creo que deberías ver qué quiere.

La voz profunda de Dominick, incluso al otro lado del hilo telefónico le sonó tan familiar y querida, que tuvo que morderse los labios para no echarse a llorar como una tonta.

-¿Si?

-Bien hecho -le dijo bruscamente-. Me has sorprendido,Emma. Ha sido una venganza muy estudiada.

Emma se quedó mirando fijamente los dibujos de la alfombra del vestíbulo del apartamento que Cathy había alquilado ya amueblado, porque acababa de llegar a la zona para empezar a trabajar como profesora de historia de secundaria en un colegio privado de chicas.

-No sé de qué me estás hablando... -empezó a decir, . hasta que Dominick la silenció con una carcajada irónica.

-¿No? ¿Pretendes decirme que no sabes nada de lo del fuego en el desván?

-¿Qué? Dominick, yo...

-¿No recuerdas que dejaste la estufa de gas demasiado cerca de los archivos? ¡Has reducido a ceniza importantes documentos de la familia Fleetwood y casi quemado toda la maldita mansión!

De repente a Emma le dio la sensación de que el vestíbulo le daba vueltas. Como ya sabía la manera en que reaccionaba desde el embarazo ante las malas noticias, se apresuró a sentarse en una silla que tenía cerca.

-¡Dominick... no puedes estar hablando en serio!

Era como una súplica, una angustiosa súplica de que aquello fuera sólo una broma cruel.

-Nunca he hablado tan en serio, mi dulce esposa.

-¡No puedes... no puedes pensar que yo sería capaz de hacer una cosa así...!

Cathy, al oír la voz angustiada de Emma, había dejado su sesión de limpieza de los sábados por la mañana para acudir al vestíbulo, preocupada.

Se hizo un breve silencio al otro lado del hilo telefónico y tras él una retahíla de maldiciones.

-Tienes razón, me resulta dificil creerlo. Pero te sugiero que regreses en menos de una hora y trates de convencerme de tu inocencia, lady Fleetwood. De lo contrario me veré obligado a pensar lo peor.

-¿Es esto una especie de chantaje, o qué? -susurró Emma, furiosa-. ¿Insinúas que o vuelvo inmediatamente o me culpabilizas a mí del incendio? ¡Estoy empezando a preguntarme si no empezarías el maldito fuego tú mismo, Dominick!

-Ten cuidado, Emma -le advirtió bajando el tono de voz-. No me saques de quicio, porque te advierto que si lo haces no me responsabilizo de mis actos...

-¡Dominick, por el amor de Dios...!

-Si eres tan buena profesional como dices ser, vuelve enseguida y enfréntate con el caos que has ocasionado.

-De acuerdo -dijo de mala gana-. Volveré lo antes posible. Y aunque te pueda parecer una tontería lo que te voy a decir, hagas lo que hagas, no dejes que nadie tire nada...

Cathy al ver lo pálida y asustada que estaba insistió en llevar ella el coche.

-Tienes un aspecto horrible, Emma -le dijo, alegremente, al tiempo que la empujaba hacia el asiento de copiloto del

cochambroso Volkswagen-. Serías un peligro público al volante.

-Gracias.

Emma intentó sonreír y no volvió a hablar en todo el camino de vuelta a Fleetwood Manor. Al acercarse a la mansión se cruzaron con un coche de bomberos, que procedía de aquella dirección. Emma sintió que se le encogía el estómago al pensar en todos aquellos datos históricos... en todos aquellos maravillosos documentos antiguos... Sintió que una oleada de tristeza, incredulidad y rabia se apoderaban de ella. Sobre todo rabia al pensar que Dominick pudiera creer que ella había provocado el fuego y al darse cuenta de lo irresponsable que había sido al dejar la estufa de gas encendida toda la noche.

Dominick apareció en la puerta cuando las sintió llegar. Vestía unos vaqueros y una camisa vaquera y calzaba unas botas de piel. Llevaba el pelo despeinado por el viento y tenía un aspecto tan rudo y un aire tan misterioso que Cathy no pudo por menos que darle un ligero apretón en el brazo para tranquilizarla.

-¿Quieres que me quede para apoyarte moralmente, cariño?

-Será mejor que no -dijo Emma, moviendo la cabeza-. No tiene sentido que te coloques entre dos fuegos...

Salió del coche y esperó a que se marchara su amiga antes de enfrentarse a Dominick.

-¿Se ha perdido todo? -preguntó, angustiada, al encontrarse con la frialdad de su mirada-. ¿Se han quemado todos los documentos antiguos, Dominick?

-Han sobrevivido algunos -le dijo escuetamente, al tiempo que la miraba de arriba abajo, antes de volverse hacia la puerta-. Por suerte, parece que habías ordenado la mayor parte de ellos en cajas y contenedores de metal. Pero hay un lío tremendo allí arriba...

-Dominick, si provoqué el incendio sin querer, lo siento -empezó a decir, con tristeza-. No... no te puedes ni imaginar cuanto lo siento. No me puedo creer que haya sido tan descuidada. Estaba... estaba muy preocupada anoche, y con razón, pero...

-Digamos simplemente que no te encontrabas demasiado en tu sano juicio -se burló.

Le miró de reojo pero no pudo descifrar su estado de ánimo y se preguntó si todavía pensaba que ella había iniciado el incendio para vengarse.

-Tienes que creerme. ¡Antes... antes me cortaría la mano derecha que prender fuego a algo así! -susurró, nerviosa-. ¡Nunca... nunca caería tan bajo! ¡Tienes que creerme, Dominick! Me conoces lo bastante bien como para saber que sería incapaz de hacerlo.

-¿Y por qué debería creer una sola palabra de lo que dices, al fin y al cabo te conozco desde hace apenas unas semanas --le recordó, despiadadamente, mientras la acompañaba al desván-. Casi no nos conocemos, ¿no es así, mi querida Emma? Nos hemos estado escondiendo tantos secretos desagradables que nada de lo que descubramos debería sorprendernos ya, ¿no te parece?

A medida que iban subiendo por la estrecha escalera, le llegó el desagradable olor a humo. El daño causado había sido empeorado considerablemente por todos los litros de agua que habían echado los bomberos. Aquello estaba hecho un asco, tal y como había dicho Dominick.

-¿Tenías... tenías algún tipo de seguro?

-No tengo ni idea -respondió, pasándose la mano por el cabello-. Pero, ¿qué importancia tiene el dinero comparado con cientos de años de documentos históricos?

-Ya...

Se agachó para intentar levantar una de las cajas del suelo, pero Dominick soltó un taco y la obligó a detenerse.

-Jamie y un par de empleados de la finca están llevándoselo todo al estudio. No quiero que levantes nada...

Se puso de pie despacio y sus ojos se encontraron y Emma sintió que el corazón se le encogía en el pecho. Se daba cuenta de que no estaba preocupado por ella si no por el bebé que llevaba dentro, pero aún así no podía evitar que el hecho de que se preocupara la llegara tan dentro.

-No estoy enferma -le dijo, con tranquilidad-. Sólo embarazada...

-Mi madre sufrió complicaciones cuando me tuvo a mí -le replicó con frialdad-. Y tu te desmayaste ayer.

-Pero soy una mujer perfectamente saludable y normal. ¡Los problemas ginecológicos de tu madre no tienen nada que ver conmigo!

-No me pienso arriesgar.

-Haré todo lo posible para que nuestro hijo nazca sano y a su tiempo -agregó, muy digna.

-Entonces, ¿te vas a quedar? ¿No volverás a huir de mi lado? -le preguntó con frialdad.

-¿Para que puedas someter a la futura madre a constantes chequeos, y así asegurarte de que tu posible hijo y futuro heredero goza del cuidado prenatal adecuado?

-¡Maldita sea! ¡Sabes muy bien que no es sólo por eso!

Aquel súbito arrebato de furia hizo a Emma contener la respiración.

-¡Ah, se me había olvidado! También quieres aparentar que estamos felizmente casados, ¿verdad? ¿También eso influye en que cobres toda la herencia? ¿Acaso si la nueva esposa se marcha en menos de un mes, lo pierdes todo de nuevo?

-Pensaba que la bruja era Vanessa, pero veo que tu la superas, Emma.

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al oírle, pero consiguió contenerse.

-Me quedaré -dijo, con voz temblorosa-, al menos hasta que revise los documentos deteriorados. Es lo menos que puedo hacer, ya que todo fue culpa mía... ¡Pero no esperes que esté a gusto! ¿Cómo te crees que me siento desde que me he enterado de por qué te apresuraste a casarte conmigo? Y... a dejarme embarazada -le dijo, temblorosa-. ¿0 acaso crees que te estoy tan agradecida por haberme convertido en lady Fleetwood que no me importa todoo lo demás? ¿Que para mí, como hija de guardabosque lo importante era subir en la escala social, etc?

Dominick la agarró por los hombros y la sacudió un momento, con fuerza.

-Esperaba que confiaras en mí -le gritó enfadado, con los ojos tan encendidos que la hicieron estremecerse-, tal y como yo pensaba confiar en ti. Pero parece que prefieres considerarme un mentiroso, así que, ¿por qué no debería yo pensar lo mismo de ti?

La soltó bruscamente, y la encaminó hacia las escaleras. La tristeza amenazó con ahogarla mientras caminaba en silencio delante de él. Agotada, se dijo que ya no sabía qué pensar, ni qué creer.

Se pasó el fin de semana tratando de salvar la mayor cantidad de documentos posible. Jamie y otros dos empleados de la finca lo trasladaron todo del desván al estudio. Emma se encontró a sí misma atrapada de nuevo en la mansión de los Fleetwood, a causa de su sentimiento de culpabilidad. El precario estado de su matrimonio y el ambiente hostil con Dominick la hacían sentirse en un estado de constante tensión. Pero no podía pensar siquiera en marcharse, no hasta que hubiera hecho todo lo posible para enmendar su imperdonable descuido con la estufa. Trabajó durante interminables horas, separando los irremediablemente dañados de los todavía legibles. Habló con los agentes de seguros y pidió asistencia a la sociedad de historia local. Todo el mundo la apoyó, pero en privado se podía haber pasado horas llorando por haber

causado un desastre de tal calibre.

Dominick había desaparecido y mientras, ella se bebía innumerables tazas de té sin parar de trabajar. Pensó que estaría en su club de campo, relajándose de la manera en que le gustaba hacerlo los fines de semana. Pero ahora estaría nadando y jugando al tenis con Vanessa en vez de con ella, se dijo con amargura. ¿Le habría contado a Vanessa lo del embarazo? ¿Estarían celebrando su buena suerte, maravillados tal vez de la extraordinaria potencia sexual de Dominick...?

Las organizadoras del baile iban y venían por la casa, mientras Emma se encontraba confinada en el estudio. En la distancia oía martillear, voces, como trasladaban cosas y movían muebles. Había encargado a la señora Shields de que llegara a tiempo la cena a base de canapés que había pedido y de que las entradas tuvieran un precio muy alto, y aún así, se vendieron todas enseguida, tal vez por la curiosidad que todo el mundo sentía por conocer a la nueva lady Fleetwood, como insinuaron los periódicos.

-¡No me lo puedo creer! -exclamó Emma, mirando al ama de llaves, horrorizada-. ¿Voy a ser una especie de... de atracción circense?

La señora Shields se echó a reír.

-Por supuesto que no, querida. Tu eres una belleza y seguramente lo sabes. Igualita que tu madre, a la que yo quise muchísimo. Sentí profundamente lo que ocurrió... Me dio mucha pena que se marcharan.

-¿Se enteró de porqué se marcharon?

-De hecho no hay mucho que yo no sepa sobre los Fleetwood, querida.

Emma sintió que se le cortaba la respiración.

-¿Supo entonces lo que pasó entre mi madre y... y sir Robert?

-Sir Robert adoraba a tu madre, pero lady Fleetwood intervino y le dio un ultimátum. Te puedo asegurar que tuvieron una discusión terrible y por eso tuvieron que marcharse tus padres. Si sir Robert hubiera podido se hubiera divorciado para casarse con Amy Stuart porque estaba enmorado de ella, querida, esa es la verdad... pero no fueron amantes. Sir Robet respetaba a Amy demasiado como para hacer el amor con ella mientras los dos estuvieran comprometidos con otras personas -suspiró, la señora Shields-. Por desgracia ni lady Fleetwood ni tu padre consintieron divorciarse y así cuatro personas fueron desgraciadas...

Cuando la señora Shields se marchó, Emma se quedó mirando fijamente el montón de papeles que tenía delante, durante mucho

tiempo. Se dijo que tampoco era tan raro que la señora Shields conociera la historia de sus padres tan de cerca y se preguntó si también sabría lo que estaba pasando entre Dominick y ella. Probablemente se lo habría contado Jamie, de todos modos. No existían muchas posibilidades de privacidad en una situación semejante...

Se frotó la frente, distraídamente, e intentó pensar con coherencia. No estaba muy segura de si la información que acababa de recibir mejoraba o empeoraba las cosas. Se dijo que tal vez las mejorara un poco, porque al menos mostraba una cara más humana de sir Dominick. Le resultaba difícil tomar partido en algo que no estaba segura *de comprender del todo... Por primera vez se daba cuenta de que el triste relato que tan amargamente le había referido su padre tenía más de una perspectiva... Sin duda esa era la razón por la que ella nunca había tenido muy claras las nociones de culpabilidad y venganza. En el caso de su madre y Sir Robert era dificil precisar quien había tenido más culpa.

Antes de dejar de trabajar comprobó, meticulosamente que todas las lámparas y enchufes estaban desconectados, y subió a su habitación. Desde que empezó el embarazo se sentía muy soñolienta. En ese momento tenía tanto sueño que de haber continuado posiblemente se habría golpeado con la cabeza en la mesa del estudio. Así que pensó en la cama como en un lujo que le resultaba realmente atractivo. Pero primero necesitaba un baño caliente, lleno de fragante espuma. Como una sonámbula se encaminó al baño, cubierta tan solo con una toalla. Al ir a entrar, se quedó paralizada en la puerta.

Dominick estaba en la bañera, totalmente relajado y en apariencia indiferente a la espuma que caía sobre el suelo, empapándolo. A su lado tenía un vaso de whisky del que apenas quedaba un sorbo. La sonrió con sensualidad y Emma sintió que el corazón estaba a punto de parársele.

-¡Pero si es mi devota esposa! ¡Qué detalle por tu parte venir a frotarme la espalda!

Emma retrocedió tan deprisa que se golpeó contra la jamba de la puerta y no pudo contener un grito de dolor. Además, para su horror, Dominick salió de la bañera con toda despreocupación, y ella no fue capaz de apartar los ojos de las gotas de agua que se deslizaban por su cuerpo, incluidas sus partes más íntimas, mientras se le acercaba.

-No pongas esa virginal cara de susto, lady Fleetwood, querida -le dijo con ironía a la vez que sus ojos brillaban, peligrosamente-.

Tendría que tomar más de un whisky para emborracharme, si es eso lo que te preocupa. Además estamos casados.

-¿De verdad? ¿Entonces, dónde has estado todo el fin de semana? -le preguntó, sin poder dejar de mirar esas gotas de agua que se detenían un momento en el vello de su pecho, para seguir avanzando por los lisos pezones oscuros de aquel cuerpo tan increíblemente varonil. Con lujuria siguió observando como le descendían por el vientre hasta llegar a su parte más amenazadoramente masculina y entonces no pudo evitar que se le contrajera el estómago.

-¿Dónde te crees que he estado? -le espetó, observándola con la mirada depredadora de un halcón.

-Con Vanessa.

-Por supuesto... -le dijo con mordacidad-. ¿Quién conoce mejor que ella las complejidades legales de mi herencia? -tomó una toalla del toallero de madera y se la colocó alrededor de las caderas.

Emma se dio la vuelta, furiosa para regresar a su habitación, pero él la agarró por el brazo.

-¿A dónde vas? -le dijo con tono un poco burlón-. Me da la sensación de que necesitas un baño caliente, Emma.

-No quiero bañarme contigo -consiguió decir, con voz ahogada-. Deja que me vaya, Dominick...

-Todavía no -le dio la vuelta y le quitó la bata que cayó a sus pies sobre el pavimento de corcho-. En Atenas no te importaba compartir el baño conmigo...

-Aquello fue diferente...

-La luna de miel ha terminado, por supuesto -con una dura nota de humor en la voz que la hizo enrojecer-. Está bien, Emma, te dejo el baño para ti sola...

Sin mediar palabra la tomó en brazos y la depositó en el agua caliente, rebosante de espuma. Su orgullo le dijo que saliera y se defendiera, pero estaba demasiado cansada para hacerlo y además el calor del agua, y ,el brillo en los ojos de Dominick, arrodillado a su lado, esponja en mano, pareció sumirla en una especie de letargo. Al verla en esa actitud, la agarró de un brazo y comenzó a frotarla cuidadosamente con la esponja, primero por el cuello hasta ir descendiendo con toda premeditación hasta sus generosos senos, que se agitaron vulnerablemente, debajo de la espumosa superficie del agua.

A pesar de las desavenencias existentes entre ellos, Emma sintió que ardía de deseo y se preguntó cómo se las arreglaría Dominick para conseguir siempre excitarla de esa manera.

Sintió que la temperatura de su cuerpo aumentaba, así que cerró los ojos y apretó los dientes, mientras, con sumo cuidado y esmero, Dominick deslizaba la esponja cada vez más abajo, al tiempo que metía la otra mano en el agua y la introducía entre las piernas femeninas. Emma se dio cuenta de que la calidez del agua le producía tanto sueño que disminuía también su habilidad para resistir. Además se dio cuenta de que era inútil resistirse porque con gran habilidad Dominick estaba frotando ligeramente la esponja contra la parte más delicada e íntima de su cuerpo, donde parecía concentrarse una invisible energía que se expandía, sin tener en cuenta su orgullo o sentido común...

-Te tengo que cuidar muy bien -su voz sarcástica sonaba más grave a medida que intensificaba la exploración-. Ahora que una nueva vida está naciendo dentro de ti, Emma, querida...

Sin poder evitar estremecerse, Emma se dio cuenta de que había abandonado la esponja y la estaba acariciando con los dedos, hasta excitarla cada vez más.

-Aunque sólo estás embarazada de unos meses tu cuerpo ya está cambiando -murmuró, con voz ronca, al tiempo que le acariciaba los pechos, para después inclinarse para lamérselos con su experta lengua, incidiendo sobre todo en los pezones, hasta enviar unas increíbles sensaciones a sus ingles-. Te han crecido los pechos y siento tu piel de distinta manera. Te siento diferente aquí... y aquí... -volvió a acariciarle entre los muslos, haciéndola enloquecer de deseo-. De todos modos eres muy atractiva, Emma, pero aún más embarazada...

Abrió la boca para decir algo, pero los labios de Dominick atraparon los suyos con pasión y empezó a mover la lengua, imitando los movimientos del acto sexual, haciéndola casi perder el sentido.

-¡Oh, Dominick...! -intentó protestar, pero en realidad sólo pudo expresar su estado de completa sumisión, ante sus imperiosas caricias-. ¿Cómo puedo desearte y odiarte tanto a la vez?

Como respuesta la sacó bruscamente de la bañera y la llevó a la habitación, goteando por todo el suelo, para depositarla en la enorme cama de su habitación donde la poseyó, sin más caricias previas. Emma sintió tanta rabia contenida en los bruscos movimientos de su penetración que empezó a temblar con los ojos llenos de lágrimas al mismo tiempo que llegaba al orgasmo, aún sin quererlo...

Dominick se marchó a Londres para trabajar en unos casos pendientes. Aunque trataba de decirse a sí misma que no le importaba, no podía evitar pensar que podía estar con su colega Vanessa. Cualquiera que fuera la verdad de su matrimonio estaba preocupada porque sabía que le amaba con todas sus fuerzas. Le amaba de una manera en la que nunca había pensado que pudiera querer a nadie. Cuando él entraba donde estuviera ella, sentía que el corazón le daba un vuelco y cuando se marchaba era como si el sol desapareciera y el mundo se volviera gris. La humillación de experimentar algo tan fuerte por él cuando tan sólo había sido un peón en su juego paya conseguir la herencia le resultaba casi intolerable...

Los preparativos para el baile de mayo habían casi concluido. El salón de fiestas había sido transformado en un salón de baile como los de los cuentos de hadas, adornado con guirnaldas de hojas y flores. Los tonos predominantes: crema, melocotón y verde pálido dotaban al salón medieval de una frescura que Emma encontró arrebatadora. Las mesas habían sido decoradas con hermosos centros florales sobre manteles blancos. A Emma, como lady Fleetwood que era, le consultaban sobre los asuntos más variados, aunque sabía que todo era una pura formalidad porque el baile lo habían organizado unas señoras muy capacitadas y con gran experiencia en aquel tipo de eventos que llevaban organizando desde tiempos inmemoriales. -Emma pensó que en realidad lo que ocurría era que sentían una tremenda curiosidad por conocer a la señora de la casa y a ello se debía esa repentina curiosidad por consultarle todo.

El sábado hizo un día muy bueno: el sol brillaba y la temperatura era muy agradable. Era el tipo de días que hacían olvidar a todo el mundo los helados inviernos británicos. El señorío de Fleetwood brillaba en todo su esplendor. Los jardines rebosaban de rododendros rojos y malvas. Emma pensó que sería un día excelente para el baile porque los invitados podrían pasearse por los jardines, cuando quisieran descansar un poco de bailar, y respirar el inolvidable aroma de las madreselvas que crecían en el patio que había detrás del salón de baile...

Emma estaba un poco más animada, no sabía si por lo bueno que hacía, o por una cierta resignación debida al estado en que se encontraba. En las primeras horas de la tarde se había duchado y lavado el pelo, que había peinado en un elegante moño. Después se había maquillado con una mano temblorosa por los nervios y depositado el vestido sobre la cama.

Dominick no había regresado aún de Londres, pero estaba segura de que lo haría a tiempo para el baile.

La aparición de sir Dominick y lady Fleetwood en el evento era de vital importancia. Los lugareños, las personalidades locales, algunos miembros de la aristocracia de la región y bastantes personas importantes en la sociedad londinense parecían estar esperando con impaciencia la primera aparición en público de la pareja.

Aunque sintió unos vagos deseos de venganza los apartó enseguida de su mente. Sabía que tenía que comportarse de manera respetable como la adorable nueva esposa de Dominick...

De repente el pánico la invadió de nuevo. Sabía que, a largo plazo, su matrimonio estaba condenado al fracaso. Y a corto plazo... pensó con ironía que si la trataba con razonable respeto, todo iría bien...

Se dio un toque de color en las mejillas y los labios para ver si era capaz así de infundirse confianza en sí misma. Como rara vez se maquillaba, el efecto aquella noche resultó impresionante. Tal vez Dominick tenía razón con su teoría de que su piel resplandecía desde que comenzara el embarazo, que irradiaba algo que alteraba su apariencia...

Se puso el vestido y contempló su imagen en el espejo de cuerpo entero. Se alegró de que aún fuera pronto para que se le notara el embarazo. Era un vestido de seda gris, ajustado, con toques verdes y plateados, escotado por detrás y de escote redondo y alto por delante, que se adaptaba perfectamente a las esbeltas curvas de su cuerpo. Aún recordaba a Dominick acomodado en una silla de Harrods, la exclusiva tienda londinense, mientras ella se probaba docenas de vestidos, para finalmente escoger aquel. Tuvo que reconocer que ella no podría haber elegido mejor.

Oyó como se cerraba la puerta de un coche en la entrada de la casa. Era el sonido familiar de la puerta del Porche, que la decía que Dominick acababa de llegar. Temblorosa por la impaciencia se asomó a la ventana y entonces sintió que el estómago se le encogía.

Dominick, alto y misterioso, con uno de sus elegantes trajes estaba al lado de su coche. Junto a él se encontraba el deportivo de Vanessa que acababa de llegar. Se bajó y le sonrió. Ya estaba vestida para el baile con un espectacular vestido rojo totalmente escotado, que se le ajustaba a su diminuta cintura para después caer a la altura de la pantorrilla en sucesivas capas de tafetán. Estaba con uno de los miembros del comité que al parecer había llegado más temprano para ayudar con los preparativos del último

momento...

Dominick se volvió para hablar con ellas. La otra mujer siguió adelante y Vanessa deslizó la mano en el brazo de Dominick, gesto en el que se mezclaba la coquetería y la posesión para caminar juntos hacia la entrada. Emma creyó no poder soportar la imagen de Vanessa, colgada, triunfalmente del brazo de Dominick.

Cerró los ojos. Sus pensamientos de una noche tolerable se desvanecieron para dar paso a la rabia y el dolor. ¿Cómo se atrevía a llegar con Vanessa?

Se sentó en la cama para tratar de tranquilizarse, pero la furia le abrasaba el cuerpo y no estaba segura ya de poder contenerse por más tiempo. Se sentía como un motón de explosivos cuya mecha acabaran de prender...

# Capítulo 9

ESTÁS disfrutando del baile, lady Fleetwood -Dominick le murmuró al oído, haciéndola erguirse con rabia. Aparentar ser feliz cuando lo que quería era estrangularlo le suponía una tensión cada vez más dificil de soportar.

-Lo siento -le replicó con amarga ironía en voz baja-, si lo dices porque se me está cayendo la máscara de alegría de la cara.

-Sólo ion poco. Pareces Ana Bolena poco antes de que Enrique VIII la enviara al patíbulo. ¿Acaso no te ha gustado la cena, querida?

Aquel tono burlón la estaba enloqueciendo. Jugueteó con un borde del mantel y trató, con desesperación de no pensar que era el centro de atención, pero le resultó muy difícil, porque no sólo era la nueva lady Fleetwood si no que además llevaba puestos los pendientes y gargantilla de diamantes que Dominick le había dado cuando terminaron de prepararse para la cena y se veía claramente que eran de un gran valor.

-Tal vez no los quieras -le había dicho, despiadado, mientras le colocaba el collar de doble vuelta en el cuello, con los dedos fríos en su nuca, haciéndola estremecerse-, pero tenemos que mantener las apariencias esta noche ¿No te parece, querida?

Habían comido un excelente lenguado al limón, pollo Véronique y fresas frescas con nata. El vino había corrido en abundancia y la banda tocaba suavemente de fondo. Estaban sentados en el centro de la mesa principal y a su alrededor todo el mundo reía y brindaba. Cathy y Tobías eran los únicos aliados que podía distinguir entre una masa de rostros desconocidos. Y un poco más allá, hablando y bromeando con su compañero de mesa, estaba Vanessa, que les miraba con demasiada frecuencia como para que estuviera tranquila. De repente todo el resentimiento volvía a apoderarse de ella y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para sonreír a su marido, mientras le volvía a llenar la copa de vino.

-Tal vez me esté preguntando cuando te piensas desembarazar de mí como le ocurrió a Ana Bolena -comentó, con ironía-. Después de todo, se rumoreó que sir Roger se deshizo de aquella pobre institutriz a la que sedujo, ¿no es así?

Dominick se echó hacia atrás en la silla, con los ojos brillantes. Estaba muy guapo con aquel traje de etiqueta en el que su piel bronceada contrastaba con la blancura de la camisa y llevaba el pelo engominado hacia atrás. Emma tuvo que respirar profundamente y desviar la mirada.

-Esa historia no fue más que pura conjetura romántica -rió Dominick-. Aunque siempre me he preguntado si sir George encerró bajo llave a aquella pobrecita en el escondite del cura y, se olvidó de ella, convenientemente. De ahí quizás, el montón de huesos que alguien encontró cientos de años más tarde.

-Parece que esa historia te divierte. ¿Es una manera de decirme que voy a desaparecer poco después de que nazca el bebé, para así poder casarte por fin con tu amada Vanessa?

La mirada de Dominick se endureció y le apretó la mano con demasiada fuerza al tiempo que inspeccionaba los anillos que llevaba en uno de sus dedos.

-¿No te parece que te estás pasando, Emma? Vivimos en el siglo veinte, y no somos los protagonistas de ninguna horrible historia gótica de terror, querida.

-¿Cómo pudiste pasarte anoche tanto tiempo hablando con Vanessa? -le preguntó, sin preocuparse de que la pudieran oír-. A no ser que seas tan sádico como para gustarte echar sal en las heridas.

-¿Y no se te ha ocurrido pensar que tal vez... -tomó la tensa mano de Emma y le besó los nudillos, burlón-... que quizás las heridas te las hayas causado tú misma, Emma?

-Te crees muy listo, ¿verdad? el inteligente abogado que puede salir bien parado de cualquier pregunta directa a la que no desea contestar -le susurró-, pero no me puedo creer que puedas ser tan insensible.

-¡Hola! -la mujer de la que estaban hablando se había acercado a su mesa con una fría sonrisa-. ¡He oído que tengo que felicitarte por un motivo diferente esta vez! -los ojos de Vánessa se estaban deslizando por la esbelta figura de Emma, enfundada en el vestido gris plateado-. No se puede decir que hayas perdido el tiempo, ¿verdad?

Emma se puso muy rígida. Hasta aquel momento había evitado hablar a solas con Vanessa. Siempre con una sonrisa en los labios, había mantenido conversaciones convencionales con gente que la había mirado de arriba abajo, sin disimular lo más mínimo su curiosidad, pero siempre con un cierto respeto. Sin embargo había sido consciente de la presencia de Vanessa enfundada en su vestido escarlata, mariposeando alrededor de Dominick, sin desaprovechar un momento para coquetear con él. Un sentimiento de desafío le hizo encogerse de hombros y sonreír con fingida despreocupación.

-Dominick y yo tenemos una vida sexual muy activa -murmuró con dulzura-. Así que supongo que un bebé era... inevitable. Además Dominick está encantado, ¿verdad, querido?

-Por supuesto. No quepo en mí de gozo -respondió tras unos segundos.

La sonrisa forzada de Vanessa desapareció para dar paso a una expresión hostil en sus ojos y se puso muy rígida como si la hubieran abofeteado.

-Me alegro mucho por vosotros -consiguió decir con frialdad. Después sonrió a Dominick que hasta entonces no había mostrado ningún tipo de emoción, pero que de repente pareció divertido-. La verdad es que he venido para robarte a tu marido -añadió, como si hubiera recobrado la confianza en sí misma, lo suficientemente . alto como para que pudieran oírlo los demás-. ¡Vamos, Dominick, sé que bailas el vals divinamente!

-¿Cómo puedo resistirme a semejante cumplido? -dijo, con desgana-. Nos perdonas un momento, ¿verdad querida?

Luchando por contener su enfado, Emma vio como Dominick se levantaba y acompañaba a Vanessa hasta la pista de baile. Durante los minutos que siguieron se mantuvo inmóvil, como si se hubiera convertido en estatua de piedra. Se dijo a sí misma que no se debería obligar a ninguna mujer a soportar el tormento de ver a su marido bailar con su amante. La furia y los celos que llevaba reprimiendo hasta entonces, habían alcanzado su punto culminante para cuando la pareja regresó a la mesa. Dominick la miró con sorna por un momento, pero cuando la tomó de la mano para que se levantara, sus ojos tenían el brillo inconfundible del deseo. Emma se dijo que tal vez no la amara, pero sin duda sentía una fuerte atracción por ella. Se preguntó si ese sería su único consuelo.

-Ahora que he demostrado lo bien que bailo, ¿me concedería mi sexy y bella esposa el honor de este baile? -murmuró, con voz ronca y una mirada que la hizo enrojecer.

Todas las humillaciones, las traiciones y los insultos se agolparon en su pecho, haciéndola casi sentir que se ahogaba de rabia.

Sin pensar en lo que hacía, tomó un vaso de vino y, se lo tiró a la cara con furia.

-¡Vete al infierno, sir Dominick!

De repente todas las conversaciones a su alrededor parecieron cesar. Temblando de rabia se dio cuenta de que Dominick se había quedado paralizado. El vino había manchado la inmaculada blancura de su camisa. La furia que vio en sus ojos estaba mezclada con un brillo divertido que hizo cesar su indignación y consiguió que el corazón le latiera más deprisa todavía. Dominick sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se limpió el vino de la cara. A Emma

le pareció el momento más oportuno para desaparecer por lo que rápidamente pasó delante de él y avanzó por el salón con toda la dignidad que pudo. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no salir corriendo, como si la persiguieran los demonios...

Sabía que debía sentirse avergonzada por haber hecho aquella escena, pero a medida que se alejaba del salón, escaleras arriba, no pudo evitar experimentar una profunda satisfacción. Se rodeó el cuerpo con los brazos y se dirigió a su habitación, pero al llegar allí cambió de idea. Dominick podría acudir a su encuentro y no estaba en disposición de enfrentarse a él sobre todo cuando sabía como acababan siempre sus discusiones...

Casi sin darse cuenta empezó a subir las escaleras que daban al torreón, en dirección al antiguo escondite del sacerdote.

El torreón estaba apenas iluminado por unas mortecinas luces que había en sus paredes, pero la entrada al escondite se encontraba en la más completa oscuridad cuando la abrió y apenas pudo ver la escalera de cuerda, desapareciendo en la oscuridad.

El ambiente del lugar la hizo recordar la frase que había dicho delante de Dominick cuando le enseñó el escondrijo y que tanto le había hecho reír: que aquel lugar albergaba siglos de miedo y angustia. De repente la desesperación se apoderó de ella. ¿Qué había hecho aquella noche? ¿Mancillar el honor del nuevo barón? ¿Causar un escándalo que probablemente se conocería en todo el pueblo al día siguiente? ¿Hacer que su nombre apareciera reflejado junto al de Dominick en las columnas de cotilleo de los periódicos? Estaba segura de que se arrepentiría de lo que había hecho.

Tomó la escalera de mano y empezó a descender al claustrofóbico escondrijo. No le daban miedo los fan-, tasmas y estaba segura de que abajo no estaría tan oscuro. Una vez que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad podría ver algo gracias a la luz procedente de la habitación del torreón. La idea de bajar allí la confortaba sin saber porqué, en medio de todo el torbellino emocional en que se encontraba. Deseaba volver a revivir lo sentido junto a Donminick cuando bajó con él.

Y aunque se negaba a admitirlo también buscaba en el escondrijo del cura un refugio contra la ira de Dominick...

Fue el vestido lo que la hizo caer. Se le trabó en uno de sus zapatos de fiesta y la hizo perder el equilibrio. Sus pies ya no encontraron la escalera y los dedos se le fueron deslizando por los peldaños de cuerda, produciéndole una sensación de quemazón hasta que cayó.

El impacto la dejó paralizada por un momento. Aun que asustada por si le pudiera haber ocurrido algo al bebé, se alegró de haber, por lo menos sobrevivido a la caída. No le dolía el vientre, ni sentía nauseas, que eran los síntomas de aborto más habituales, según los libros que había leído. El alivio que sintió le hizo analizar de nuevo sus sentimientos. Podía odiar a Dominick, por haber traicionado su confianza, pero preferiría morir antes de perder a su hijo… Aquel sentimiento, en cierto modo primitivo le hizo encontrarse mejor…

Se sentó muy quieta mientras se recuperaba de la caída. Los únicos sonidos que se percibían eran los de su respiración entrecortada y los rápidos latidos de su corazón, que eran, tan fuertes que parecían ensordecedores en aquel espacio tan reducido.

Empezó a sentirse como una idiota por haber llegado hasta aquel lugar y se puso a gritar entre risas y lágrimas. Pero pronto paró porque se dijo que ya que se había atrevido a tirarle un vaso de vino a su marido y dueño del señorío delante de toda la sociedad de la región, lo menos que podía hacer era mostrar en aquel momento un poco de valentía…

Regresaría a buscarle y se enfrentaría a él tal vez para terminar su relación. Cualquier cosa menos esconderse en aquel pequeño agujero del sacerdote como si fuera una niña que tuviera una rabieta…

Se apoyó en las manos y en las rodillas con resolución y empezó a levantarse, pero volvió a sentarse agobiada por el dolor. Se le debía haber torcido el tobillo izquierdo y no podía subir por la escalera.

Se volvió a sentar e intentó ver el lado gracioso de la situación. Se dijo que siempre había alguno al menos en las comedias negras. Ya podía ver los titulares, si los periódicos se llegaban a enterar de la historia: «la nueva lady Fleetwood le arroja una copa de vino a su marido en la cara y se oculta en el escondrijo de un sacerdote para escapar de un merecido castigo…»

Pasaron diez minutos y el silencio empezó a parecerle insoportable. De repente, se dio cuenta, asustada que tal vez a nadie se le ocurriría ir a buscarla allí.

Dominick podía haber supuesto primero que estaba en su habitación y después que se había marchado en el coche. Tal vez se le podría ocurrir buscarla en otra habitación de la casa, en el jardín, pero dudaba mucho que se le ocurriera que su esposa se encontraba en el fondo del agujero del sacerdote que había en el torreón.

No pudo evitar estremecerse al pensar en el uso que en el

pasado se había hecho del lugar en que se encontraba. Pensó con angustia en el terror y la soledad que aquellos fugitivos de hacía ya tantos siglos habían experimentado allí... en el melodramático relato de sir George y la institutriz...

Se dio cuenta de que aquella iba a ser una noche muy larga. Sintiendo ya el frío de aquellos muros antiguos atenazándole el cuerpo pensó que a lo mejor su encierro duraba más de una noche y llegó a la conclusión de que lo mejor sería seguir gritando. Sintiéndose completamente ridícula empezó a gritar el nombre de Dominick...

Sólo dos horas después llegó Dominick para rescatarla, pero a ella le parecieron días. Podía odiar a su marido pero cuando le vio aparecer pensó que nunca en su vida se había alegrado tanto de ver a alguien....

-Emma... ¿Se puede saber qué demonios estás haciendo ahí abajo? -en su voz se percibía casi por igual el asombro y el alivio. Bajó por la escalera de cuerda con la agilidad de un atleta-. ¡Dios mío te he buscado por todos los sitios. He estado a punto incluso de hacer que vaciaran el lago!

-¿No estarías pensando...?

Le señaló el tobillo y él lo examinó con delicadeza.

-Bueno, era una posibilidad -le dijo, con brusquedad. La miró a los ojos con una emoción que la sorprendió-. No te tirarías aquí pensando en terminar con tu vida, ¿verdad, Emma? -le preguntó con humor amargo.

-No. Se me quedó el pie atrapado en el vestido y me resbalé. Y ahora me siento como una idiota...

-Venga, salgamos de aquí... -se la echó sobre el hombro, como haría un bombero y la bajó por la escalera.

-¿Ya ha terminado el baile? ¿Se... se han ido todos los invitados? -consiguió decir, consciente de la fuerza de su marido que la llevó sin ningún esfuerzo hasta la habitación.

-No. Nuestros invitados se lo están pasando muy bien. Estoy seguro de que sabrán excusar nuestra ausencia por el resto de la noche.

-¿No pensarás de verdad que estaba dispuesta a acabar con mi vida?

-Apenas se me pasó por la mente, pero lo que sí pensamos fue que estabas muy nerviosa...

-¡No seas condescendiente conmigo, Dominick...!

-No estoy siendo condescendiente -dijo con suavidad y la miró

de una forma que hizo que el corazón se le encogiera-. Quédate aquí y no te muevas -le ordenó con dulzura-. Voy a decir a los demás que te he encontrado y después llamaré a Paul King para que te examine el tobillo.

Durante el tiempo que Dominick estuvo ausente, Emma cerró los ojos y apenas pensó en el dolor que sentía en el tobillo. Lo que de verdad temía era la confrontación que tendría que tener con su marido cuando regresara.

Volvió con una botella de vino y dos vasos para sentarse a su lado en la cama. Sus ojos parecieron oscurecerse al observar lo pálida que estaba y lo desastroso de su apariencia.

-Pensé que como no te habías tomado tu último vaso de vino, haría bien en traerte uno -dijo con sorna.

-Gracias... -le miró con una sonrisa inocente y enrojeció al recordar el arrebato público de rabia que había tenido-. Es muy... muy considerado de tu parte. ¿Por qué se te ocurrió mirar en el escondite del sacerdote? ¿Me oíste gritar?

-No hasta que estaba subiendo. Sólo tuve que pensar un poco dónde podría haberse escapado mi neurótica mujercita.

-No soy ninguna neurótica...

-Nunca en mi vida he estado tan preocupado, Emma. Pensé que habías vuelto a huir de mi lado. Cuando vi que tu coche seguía aquí y no te encontré en toda la casa, pensé que te podría haber pasado algo...

-Y así fue. Me caí en el agujero del cura -le dijo, esbozando una sonrisa-. Supongo... supongo que quieres que pida perdón en público por ponerte en evidencia delante de toda esa gente -añadió con un tono de voz entre amargo y desafiante. Se echó hacia atrás, acomodándose en la almohada, al tiempo que Dominick le ofrecía un vaso de vino.

-No hace falta. Supongo que me lo merecía.

La frialdad de la réplica la pilló totalmente por sorpresa. Se quedó mirándole sin entender nada.

-¿Lo dices de verdad? -le preguntó, intentando encontrar en su rostro alguna clave que le mostrara su estado de ánimo.

-Todo esto me ha demostrado que el orgullo no es la manera de reconstruir nuestro matrimonio, Emma.

-¿Orgullo...?

-Sí, orgullo. Desde que me arrojaste tus acusaciones, he estado comportándome como un arrogante bastardo, esperando que vinieras de rodillas a decirme que confiabas en mí...

-¡Oh, Dominick! ¡Claro que quería confiar en ti!

¡No te puedes ni imaginar cuánto lo deseaba...!

-Creo que lo mejor será que te leas el testamento de mi padre -le sugirió, simplemente.

De repente Emma se dio cuenta de lo cansado que parecía. Al verle tan ojeroso y con la mirada triste, creyó que se le encogía el corazón. -¿Qué quieres decir?

-Vanessa Buckingham es un brillante abogado pero también posee una especial habilidad para crear problemas. Además estaba equivocada y te lo habría dicho enseguida si no me hubieras hecho enfadar tanto por creerla a ella en vez de a mí. Y si no lo hubieras complicado todo metiendo a tu madre y a mi padre en el asunto.

-La señora Shields me dijo que sir Robert quería de verdad a mi madre. Pero... de todos modos no excusa el modo en que trató a tu madre, ¿verdad?

Dominick miró al techo con cara de sufrimiento.

-¿Por qué no dejamos a nuestros padres y a todos nuestros malditos parientes y antepasados fuera de esto? Por lo que a mí respecta observar el comportamiento de mi padre me hizo tener muy claro el concepto de fidelidad y estar seguro de que nunca querría vivir como él lo había hecho.

Emma asintió.

-Yo pienso lo mismo. La manera en que mi madre traicionó a mi padre me hizo tener claro el concepto de lealtad, aunque esté un poco pasado de moda...

-Entonces, ¿porqué no has sido leal con tu marido? -le preguntó con voz ronca.

-Tal vez porque nos precipitamos al casarnos, o porque no te conocía lo suficiente...

-Y sobre todo porque no estabas preparada para las argucias de Vanessa.

-También... -sus ojos se encontraron de nuevo-. Entonces, ¿en qué estaba equivocada?

-Richard le dijo a mi padre que no quería ni la casa, ni las tierras, pero como hermano mayor heredaba automáticamente el título de barón, que tampoco deseaba porque sus convicciones religiosas no le permitían atarse a riquezas materiales. A mi padre le preocupaba que tal vez al hacerse mayor y madurar podía cambiar de opinión y lamentar haber renunciado a la herencia. Así que dejó escrita una cláusula especial en la herencia: si Richard se casaba, se volvía a instalar en Inglaterra y si aún quería la finca, dos meses después de la muerte de sir Robert, podía ser suya bajo condición de que tuviera un hijo en el plazo de un año después de

su boda. Esto lo hacía para asegurarse de que Richard había abandonado de verdad su vocación monacal. Sin el hijo, tan sólo heredaría el título y las tierras y la mansión serían mías.

-¿Así que todas las condiciones eran tan sólo para Richard? -creyó que la cabeza le daba vueltas.

-Si quieres puedes estudiar el testamento con una lupa, para convencerte mejor -le dijo, secamente.

-Así que de todos modos tú... tú estabas casi seguro de heredar la finca.

-Sí. Por eso contraté a una archivadora y me tomé tanto interés en el asunto -le dijo con ironía--. Suponía que Richard seguiría empeñado en seguir los mandatos de sus creencias religiosas y se convertiría así en el doceavo barón en su buscado exilio tibetano. Lo que nunca llegué a imaginar fue que moriría allí, en el Tíbet, sin que nos enteráramos.

-¿Así que... no tenías que casarte para heredar?

-No.

-Entonces... te casaste conmigo porque...

-Sencillamente porque quería casarme contigo -dijo, con paciencia.

Se quitó la chaqueta como si de repente le oprimiera aquella ropa tan formal. Se había aflojado la pajarita y uno de los botones de la camisa. El vino había dejado una mancha irregular que observó sintiéndose culpable. Con la tenue luz de la habitación parecía más sangre que vino. Se mordió el labio, con remordimientos.

-¿Y que le hizo a Vanessa pensar otra cosa?

-En el fondo porque era lo que deseaba. Quería que hubiera algo entre nosotros, sentimiento que yo no compartía. Estaba furiosa por que me había casado contigo tan deprisa, sin ni siquiera invitarla a la boda. Además conocía por lo alto las condiciones de la herencia de mi padre y lo que había establecido para Richard. Así que lo puso todo junto y llegó a la conclusión de que la rapidez de nuestro matrimonio no podía deberse más que a la conveniencia. Créeme, sabe muy bien lo que hace. Yo no estaba encargado de vender las entradas para el baile y por eso no podía impedir que asistiera, pero la dejé muy claro que debería pedirte perdón esta noche.

-Pero siempre que os miraba, estabais charlando y riendo juntos. ¡Parecíais ser tan amigos, llevaros tan bien...!

-He estado tan enfadado contigo que debo confesarte que esta noche la he prestado más atención de la necesaria. Tal vez como una pequeña.., venganza o por orgullo -dijo, burlón-. De todos

modos esta noche te has comportado de una manera bastante desagradable con ella al hacer aquel despiadado comentario sobre nuestra intensa vida sexual.

Emma se dio cuenta de que el corazón le empezaba a latir muy deprisa.

-Pero es verdad. Puede que no me ames pero de lo que estoy segura es de que me deseas.

Dominick tomó un trago de vino y esbozó una sonrisa, aunque parecía un poco enfadado.

-Claro que te deseo. ¿Y quién demonios te ha dicho a ti que no te amo?

Emma pensó que estaba muy guapo y misterioso en aquella luz tenue, con aquella mirada tan masculina con la que la estaba recorriendo el cuerpo. Por un momento creyó que el estómago se le iba a convertir en gelatina.

-Nunca me dijiste que me querías... -le dijo, con voz ronca-. Ni siquiera cuando te supliqué que lo hicieras...

-Fue una cuestión de cobardía y tal vez un modo de defenderme. Tal vez al recordar lo que mis padres se habían hecho el uno al otro, o porque no daba crédito a la suerte que había tenido al conocerte...

-¿Y Vanessa? ¿Qué... qué es lo que sientes por ella?

-Emma... -por un momento la emoción hizo que le temblara la voz-... si hubiera querido me habría casado con ella hace años, antes de que se embarcara en el desastroso matrimonio que está a punto de disolverse. La conozco desde hace muchos años y si siente algo por mí, yo no la he alentado de ningún modo. No la amo. Ni siquiera me gusta, porque las rubias no son mi tipo...

-¿Y yo sí soy tu tipo?

-Por supuesto -murmuró con voz ronca-. Me encantan las morenitas rellenitas, con enormes ojos grises e interminables piernas.

Se miraron en silencio. Emma estaba a punto de alargar la mano para tocar la de Dominick cuando llamaron suavemente a la puerta y Paul King entró en la habitación, vistiendo de nuevo su ajada chaqueta de tweed.

-Espero que no se acostumbre a desmayarse y caerse en escondrijos de sacerdotes, lady Fleetwood -le comentó, secamente, tras inspeccionar el tobillo-. Debe usted descansar o no le podré seguir garantizando un embarazo sin problemas.

-¡Dios mío, el bebé! -exclamó, de repente muy preocupado, arrugando el ceño-. ¡Estaba tan preocupado por Emma que me

había olvidado por completo del bebé! ¿Te encuentras bien, cariño...?

-Perfectamente.

El médico se levantó después de palpar el vientre de Emma y tomarle el pulso.

-Si duerme bien, descansa mucho y no se aventura en exploraciones peligrosas todo irá perfectamente -Paul King miró a Dominick con curiosidad mientras se disponía a marcharse-. Asegúrese de cuidar bien de su nueva esposa de ahora en adelante, sir Dominick , -añadió a modo de reproche afectuoso.

-No se preocupe -replicó Dominick, con vehemencia-. Pienso hacerlo...

En cuanto se quedaron solos, Dominick tomó las manos de Emma entre las suyas y se las apretó, con cariño.

-¿Seguro que te encuentras bien? -insistió, con voz ronca.

-Creó que sí... -dudó, estaba tan emocionada que no podía casi ni hablar-. Pensaba que lo que más te importaba era el bebé -susurró, temblorosa-. ¿De verdad se te había olvidado...?

-Sólo temporalmente... -le dijo, con los ojos brillantes de emoción-. Emma, cariño, voy a ser el padre más orgulloso del mundo cuando nazca nuestro hijo. El bebé me importa muchísimo, pero no más que mi esposa...

-Dominick... -la suave súplica de su voz fue como una especie de señal para él que se apresuró a acercarse más y tomarla entre sus brazos.

-Emma, si me apresuré tanto en casarme contigo fue porque nunca en mi vida había estado tan seguro de que estaba haciendo lo correcto -musitó, con los labios pegados en el pelo femenino-. Quería hacerte mía. No tenía ninguna duda, pero al sentir que tú si parecías tenerlas decidí acelerar todo el proceso...

-Estaba segura de amarte -susurró, temblorosa-. Lo que ocurría era que pensaba en lo ocurrido entre tu padre y mi madre y me sentía un poco confusa respecto al pasado...

-¿Entonces no te casaste conmigo para vengar a tu madre? ¿Para convertir mi vida en un infierno? -murmuró, mirándola fijamente-. ¿La escena de esta noche en el baile no ha sido un anticipo de lo que me espera?

-No -respondió temblorosa, esbozando una inocente sonrisa, como disculpándose-. Me casé contigo porque... porque eres el hombre de mi vida. Me avergüenzo de lo que pasó esta noche. Ni siquiera te he dado todavía las gracias por esto... -se tocó el collar y los pendientes de diamantes.

-Te los compré durante aquellos tres días que pasé en Londres --le dijo, secamente-, después de nuestra luna de miel. Estaba impaciente por regresar y verte con ellos puestos. Pero mi vuelta a casa no fue tan calurosa como me esperaba, ¿verdad?

Emma se sintió muy culpable.

-Dominick, ¿podrás perdonarme? -susurró, inquieta.

-¿Por haberme tirado el vino tinto, o por no confiar en mí?

-Por ambas cosas.

La sonrió con ironía antes de besarle los labios.temblorosos.

-¿Cómo demonios pudiste creerte toda esa basura que te contó Vanessa? Dudo mucho poder librarme en toda mi vida de las bromas que Tobías y sus amigotes van a hacer respecto al incidente del vino...

-Cathy domesticará a tu amigo Tobías -le susurró con una risita.

-Es verdad. Ya oigo sonar las campanas de boda para esos dos. ¿Y cómo puedes preguntarte si te voy a perdonar? ¡Emma, te quiero. Estoy loco por ti!

-Yo también te quiero -susurró. Aquellas palabras la elevaron como una corriente de aire invisible. De repente era como si flotara en una nube invisible de felicidad. Era tan feliz que hubiera podido volar como Peter Pan y Wendy, y salir por la ventana hasta elevarse en el cielo estrellado-. Siento mucho haber escuchado a Vanessa...

-Olvídala -susurró al tiempo que le besaba tiernamente-. Como mi esposa que eres, tienes derecho a una segunda luna de miel. ¿Dónde quieres ir?

-¡Pero si sólo han pasado diez días desde la primera! -rió, Emma.

-No discutas conmigo. Necesitas que cuiden mucho de ti. Son órdenes del médico...

-¿Qué te parece si navegamos en el barco unos días por el río? -le sugirió con una sonrisa.

-Me apetecería más que pasáramos quince días en una soleada islita griega sin hacer nada, aunque estuviéramos un poco ocupados por las noches -le dijo con una sonrisa pícara en los labios, al tiempo que sus dedos iban descendiendo por el escote de Emma hasta acariciarle los pechos.

-¿Y qué haremos por las noches? -bromeó-. ¿Jugar al ajedrez?

Dominick la besó, apasionadamente, haciéndola recostarse contra la cama.

-Me parece que las recomendaciones de Paul sobre encargarme de que descanses, van a ser una dura prueba para mi auto control, mi sexy esposa...

-¿De que auto control estás hablando? Tu no sabes lo que es eso

-le dijo, riendo-. ¡Eres un obseso sexual!

-Sólo contigo.

No volvieron a hablar durante largo rato, hasta que Emma hizo un gesto de dolor al notar un pinchazo en el tobillo. Dominick al notarlo la soltó, lleno de remordimientos.

-El doctor tiene razón. Necesitas dormir apaciblemente toda la noche, lady Fleetwood...

-Eso, mi querido sir Dominick -susurró, provocativamente, mientras la estrechaba en sus brazos-, es algo que sólo yo tengo el derecho de decidir, ¿no te parece...?